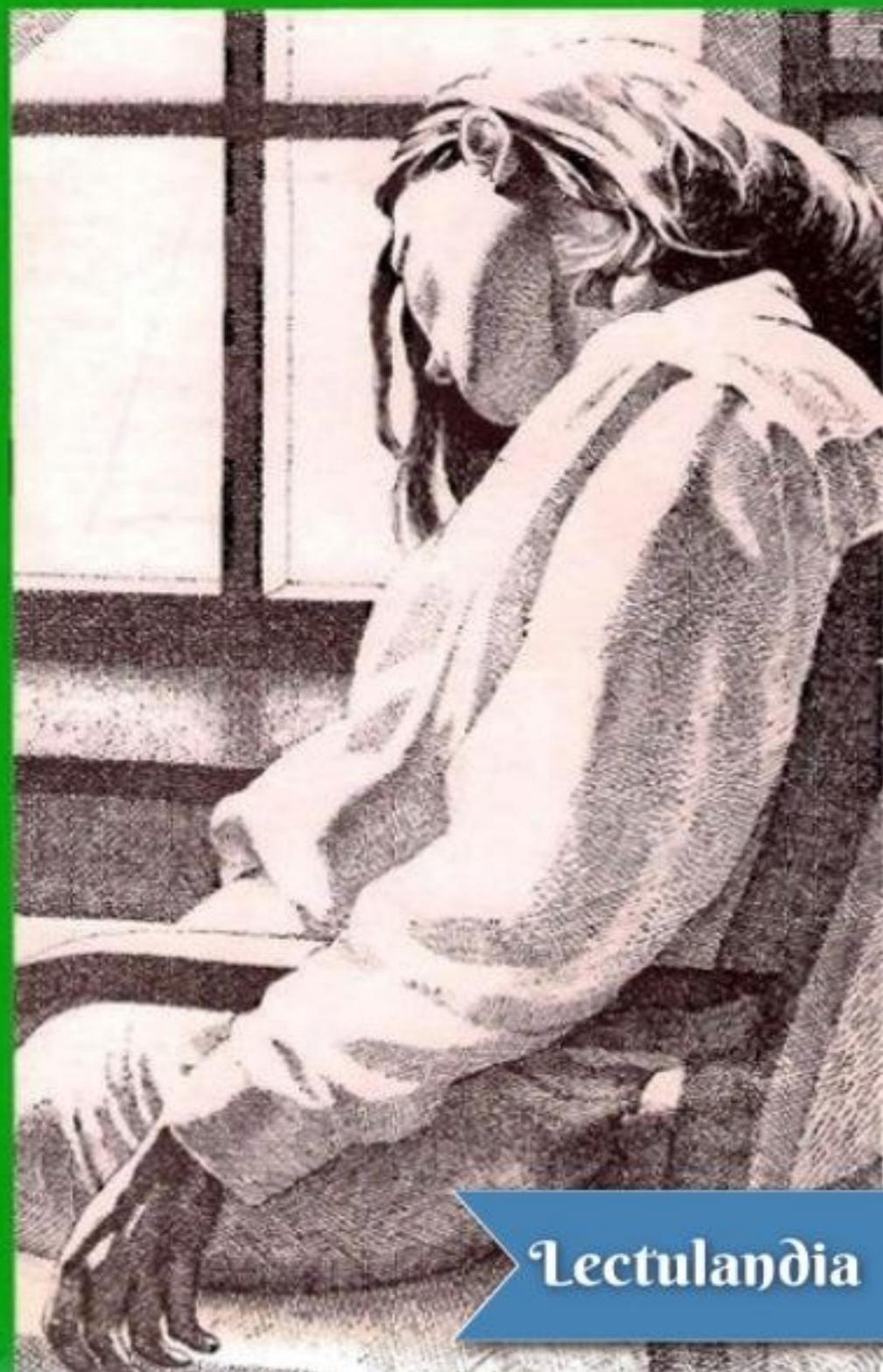


Muerte en la cátedra

Amanda Cross

DAMAS DEL CRIMEN / ALFAGUARA LITERATURAS



Lectulandia

Una profesora de literatura inglesa —que parece haber sido elegida para su trabajo precisamente por no ser feminista— aparece muerta en una universidad del Este de los Estados Unidos. Kate Fansler, protagonista de las novelas de Amanda Cross y también profesora de literatura, se encargará de investigar por su cuenta el caso. Kate Fansler es liberal, feminista, poseedora de una vasta cultura literaria y provista de un excelente sentido del humor, enamorada de su marido y muy aficionada al martini seco cuando termina el día. No es una detective profesional, sino una mujer intuitiva y lógica. Como es habitual en su autora, *Muerte en la cátedra* no es solo una novela de crimen, sino, además, una buena reflexión sobre literatura, feminismo, o cambios sociales. No podía ser de otro modo con tal protagonista.

Lectulandia

Amanda Cross

Muerte en la cátedra

ePub r1.1

Titivillus 11.02.2017

Título original: *Death in a tenured position*

Amanda Cross, 1981

Traducción: Ester Gómez Parro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Puesto que la Universidad de Harvard existe en la ciudad norteamericana de Cambridge, así como muchos de los lugares y personas mencionadas en esta novela, es importante manifestar que ninguna de ellas, relacionadas o no con Harvard, mantiene ningún parecido con nadie en la realidad. Y para confirmar la verdad de esta afirmación, especialmente en lo que se refiere al Departamento de Inglés de dicha universidad, la autora declara haber conocido a algunos miembros de ese departamento y tener amistad solamente con uno de ellos que, además, no aparece en esta historia. Asimismo, declara haber entrado en Warren House tan solo en una ocasión, sin ser invitada, con el único propósito de conocerla para poder escribir este libro.

Introducción

Si hay entre ustedes, como espero que así sea, amigos fervientes de la educación de las mujeres, como los llamó Joseph Warner, no se me ocurre otra forma mejor de servir a la causa que establecer un número determinado de plazas en Harvard para las mujeres de Radcliffe^[1]. No importa la especialidad de la cátedra, con tal de que sea ostentada por una mujer.

Giles Constable

Noticias del Centenario de Radcliffe

De Andrew Sladovski, Adjunto al Departamento de Inglés, Universidad de Harvard, a Peter Sarkins, Adjunto al Departamento de Inglés, Universidad de Washington, St. Louis:

Querido Peter: Imagino que habrás intentado adivinar, incluso antes de abrir el sobre, qué puede haber inspirado al viejo Andy a escribir. Déjalo, no acertarás. ¡Harvard está a punto de contar con una mujer profesora en el Departamento de Inglés! Estamos todos zumbando como las numerosas abejas de Tennyson. ¿O acaso era Poe? No necesito decirte que Hopkins, nuestro siempre adorable Jefe de Departamento, está que echa chispas. Acaba de anunciar al claustro de profesores que pensaba que el problema de la mujer había alcanzado el límite y que ya no tendría que preocuparnos el hecho de tener que contratar a una, cuando todo esto se le vino encima. Si el pobre tipo no fuera tan repugnante, tal vez en el fondo de mi corazón habría podido sentir cierta compasión por él. Por supuesto, están todos preocupados por la menopausia —es en lo único que saben pensar cuando una mujer amenaza con traspasar sus recintos masculinos—. ¡Qué revelador es el lenguaje! Nadie sabe quién será, pero espero que sea una auténtica feminista que les dé su merecido, aunque es poco probable que se busquen a una puñetera. Lizzy dice que se las arreglarán para encontrar a una erudita conocida que piense que cualquier mujer podría haberlo hecho igual que ella. A propósito, quiere añadirte un comentario sarcástico a la carta...

De Allen Adam Clarkville, Profesor de Inglés, Universidad de Harvard, a Mark Peterson Mattias, Profesor de Inglés en la misma universidad, en excedencia:

Querido Peterson: Me pregunto si es posible que la noticia no te haya llegado ya a Bellagio. Me temo, sin embargo, al no haber recibido ningún telegrama tuyo, que

estás en la montaña y no te has enterado de nada. No te pierdas en el monte, Peterson, necesito todo el apoyo que la vida pueda ofrecerme. Algún maldito millonario ha ofrecido a Harvard un millón de dólares para costear una plaza de profesor en el Departamento de Inglés, siempre y cuando la plaza sea otorgada a una mujer. Sin duda, el hecho de que nunca hayamos tenido a una mujer entre nosotros nos ha convertido en el blanco perfecto de su beneficencia. Y no ha habido forma de encasquetársela a los de Historia y Literatura. Dicen que hay revuelo en el palomar. Realmente pienso que a estos heterotipos les asuntan más las mujeres que a nosotros. Y el pobre Hopkins que había llegado a creer que continuaríamos separándonos del otro sexo después de las cenas. No citaré los sermones de Samuel Johnson sobre las mujeres, eso se lo dejaré al viejo Fronsy. Si no fuera porque tendré que verla en todas las reuniones que me quedan de mi vida profesional, casi me atrevería a ensalzar el frenesí que se vive por aquí estos días. Al parecer Harvard no va a renunciar a un millón de dólares, por muy histéricos que nos pongamos. Y lo que es más, quienquiera que sea el benefactor (¿ha estudiado alguien alguna vez el fenómeno del hombre feminista? Por supuesto el primero que viene a la memoria es John Stuart Mill), se rumorea que ha prometido otro millón por una segunda profesora si el resultado de la primera es satisfactorio. Uno apenas sabe si decidirse por la enhorabuena o el sabotaje. No necesito decirte lo que sospecho que pasa por las mentes de algunos de nuestros más estimados colegas...

De Frank Williams, Profesor de Inglés, Universidad de Harvard, a Frederick Held, Profesor de Inglés, Universidad de Columbia:

Querido Fred: Supongo que adivinarás el motivo de mi carta. Considera la misma como una petición formal para que me sugieras a alguien; una mujer, erudita, para que ocupe la ya tan famosa plaza. El rector se niega, y con razón, a rechazar el dinero, aunque está soportando muchas presiones para que lo haga. En breve te daré mi opinión de viva voz. Puesto que, por mis pecados, soy el cabeza del comité encargado de buscar a tal persona, debo hacerlo, y tú conoces a más mujeres por ahí y sabes más de otras universidades que el resto de nosotros —debido, desde luego, a tu conocida naturaleza, gentil y desprejuiciada—. La dama que buscamos debe ser convencional y, a ser posible, no propensa a las escenas histéricas. Se nos ha advertido firmemente que no demoremos el asunto, pero a cambio de habernos comprometido a fijar un plazo límite, se me permite no tener ninguna mujer en el comité. Hasta aquí se oirán los gritos del cuartel de Radcliffe —por supuesto, se les ha prometido que tendremos en cuenta su opinión en *todo* lo que tenga que ver con mujeres (ojalá las mujeres hubieran permanecido felizmente confinadas en sus recintos femeninos)— pero yo me mantengo firme. Este departamento tomará una decisión final absolutamente masculina.

La de cuerpos que deben estar retorciéndose en sus sepulturas. Yo deseo ser incinerado. Hopkins, no hace falta que te lo diga, está de su propio lado —una

antigua y acertada descripción—. Fran ha sacado la frase perfecta para la ocasión de la última novela de Iris Murdoch: *Sic biscuits disintegrant*, es decir, así crujen las galletas. Se me ocurre una idea maravillosa. ¿Crees que podríamos contratar a Iris Murdoch? Traeríamos también a su respetable marido, John Bayley, un *buen* crítico. Él daría los cursos (algún derecho tiene que quedar para los maridos) y ella podría escribir tranquilamente sus novelas. Es la idea más agradable que he tenido desde que empezó este lamentable asunto...

Capítulo 1

La desilusión de vivir consiste en descubrir que nadie está de acuerdo contigo... Te resulta importante la cantidad de cosas en las que están de acuerdo contigo, hasta que te das cuenta que es mayor el número de cosas en las que disienten. Entonces uno dice, a partir de ahora voy a escribir solo para mí y para los extraños, me dedicaré a mí y a los desconocidos, y es esto lo que convierte en ancianos a un hombre o una mujer.

Gertrude Stein

Ser Norteamericanos.

Kate Fansler miró a los hombres sentados a ambos lados de la larga mesa de conferencias. La otra mujer miembro del comité era negra y no estaba presente ese día. Tenía tantos asuntos que reclamaban su tiempo y atención que de vez en cuando se saltaba las tareas del comité, aun tratándose de uno tan importante como este. Mirando los rostros masculinos que la rodeaban, expertos desde hacía años en ocultar la irritación pero no el aburrimiento, Kate llegó a la conclusión de que esta década estaría marcada para ella por las reuniones alrededor de enormes mesas de conferencias, brillantes y barnizadas, en compañía de muchos hombres y unas pocas mujeres, cuya tarea era resolver los problemas de la academia en los años setenta. A veces ella misma se imaginaba su lápida con el epitafio «La Mujer Modelo» grabado en el mármol. Y encima del epitafio unos cuantos angelitos andróginos flotando indiferentes.

A las cinco se puso en pie, decidida a contar una mentira para poder abandonar la sala. Sabía que uno de los hombres se marcharía pronto para llegar a tiempo a su partida de cartas, pero ella se le adelantaría unos minutos. Estaba harta de las pomposidades y prolijidades masculinas y, en cualquier caso, tenía dos opciones: irse o empezar a gritar. Por supuesto, nadie notaría mucho su ausencia, aunque vio unos cuantos gestos vagos de despedida. Esperaba que la década de los ochenta no se caracterizase, desde luego, por las reuniones del comité sino por algo más emocionante, o al menos, bueno, más significativo.

Una vez fuera de la sala, Kate en cierto modo se sintió revivir. Pensaba ir a casa, a

tomarse un martini y poner los pies en alto. Tal vez Reed, que andaba recorriendo el mundo para informar sobre los métodos de la policía, había escrito. Para ser más exactos, tal vez la oficina de Correos podía haber tenido la brillante idea de entregar su carta. Se detuvo un momento en el aseo de la planta baja y miró una pequeña placa circular encastrada en el espejo: «Confía en Dios; Él proveerá». Sonrió y se fue a casa.

Seguramente algunos, pensó mientras daba un sorbo al martini y se relajaba del trabajo del día, dirían que Dios, cualquiera que fuese su sexo o autenticidad, había dotado a Kate en abundancia. Eso era indiscutible. Nacida en una familia rica y de buena posición social, había disfrutado los escasos beneficios de las ventajas de su familia mientras logró evitar lo que ella consideraba sus agobiantes desventajas. Lo cual, traducido libremente, significaba el privilegio de la riqueza, pero no de las opiniones o convencionalismos. Decidida a tener una profesión, cuando tal determinación en su entorno era algo más que excentricidad, había llegado a ser Profesora de Literatura en una de las más prestigiosas universidades de Nueva York. Ya tarde en la vida —al menos tal como se veían las cosas— se había casado con un hombre que la ofrecía compañía más que arrebatos apasionados. Ninguno de los dos veía el matrimonio como una alternancia ininterrumpida entre la lujuria y las cenas en los mejores restaurantes. Reed Amhearst había llegado a su vida como Ayudante del Fiscal del Distrito; aún seguía trabajando en las altas esferas de la policía, aunque en los últimos años había encaminado sus esfuerzos a la preservación del aspecto humano en la aplicación de la ley. Su actual estancia en África era en cierto modo una cuestión de corazón. A estas horas, a pesar de llevar semanas ausente, ella esperaba oír sus pasos.

La languidez de Kate, como ella misma lo sentía, era el precio de una vida consumada. O, para decirlo con palabras más a tono con su profesión, cuando no hay metas que alcanzar uno se hunde en el ancestral pecado de la falta de valores. Increíble, pensó Kate, la cantidad de años que se tardaba en aprender un simple hecho: que el premio que parece estar ahí delante, el próximo trabajo, la siguiente publicación, un posible romance, el matrimonio, todo eso parece ser siempre la clave de la satisfacción, pero a la larga, nunca es suficiente. Por mucho que uno quisiera saborear los dones que ya posee —tiempo libre, salud, dinero, una casa propia— siempre acababa mirando hacia adelante, esperando la siguiente oportunidad. Esto había impresionado a Kate en su infancia al ver a las amigas de su madre, siempre comprando y vendiendo casas, cambiando de decoración constantemente. Y ahora, así era la vida, incluso si uno sobrevivía a lo peor, alcanzaba una condición puramente actual, o al menos descrita con una frase muy moderna: culpable de sobrevivir. Y entonces uno se preguntaba: ¿qué vendrá ahora?, ¿qué nuevo sentido tendrá la vida?, ¿qué fin?, ¿qué nueva comunidad de gente?

Mientras se preparaba otro martini para no pensar en la cena, admitió que tal vez

por esa sensación oscura del vacío donde, como dice el Eclesiastés, el deseo fracasa, era por lo que se había sentido atraída a resolver crímenes. Con ayuda de Reed, por supuesto. ¿Acaso todo el mundo tenía amigos y conocidos que se encontraban atrapados en tales dramas de muerte y pasión? Doris Lessing había escrito recientemente que las cadenas del realismo en la novela empezaban a soltarse, porque «lo que vemos a nuestro alrededor se hace cada día más salvaje, más fantástico e increíble». Kate estaba de acuerdo con eso.

Sin embargo, llevaba mucho tiempo sin ejercer de detective. Bien sabía Dios que no sentía la necesidad de ver cadáveres; el mundo apenas podía ya soportar otra simple manifestación de violencia. ¿Qué era entonces lo que anhelaba? La sensación, tal vez, de que no había superado el punto de poder variar los acontecimientos, de mover el mundo, aunque solo fuera un poco, en la dirección de lo humano. Ella y Reed, entonces, a medio mundo de distancia el uno del otro, perseguían el mismo fin. Pero él estaba comprometido, mientras que ella se limitaba a sentarse en mesas redondas entre hombres pomposos, empezando, por primera vez en una vida dedicada al lenguaje y las ideas, a cuestionarse la eficacia de ambas cosas.

Reuniendo todas sus fuerzas para un simple propósito, se llevó el vaso a la cocina y empezó a prepararse la cena. Mientras batía los huevos concluyó que no era el pecado de la falta de valores, sino más bien lo que los franceses llaman *aboulie*: *l'absence morbide de la volonté*. Qué tontería, pensó, alcanzando la sartén. Como te descuides, se reprochó a sí misma, vas a acabar por parecerte a una de las indecisas heroínas de George Eliot de las que tanto hablas en tus clases. Al menos yo, pensó, he sido educada para creer en Dios y confiar en su providencia.

La mujer estaba apoyada en la puerta cuando Kate llegó a su despacho la tarde siguiente. Junto a ella, sentada sobre las patas traseras, en una especie de agonía impaciente, estaba un gran *bullterrier* blanco, el tipo de bestia que aparece en los dibujos de los niños. Vagamente, Kate recordó el cartel que había en la puerta de Baldwin Hall: *Prohibida la entrada a perros*.

—Usted es Kate —dijo la mujer. No estaba claro si era una pregunta o una respuesta. Kate asintió mientras buscaba la llave. La perra se levantó con una expresión que bien podía ser de amenaza—. Abajo, perra —dijo la mujer indiferente—. ¿Puedo hablar con usted un minuto? ¿Le dan miedo los perros? Si quiere, puede dejar a Yocasta ahí fuera.

—Entre —dijo Kate—, y traiga, eh, a Yocasta —entraron las tres; Yocasta, en opinión de Kate, con bastante disgusto.

—Gracias —dijo la mujer, y se quitó el gabán dejando ver una camiseta con un dibujo de Virginia Woolf y unos pantalones de obrero. Su pelo, largo y lacio, le caía a ambos lados de la cara; usaba grandes gafas. Sus movimientos rígidos eran los de un cuerpo femenino que ha atrofiado parte de la motricidad. Treinta y tantos, pensó Kate, tal vez cuarenta. ¿Cuál es la diferencia, al fin y al cabo?

—Siéntese, por favor.

—Me llamo Joan Theresa —dijo la mujer, dejándose caer en la silla que había cerca del escritorio de Kate—. Abajo, Yocasta, tumbate y quédate ahí quieta — Yocasta, nuevamente apoyada en sus patas traseras, estiró las delanteras dando al acto el significado de que ya estaba tumbada. Sin embargo, cada uno de sus músculos negaba el hecho de estar relajada; su mirada estaba fija en Kate—. Usted no me conoce. Vivo en Cambridge, Massachusetts. Tenemos una cafetería entre unas cuantas, se llama *Maybe Next Time*, en la calle Hampshire. Yocasta, hija de puta, tumbate y estate quieta ahora mismo o te convertiré en carne enlatada para perros. Perdome, me temo que usted la pone nerviosa. Usted no, desde luego, este lugar. Se preguntará por qué estoy aquí.

Sí, me lo pregunto, pensó Kate, pero no mucho. ¿De qué puede una extrañarse en estos tiempos?

—¿Tiene intención de venirse a vivir a Nueva York? —preguntó Kate—. ¿Quiere venir a la universidad?

—¡Esta mierda de sitio! Lo siento. Me ha cogido por sorpresa. No, solo he venido a verla a usted. A pedirle un favor para alguien.

—¿Le molesta que fume?

—Sí, me pone enferma.

Kate volvió a poner el cigarrillo en el paquete.

—¿En qué puedo ayudarla —esperaba que no se la notara la impaciencia— aparte de no fumar y no poner nerviosa a Yocasta?

—No quiero parecer grosera. Me dijeron que era usted directa, pero no tanto. Se llama Kate Fansler. ¿Es ese el apellido de su marido?

—No, es el de mi padre. Supongo que Theresa es el nombre de su madre.

—Eso sí que es bueno —dijo Joan Theresa—. Me gusta que lo haya dicho —Kate notó que algo en su cuerpo y en el de Yocasta se relajaba. Nada visible, pero la tensión había desaparecido. La perra descansó la cabeza en el suelo. Pero aun así, Kate tenía la sensación de que la estaban escrutando. La gabardina que había colgado del perchero era de última moda. Sus zapatos, aunque planos, también. Sus medias cubrían unas piernas depiladas. Su traje, del mejor ante, hacía juego con un suéter de cuello vuelto, y en la chaqueta llevaba un alfiler de oro. Kate iba vestida según el gusto del patriarcado.

—Mi ropa me hace la vida más fácil —dijo—, igual que a usted la suya. ¿Qué quiere de mí?

—No es algo personal —dijo Joan—. Se trata de Janet Mandelbaum. Me dijo que usted se acordaría de ella. Mandelbaum es su apellido de casada, pero está divorciada.

—Lo sé —dijo Kate.

—Yo estuve casada una vez —dijo Joan. Cambió de postura y la perra se incorporó.

—Tranquila, chica. ¿Sabe qué fue lo que arruinó mi matrimonio? Ocurrió en la fase en que yo intentaba ser la esposa ejemplar. Antes de que cambiara mi apellido por el nombre de mi madre. Mi marido, que había pasado una mala racha intentando salir adelante, encontró estiércol de caballo en el dormitorio. Pensó que yo lo había puesto a propósito para molestarle, o tal vez que había metido un caballo en la habitación, y que pretendía que él lo pisara al entrar. La verdad, que nunca quiso escuchar, fue mucho más sencilla y sin mala intención. Yocasta era muy pequeña entonces, y solía comer todo lo que su olfato encontraba interesante. Yo la había sacado a pasear al parque y ella comió estiércol de caballo. Cuando estábamos de vuelta en casa y yo había sucumbido obediente a la lujuria de mi marido, Yocasta decidió que el estiércol de caballo no le había sentado bien, y lo devolvió, casi intacto, en el suelo del dormitorio. Me hace gracia pensar que Yocasta estaba vomitando la mierda de caballo en el mismo instante que mi marido... bueno, no importa. Hay una moraleja en esta historia que está relacionada con el motivo de mi visita. Los hombres siempre imaginan que pones estiércol de caballo para burlarte de ellos.

Hubo un silencio mientras Kate pensó en Janet Mandelbaum quien, al parecer, había inspirado esta extraordinaria visita. Hacía poco había leído que Janet había ido a Harvard como la primera mujer con plaza de profesora en el Departamento de Inglés. Janet, por supuesto, no era judía; Mandelbaum había representado la única y principal fase liberal de Janet. Había conservado el apellido porque con él había logrado su reputación, una reputación impresionante. El suyo había sido el estudio más importante de la poesía del siglo XVII desde T. S. Eliot, y en los años cincuenta toda la atención se había concentrado en la poesía de ese siglo. Nada podía cambiar la reputación de erudita que el libro le había conferido. Fue este hecho lo que la llevó a Harvard, aparte de unos cuantos libros menos importantes que escribió después. Sin embargo, estos últimos eran ya famosos, con un éxito seguro, sólido.

—Janet no fue nunca feminista —dijo Kate.

—Yo no diría eso —Joan reforzó el sarcasmo con un gesto—. No fue nunca una *mujer*, profesionalmente hablando.

—Lo sé. Supuse que fue por eso por lo que la contrató Harvard. Además, sufrió una histerectomía cuando era joven, lo cual garantiza que no tendrá la menopausia, durante la cual las mujeres se ponen insufribles, como todo el mundo sabe. Para ser sincera, no puedo imaginar que usted y Janet tengan algún tipo de relación. De hecho, me parece una combinación de lo más extraña.

—Es cierto. El hecho es que Janet tiene problemas. Y las hermanas están involucradas.

—¿Las hermanas?

—La comuna. No es religiosa, somos solamente un grupo de mujeres que nos apoyamos unas a otras.

—En la calle Hampshire.

—Aprende deprisa. Hay que tener cerebro para encajarlo en el sistema, lo reconozco. Janet fue encontrada en estado de embriaguez en el cuarto de baño de una antigua casa donde tiene la sede el Departamento de Inglés, y han implicado a las hermanas. No tuvimos nada que ver con el asunto.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Kate se levantó y, al abrir la puerta, apareció un joven licenciado que miró directamente a Yocasta, quien a su vez le devolvió el gesto poniéndose en pie con un gruñido. Kate salió y cerró la puerta.

—Sr. Marshall, sé que teníamos una cita. ¿Le importa concederme unos cuantos minutos? Por favor, espere en el vestíbulo hasta que vea salir a mis, eh, invitadas. ¿De acuerdo?

El Sr. Marshall asintió sin apartar la vista de Kate. Esta historia estará en boca de todo el departamento en menos de diez minutos, pensó Kate. ¿Pero qué historia?

Esa tarde se reunieron las tres en el apartamento de Kate, que estaba repantigada con los pies en alto, mientras Joan Theresa estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y Yocasta dormía en el sofá. Kate tomaba *whisky* y fumaba; Joan Theresa café. Había puesto el ventilador para que el humo no molestara a Joan.

—No me diga que debería dejarlo —dijo Kate—. Lo sé. Lo he intentado muchas veces. Odio ser una fumadora empedernida, pero me odio aún más a mí misma cuando no fumo. ¿Qué está pasando realmente con Janet en Harvard?

Yocasta se revolvió en el sofá con un gruñido; Joan cambió las piernas de posición.

—Encontrar algún tipo de relación entre Janet Mandelbaum y una de nuestras hermanas es tan probable como descubrir que Nixon está haciendo campaña a favor de Ted Kennedy. No hay forma posible, se lo aseguro. Pero así está la cosa. Por lo que veo, usted no sabe exactamente lo que es una hermana, no en el sentido que le damos nosotras.

—Me temo que no. Evidentemente, no querrá decir que todas las mujeres son hermanas, en el sentido que los franceses dan a la idea de la fraternidad.

—Dudo mucho de que todos los hombres sean hermanos, o que lo hayan sido alguna vez, aunque tienden a establecer lazos profundos con los de su mismo tipo, pero las mujeres que son hermanas no toman parte en lo establecido por los hombres, ni en ninguna institución patriarcal. Aún más, las desprecian. Sienten que las instituciones patriarcales han discriminado y utilizado a las mujeres, y las hermanas no quieren tener que ver nada con ellas. De hecho, les gustaría destruirlas, pero al menos son conscientes de que están podridas. Las mujeres que no son hermanas siguen el juego de la podredumbre, ya sea porque les gusta, o porque piensan que la pueden cambiar.

—Como yo.

—Perdone, pero así es.

—Y el deseo de las hermanas es destruir esas instituciones, literalmente, a ser

posible.

—No, literalmente no. La violencia y la destrucción son juegos masculinos. Pero si pueden utilizarán las instituciones de los hombres para conseguir sus propósitos. Mentirán porque no confían, porque su confianza siempre ha sido traicionada. Para una mujer como yo, Janet Mandelbaum es peor que un hombre; conspira con los hombres en contra de otras mujeres. No soportamos a las mujeres que viven con hombres, sea en su trabajo o en cualquier otra situación.

—Yo, desde luego —dijo Kate—, desearía reservarme el derecho a no ser comparada con Janet Mandelbaum. En todo hay grados.

—¿Habría ido a Harvard si se lo hubieran pedido? ¿O a Yale? ¿O a Princeton? No hay ninguna diferencia.

—Del hecho no, pero no por las respetables razones que eso implica. En primer lugar, me habría visto utilizada en los comités, y desatendida también. En segundo lugar, encuentro a Harvard, donde han ido los hombres de la familia Fansler durante generaciones, una universidad espantosamente orgullosa, como ellos mismos, y me parece poco probable que cambie. Henry James escribió una novela hacia 1890 en la que una joven enseña Harvard a un admirador, mostrándole todos los edificios y destacando que no había lugar para las mujeres en ellos. Harvard no ha cambiado mucho desde entonces. Hasta hace poco más de diez años las mujeres no podían utilizar muchas de las bibliotecas. No, por multitud de razones no habría ido aunque me lo hubieran pedido, ni tampoco a Yale o a Princeton. Eso, sin embargo, no me hace parecer diferente a Janet, o no tanto como para tenerlo en cuenta.

—Sí.

—¿Por qué está aquí entonces? ¿Por qué está Yocasta roncando tan plácidamente en mi sofá? ¿Acaso soy tan sospechosa que se burla de las mujeres que trabajan con el patriarcado, pero no tiene escrúpulos en acudir a ellas en caso de necesidad?

—Verdaderamente, da usted en el blanco.

—Es una costumbre —dijo Kate—. Ahora es *usted* quien debe *perdonarme*. ¿Cómo es que una buena *hermana* se ha visto envuelta en el asunto de la Profesora Mandelbaum?

Joan estiró las piernas en el suelo, adoptando una postura que solo resultaba cómoda para quien estuviera en forma, condición que Kate encontraba sutilmente deprimente de contemplar. A pesar de creer profundamente en la importancia del atletismo para las mujeres, en los juegos agresivos y enérgicos para las chicas, la verdad era que Kate había huido de la gimnasia y de todo tipo de ejercicio, y encontraba que el paseo era el único ejercicio físico que no le parecía ridículo para ella. Su delgadez, como la mayor parte de sus posesiones, era algo heredado, no ganado a pulso.

—¿Conoce bien Harvard? —preguntó Joan.

—En absoluto, y menos por propósitos intelectuales. He asistido de vez en cuando a alguna graduación, siempre por razones de familia. Reconozco una total

ignorancia.

—La administración del Departamento de Inglés de Harvard tiene su sede en uno de esos antiguos edificios de madera restaurados que Harvard ha ido comprando poco a poco a lo largo de los siglos y utilizando para su conveniencia. Poseen Cambridge, para todos sus propósitos e intenciones. Este edificio en concreto perteneció una vez a un tipo llamado Warren, por eso llaman así a la casa. Era un tipo que tenía asma, o artritis, algo así, y solía sentarse en un balcón acristalado porque no podía soportar la humedad, y desde allí miraba cómo se entretenían sus invitados. Se supone que su casa era uno de los centros del comercio de esclavos, pero Dios sabe qué es verdad en Harvard y qué no es más que pura leyenda. Es igual, el caso es que el lugar permanece casi intacto; el balcón sigue estando acristalado y en el segundo piso hay un antiguo cuarto de baño completo con una bañera de caoba, un inodoro con la cadena en la parte de arriba, y un aspecto general de ser uno de los primeros ejemplos de elegante fontanería de interiores. La ducha todavía funciona; estaba abierta cuando encontraron a Janet. Ahora es el aseo de señoras, en parte porque una profesora adjunta cruza el umbral de vez en cuando, por no mencionar a las jóvenes licenciadas sin las cuales ninguna de estas instituciones podría seguir funcionando. Pero sin duda la verdadera razón de que se asignase a las mujeres fueron las secretarias, o, las chicas, como estoy segura de que las llaman.

—Muy bien —dijo Kate—. Hasta ahora estoy de acuerdo con usted. Personalmente, si viviera en Cambridge me sentiría agradecida a Harvard por no derribar esas casas antiguas y erigir en su lugar alguna de esas monstruosidades de cristal y cemento. Pero supongo que es eso lo que me convierte en miembro de lo establecido y no en hermana.

—Capta la idea —dijo Joan—. Sirven a sus propios fines. De vez en cuando estos coinciden con los de las mujeres, pero solo muy de vez en cuando, y simplemente por casualidad. El caso es que a Janet Mandelbaum la encontraron una noche en la bañera de caoba, borracha como una cuba y metida en agua, todo el cuerpo menos la cabeza. Y Luellen May, una de nuestras hermanas, estaba con ella.

—¿Con ella?

—Sí. Alguien llamó a la cafetería y dijo que era una de las hermanas la que estaba en la bañera. Luellen fue a ver qué pasaba. Era una trampa, desde luego.

—¿Ha tenido mucha publicidad el asunto?

—No. Harvard se encargó de tapanlo en interés propio. Pero había montones de testigos y se corrió la voz contando lo peor que se puede imaginar.

—¿Qué dice Janet?

—Dice que no sabe cómo llegó allí. Nadie la cree, dicen que se agarró una buena tajada y se desmayó. No hace falta que le diga que este asunto perjudica seriamente a la Profesora Mandelbaum, y en cierto modo la peor parte se está asociando con Luellen. Nuestra querida Janet ni siquiera desea que se la relacione con las estudiantes.

—No creo que se haya enterado mucha gente —dijo Kate—, porque ya me habría llegado la noticia.

—Apuesto a que sus colegas masculinos ya lo saben. ¿Cree que es probable que se lo cuenten a usted?

Kate movió lentamente la cabeza.

—Tal vez uno o dos me lo dijeran si tuviéramos la oportunidad de hablar a solas. ¿Qué quiere que haga?

—Janet quiere que vaya a Harvard a ayudarla.

—Es extraño. Solo la conocí cuando estábamos estudiando la carrera. Por supuesto, en aquel entonces teníamos muchas cosas en común. ¿Conoce a Gertrude Stein? Me parece que era de su hermano Leo de quien decía: «Siempre habíamos estado juntos y ahora veo que no era así. Poco a poco nos fuimos alejando y no volvimos a vernos». ¿Cuándo quiere que vaya a Harvard?

—No sé, pronto. Después de las vacaciones de Navidad, tal vez.

—¿Y por qué usted, que desprecia a Janet, ha venido a traerme su mensaje?

—Pensé, bueno, todas pensamos que si acudía para ayudar a Janet, quizás podría ayudar también a Luellen. Está luchando por la custodia de sus hijos y esto no le va a hacer ningún bien.

Se quedaron un momento en silencio, ambas mirando a Yocasta, cuya absoluta relajación en el sofá solo era perturbada por sus sueños caninos, que le hacían mover bruscamente las patas de vez en cuando.

—Sé que tiene que pensárselo —dijo Joan incorporándose—. De todos modos, es posible que tenga noticias de Janet. Vamos, Yocasta, perra perezosa —la perra no respondió; luego, un agudo silbido de Joan le hizo levantar súbitamente la cabeza.

—Siempre he querido silbar de esa manera —dijo Kate—. Dígame una cosa. Si usted es capaz de mentir a cualquier hombre, o a cualquier mujer que colabore con los hombres, y considera que con ello cumple con su deber, ¿por qué piensa que debo creerla?

—No debe —dijo Joan—. Compruébelo usted misma. ¿Por qué no se acerca y lo comprueba? Podemos alojarla, si lo desea. ¿Verdad Yocasta?

—Calle Hampshire —dijo Kate—. Tal vez vaya a tomarme un café.

—Se llama *Maybe Next Time*. Pregunte a cualquiera.

Cuando se fueron, Kate empezó a quitar distraída algunos pelos blancos que Yocasta había dejado en el sofá. Pensó que le gustaría tener un perro, pero no podía imaginarse eso en el esquema de su vida, o en la de Reed. «Estiércol de caballo», recordó riéndose. Era difícil sentir simpatía por Yocasta, pero lo era aún más encontrar algo atractivo en Joan Theresa, que odiaba las instituciones masculinas. «Hermanas», murmuró. Luego fue hacia la ventana y vio a Joan alejándose a toda prisa por la avenida, con Yocasta tras ella, con las orejas hacia atrás, como Joyce más o menos dijo, porque esa puñetera valía la pena.

Capítulo 2

Tenéis tanto miedo a perder vuestro sentido de la moral que estáis dispuestos a mantenerlo aún en medio de un lodazal.

Gertrude Stein

—Por supuesto que es *gay* —añadió Mark Evergreen cuando el camarero les llenó los vasos de agua y les dejó a solas con su almuerzo en el Club de Profesores—. Pero ya lo sabes.

—Eso he oído —dijo Kate—. Vivaz, simpático, y dado a llevar colores alegres; lleno de vida y actividad.

—Vamos —dijo Mark—, no debería haberlo dicho tan a las claras. Estás ofendida.

—Solo por la palabra. Lamento las palabras. Clarissa Dalloway pensaba de Peter Walsh: «Si me hubiera casado con él, habría disfrutado de esta alegría todo el día». ¿Podría alguien escribir esa frase ahora? Evocaría ese tipo de risita que hace pensar en aquellas ocasiones de mi niñez cuando uno inocentemente mencionaba a las hadas. Tal vez, si alegre viene a significar homosexual, recuperaremos a las hadas para describir a los diminutos animalillos que viven en la tierra de mi jardín o en cualquier otro lugar.

—¿No tienes nada en contra de los homosexuales como tales?

—«Como tales». En serio, Mark, ¡qué frase! Dejando aparte el lenguaje, me alegro de los cambios de los setenta. Las décadas impares de nuestro siglo parece que han sido horribles, ¿no lo has notado? Los treinta, los cincuenta, los setenta. Llenos de depresiones, cazas de brujas y corrupción en las altas esferas. Aun así, hubo muchas renovaciones en los setenta, incluyendo más sinceridad y comprensión hacia los homosexuales. Un amigo mío encantador, marica en todo el maravilloso sentido de esa palabra, me confió, siguiendo el sentido del humor de los tiempos, que él había salido del armario. Ahora bien, esa es una frase que no apela injustificadamente al lenguaje —de hecho, como frase, es etimológicamente bastante acertada. La cuestión es que era tan encantador, tan agradable, tan digno de confianza y tan culto dentro del armario como fuera de él, y descubrí que apenas había cambiado en nada, excepto que había usurpado esa deliciosa palabra, *gay*. Yo no podía ir por ahí diciendo que era

el hombre más *gay* que conocía, lo cual era la pura verdad, y también un gran cumplido, por cierto.

—Kate, ¿te pasa algo? Sé que eres dada a las disquisiciones improvisadas, pero pareces un poco más frívola que de costumbre. ¿Qué más puedo decirte de Clarkville? Supongo que conoces su trabajo tan bien como yo.

—Justamente, tú *le* conoces mejor que yo, y me preguntaba...

—Has oído los rumores sobre lo de Janet Mandelbaum en la bañera. Tenía que haberlo imaginado.

—No lo he oído *exactamente*; me lo han contado, ya que conoces tan bien a Clarkville, ¿sabes lo que ocurrió?

—Estaba borracha y empapada. Clarkville más o menos sugirió que la presión había sido excesiva para ella. Yo creería que el hecho de ser la primera mujer profesora en el Departamento de Inglés de Harvard sería mucho para Afrodita, pero no para Janet Mandelbaum. Al parecer, se tomó una copa de más y decidió darse un baño para refrescarse, pero se desmayó.

—¿Has oído si hay alguien más involucrado en el asunto?

—Sí, una mujer de por allí. Parece que acudió en su ayuda, nadie sabe por qué. Janet afirma no haberla visto jamás, y la otra también. Por lo que sé, las dos niegan enfáticamente que se conocieran, incluso con insultos. ¿Te preocupa todo esto?

—Mark, ¿recuerdas cómo era Janet Mandelbaum?

—Cómo no. Belleza e inteligencia. Y casi tan convencional y poco imaginativa como John Livingstone Lowes, que se dedicó a contar todas las palabras que había leído Coleridge.

—También era de Harvard.

—Naturalmente. Recordarás que, según ella, aplicar el criticismo moderno a Donne y Herbert es tan aceptable como considerar a Shakespeare uno de nuestros contemporáneos. Coleccionaba libros de himnos contemporáneos, es decir, de la época de Donne y Herbert. Yo pensaba que era la mujer más aburrida que había conocido, y así hubiera sido de no ser por su increíble atractivo.

Levantó los ojos y miró a Kate.

—No era muy amable —dijo ella—. Al menos, no lo parecía.

—No, no mucho. Aunque los estudiantes del siglo XVII, cuyo trabajo ella tiraba por tierra, babeaban al verla. Todos suspirábamos por ti, desde luego, pero...

—Mark. Parece ser que ha preguntado por mí. No directamente, ya sabes, pero de algún modo tiene relación con todo esto de Harvard. ¿Te parece que puede ser verdad? ¿Crees que este lío puede ser serio?

—La segunda pregunta primero. Si me interesasen las mujeres de Harvard, pensaría que es serio de verdad. Y eso es lo que creo. Si fuera como la mayoría de nuestros colegas masculinos, lo encontraría risible. Me reiría. Y ahora la primera pregunta: ¿Es verdad que Janet quiere verte y ha preguntado por ti, indirectamente, desde luego? Janet no fue nunca una persona directa. ¿Quién más hay en todo esto,

Kate? Las mujeres de tu edad, de nuestra edad, que son profesoras en prestigiosas universidades y que saben cómo funciona el sistema, no están precisamente muy unidas. Si, además, una de esas mujeres estudió la carrera contigo, soportó contigo las aburridas sesiones masculinas y coincidió contigo en el aseo durante los descansos, sí, incluso Janet podría pensar en ella. Tú.

—Mark, si Harvard te pidiera que ingresaras en su departamento, ¿irías?

—Como una bala.

—¿Por qué?

—Odio Nueva York. Si pudiera ejercer la docencia en Harvard, podría vivir en el campo y tener una barca.

—A mí me encanta Nueva York. No puedo imaginar pasarme toda la vida en los alrededores de Harvard Square, donde todo el mundo es tan agresivamente joven.

—Sin embargo, tal vez consideres la idea de ir a hacer una visita. Creo que han quitado esa estación de metro que había en medio de la plaza. Ya sabes, esa que salió en los periódicos cuando el Presidente Lowell se opuso a ella. «El Presidente lucha contra las obras en Harvard Square», creo que así se llamaba el polémico titular. No es bueno intentar ocultar la risa; sé que lo encuentras gracioso.

Ciertos acontecimientos, como escribiría más tarde Kate a Reed en su carta, están predestinados a ocurrir; al parecer hay muchas causas en acción que conspiran para producirlos. Una de estas causas, una mujer madura e ingeniosa, esperaba a Kate esa noche en un restaurante. Como ella mismo dijo, estaba de paso y venía de Washington. Kate no se atrevió a preguntar «¿en dirección a dónde?», pero no tenía intención de quedarse sin saberlo.

—Voy a Harvard, he pedido una excedencia en el trabajo. Aunque no lo creas, voy como asesora del Departamento de Gobierno, o del Kennedy Center, o de ambos. De todo un poco, a matar varios pájaros de un tiro: Harvard cuenta con una asesora en asuntos prácticos y con una mujer que figure en sus estadísticas sin tener que sentirse obligados hacia ella. Yo, a cambio, vivo una nueva experiencia y tengo la oportunidad de ver qué demonios pasa por ahí, aunque no es difícil de adivinar. Así George tiene tiempo para descubrir si lo que quiere realmente es navegar, escribir una novela, o acostarse con la secretaria de alguien, y mi subordinada de Washington aprovecha la ocasión para abusar un poco del poder. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Y George está de acuerdo?

—Kate, querida, *entre nous*, me importa un comino. Sé a cuantas mujeres podría confesar que eso lo entendería hasta un tonto utilizando la mitad de su capacidad, pero el hecho es que, bueno, me importa, desde luego, esa no es forma de decirlo, pero ya no me quedo sentada a esperar. Es la visión más clara que jamás he tenido del papel masculino. Quiero a George, respondo a todas sus peticiones, discusiones y emergencias, pero él ya no es todo en mi vida. Quería tener una ocasión para salir de la rutina, de la competencia feroz, de vivir de acuerdo al ritmo de la naturaleza, ya

sabes, así que ahora tiene la oportunidad de hacerlo. Si descubre que el ritmo de la naturaleza no es lo suyo, pues muy bien, ¿no te parece? Tengo un apartamento lo suficientemente grande en Cambridge para que venga a visitarme cuando quiera, y reconozco que lo que venga después es problema *suyo*. Ahora puedes largarte del restaurante y buscar unas amigas más femeninas, las encontrarás hundidas en la culpa. Pero espera a tomarte la pasta, es exquisita.

—¿Has notado que últimamente hay una tendencia a tener siempre las conversaciones en los restaurantes? Creo que es una nueva forma de comunión, pan, vino y una mesa. Cuando Reed está en casa, de vez en cuando charlamos sin necesidad de consumir nada. Naturalmente, también hablo con los estudiantes y a veces incluso con mis colegas desde el otro lado del escritorio. Pero la mayor parte de las veces los amigos comparten las calorías y el estado de ánimo simultáneamente.

—¿Y qué tal te va sin Reed? Piensa lo sincera que he sido yo con respecto a George.

—Sylvia, no querrás que empiece a relatarte mis inquietudes maritales para tu deleite. Reed siempre ha sabido que yo necesitaba pasar temporadas sin él. Y yo siempre supe que nunca me aburriría estando con él. Es un macho en cuya extraña composición se omitió la pomposidad. Aunque le echo de menos, no suspiro cuando estamos separados, ni anhelo la soledad cuando estamos juntos. Mayor tributo no se puede rendir a una mujer.

—Soledad en el matrimonio. Qué divertido. A medida que he cumplido años, me he ido dando cuenta de los mitos del matrimonio americano. Mi preferido en este momento es el mito de tener que compartir el dormitorio. Sáltate eso y perderás tu matrimonio, todo excepto los escabrosos requisitos legales. Unos amigos míos de Washington —jugamos juntos al tenis, y ella está empezando a despertar su deseo de independencia— llegaron a la conclusión de que llevaban años incordiándose el uno al otro en las horas de descanso. Él ronca y ella se levanta varias veces durante la noche, una costumbre que intentó quitarse no tomando líquidos después de las ocho de la tarde. Pues bien, en uno de esos momentos mágicos de iluminación se les ocurrió la brillante idea de que, puesto que disponían de un montón de dormitorios en la casa, ¿por qué no dormir separados? Pensarás que es una locura tan grande como tatuarse o llevar armas a Cuba. ¿Qué pensará la gente? Ese era el tema, y finalmente lo resolvieron poniendo un gran cartel en la puerta de uno de los dormitorios: *Jodemos Aquí*.

—Te he echado de menos, Sylvia.

—Pues claro. ¿Por qué no cambias esa institución machista en la que trabajas por una más machista aún junto al río Charles? Puedes venirte a mi apartamento, cuando no esté George, claro.

—¿Y qué hago cuando él *esté* allí?

—Te coges una habitación en cualquier residencia y te buscas la compañía de los estudiantes y te tomas un jerez con los Colegas mientras yo retozo con mi marido.

—No hemos hablado de lo que haría en Harvard, eso sin preguntar cómo consigo que me den una habitación en una residencia.

—Soy una mujer influyente, ¿no lo sabías? Conozco a los Kennedy y a gente que conoce a los Kennedy, y cuando yo hablo, la gente escucha.

—Muy bien, te escucho, pero permíteme recordarte que aún no ha acabado este semestre y que tengo que dar clases en el siguiente. Tengo un contrato, corto, como ya han notado algunos de mis colegas.

—Tonterías. Pides una excedencia sin sueldo. Estarán encantados; piensa en el dinero que se van a ahorrar, la mitad de tu salario anual. Si alguno de tus cursos es absolutamente imprescindible, contratarán a algún genio en paro para que los dé por la quinta parte de tu sueldo. Ya lo he arreglado, Kate. Eres rica, gracias a Dios. Vete a ese Instituto que tienen allí para mujeres licenciadas que se están especializando, quédate en mi casa y ayuda a Janet Mandelbaum.

—Bueno, por fin hemos llegado al asunto de Janet Mandelbaum. Qué coincidencia.

—No es una coincidencia; una concatenación de causas, tal vez.

—Antes de que expliques *eso*, contéstame a unas preguntas, si no tienes inconveniente. ¿Por qué piensas que me va a aceptar ese Instituto para mujeres licenciadas? Seguramente ya tienen el cupo más que cubierto.

—Siempre hay sitio para una más, siempre y cuando lo pida la persona adecuada, claro. En realidad, no pueden dar tantas plazas como quisieran, pero si vienes, como dicen los ingleses, con el honor pero sin los emolumentos, te encontrarán un estudio, te darán un casillero, te llamarán Colega, y te pedirán que des alguna conferencia sobre el tema que estás investigando. ¿Qué te parece? El Instituto no será un problema, ya verás. Lo de quedarte en una residencia será un poco más complicado. Tendrás que jurar que asistirás a todos los almuerzos de Colegas, precedidos de jerez y seguidos de una indigestión espiritual, pero seguro que lo harás por el bien del sexo femenino.

—Sylvia, ¿qué es lo que hago por el bien del sexo femenino?

—Salvar a Janet, desde luego, y defender la causa de las mujeres profesoras en Harvard. Le están tendiendo una trampa, estoy segura.

—¿Una trampa?

—Eso es lo que he dicho. Si no estás de acuerdo, averígualo por ti misma. Entre nosotras, querida, cuando al patriarcado le preocupa algo, entra en acción, con su dinero y con todo el dinero que pueda comprar. ¿No sabías que la Iglesia Mormona dio quince millones de dólares en un año para derogar la Enmienda de la Igualdad de Derechos?

—¡Sylvia, te estás convirtiendo en una de esas horribles defensoras feministas! — exclamó Kate disimulando su espanto.

—Pues claro que sí. Ahora como sostenes; mi preferido es el 34B, rosa, más bien provocativo. Y me comeré uno pronto si no viene el camarero. ¿Quieres que nos lo

tomemos con vino tinto o blanco?

El camarero, quizás para evitarlo, apareció deshecho en atenciones, y durante la cena hablaron de muchas cosas informales. Fue al acabar el café irlandés cuando Sylvia, sin mucha dificultad, convenció a Kate de que la complaciera, y esta volvió al tema de su posible visita a Harvard.

—Sylvia, puede o no puede que vaya a Harvard, pero ni siquiera voy a enviar una tarjeta a Janet, a menos que me digas por qué crees que le están tendiendo una trampa. En realidad, dime, ¿por qué piensas que todo esto es tan importante?

—¿Qué sabes de esas nuevas plazas para las mujeres en Harvard?

—Bastante poco; en realidad, nada.

—Sabrás que no es la primera vez que se hace ese honor a una mujer. Hace cosa de treinta años se fundó en Harvard la Cátedra Zemurray-Stone. Hasta ahora la han ocupado tres personas desde 1948^[2]. Probablemente la cátedra ha sido un éxito, tal como está la cosa con las cátedras, pero parece que no ha hecho gran cosa por las mujeres. La primera titular fue una escocesa. Naturalmente, Harvard no podía encontrar una americana cualificada, y al menos, ya que tenían que contar con una mujer, podían asegurarse de que viniera de fuera. Todos los informes señalan que esta mujer, Helen Cam, historiadora, era una joya, y en el comité que la eligió había una mujer, lo cual era bastante mejor que el comité que eligió a la pobre Janet. El caso es que Helen Cam no solo era una gran erudita y buena amiga, sino que en general era buena persona y pronto consiguió el permiso para asistir a los Maitines de Harvard, aunque era la primera mujer que lo hacía desde que estos fueron instituidos en 1638.

—¿Fue la primera mujer profesora de Harvard?

—No. Creo que a las mujeres se las llamó siempre lectoras incluso cuando sabían más que todos los que estaban a su alrededor, como ocurrió en Astronomía con la Dra. Alice Hamilton, solo que a esta la hicieron Profesora Adjunta en la Facultad de Medicina. Creo que no tuvieron elección, ya que era ella quien había inventado el campo de la medicina industrial. Bueno, el caso es que si no fue la inventora, fue su practicante más destacada, y nadie en Harvard podía negarlo. Pero todos los años recibía una invitación a la Fiesta de Fin de Curso con una postdata escrita a mano: «No está permitido que las damas marchen en el desfile de profesores». Creo que ella también estaba de acuerdo en no hacer uso de sus derechos para sacar las entradas de los partidos de fútbol. A propósito, Alice Hamilton vivió hasta los 95 y se opuso públicamente a la guerra de Vietnam, pero volvamos a la cuestión. Cuando una empieza a hablar de las mujeres de Harvard, en seguida pierde el hilo. ¿Dónde estaba?

—Helen Cam, escocesa.

—Ah, sí. Después de que Cam se jubiló, su silla fue ocupada por Cora Du Bois, una antropóloga famosa por sus investigaciones sobre los pobladores de Alor, una isla de las Antillas Holandesas. Cuando se jubiló se eligió a su actual ocupante; no es mucho mayor que tú y que yo. Su campo es Clásicas, y acaba de publicar un libro

muy elogiado sobre el arte griego, creo. Una erudita de primera categoría.

—¿Pero está interesada en la causa de las mujeres como tales? Es una nueva frase que me he apropiado: como tales.

—Tanto si lo está, como si no, una sola plaza para una mujer no puede cumplir con el propósito final de la Zemurray-Stone: más atención para las mujeres profesoras en Harvard. De todas formas, alguien —ese es el secreto mejor guardado en los últimos años— ha hecho una donación a la plaza de esta mujer y amenaza con dotar a otras. Digo amenaza porque creo que es así como lo ven algunas personas.

—¿Crees que alguien se ha propuesto sabotearlo?

—Sí, pero como yo siempre me he burlado de las teorías de conspiración, me resistiré a la tentación de desarrollar una. Digamos que no se trata de una conspiración, sino que es simplemente un lunático. Sigo pensando que Janet Mandelbaum necesita ayuda. Y ha preguntado por ti.

—Eso dicen todos. La última vez que la vi, hace años, no teníamos muchas cosas de que hablar.

—Sospecho que tal vez ahora tengáis más cosas que contaros, Kate. Piénsalo, está tan sola. Una vez que el club masculino se niega a apoyar a sus especiales miembros femeninos, ¿dónde crees que puede acudir? Harvard no le ofrece ningún apoyo. Por lo que he oído, ni siquiera recibe cordialmente a los profesores nuevos o invitados de su mismo sexo. Janet no quiere el apoyo de las feministas, y tampoco puede esperarlo. Debe sentirse acorralada.

—¿Y por eso vuelve a sus compañeras del pasado, incluso de un pasado vivido en un mundo diferente?

—Creo que sí. Tú al menos podrás comprenderla. Y por supuesto está molesta porque la relacionan con las mujeres de esa comuna. No me digas que *eso* no es un complot.

—He conocido a una de las mujeres de esa comuna, ¿lo sabías? El modelo perfecto de feminista, con su *bullterrier* y todo. Hicieron el viaje hasta Nueva York para invitarme.

—¿Qué pensaste de ella? De la mujer, me refiero.

—Me dijo que era una hermana, y me temo que me cayó bien.

—¿Por qué te lo temes?

—Porque están deseando utilizarme. Si viene la revolución seré la primera en acudir.

—Creo que tendremos que esperar un poco. Mientras tanto involucrar a las hermanas es el mayor error que *han cometido* quienesquiera que *sean*.

—¿Error?

—Querida Kate, utiliza la cabeza. No había razón para que esas mujeres, que viven al margen de las instituciones en una comuna, acudieran en ayuda de cualquier mujer normal. Las mujeres normales trabajan con el opresor, se identifican con los valores masculinos, y tienen preferencia por los amantes masculinos.

—Sylvia, ¿es inevitable que entre en esto la vida sexual de una persona?

—Inevitable. La cuestión, sin embargo, es que *ellos* pensaron que podían desacreditar a Janet relacionándola con una comuna feminista de Cambridge. Tal vez para añadir otra sospecha a su deteriorada reputación. Pero cometieron una estupidez. Unieron dos grupos que, de otra forma, jamás habrían tenido nada que ver el uno con el otro: el identificado con lo masculino y el identificado con lo femenino.

—Bueno, me niego en rotundo a identificarme con cualquiera de ellos —dijo Kate.

—Lo sé, querida, por eso te necesitamos. Pero no olvides que vives con un hombre, trabajas con hombres, apoyas las instituciones patriarcales.

Kate levantó una copa de *brandy* que habían puesto ante ella.

—¿No fue una institución patriarcal la que inventó el *brandy*?

—Las mujeres que llevan la cafetería de Cambridge probablemente te dirán que lo inventaron las mujeres, que eran las que se ocupaban de las viñas y las uvas, y que los hombres usurparon tanto la fama como el licor. Es posible que tengan razón, pero que nadie te oiga decirlo.

—Creo que me gusta más Joan Theresa que Janet Mandelbaum.

—Ese, querida, es uno de los problemas. Y no se te ocurra nunca decirlo mientras tomas jerez en cualquier residencia de Harvard en la que acabes viviendo.

—¿Cómo me pongo en contacto con tu instituto de mujeres de Radcliffe, suponiendo que siga adelante con este ridículo plan?

—Yo lo arreglaré todo. Deja eso en manos de Sylvia. ¿No es a ella a la que obedecen todos los galanes? Te enviaré un buen paquete con toda la información de las mujeres de Harvard. Es una colección especialmente deprimente. Primero, Harvard nunca pensó que hubiera ningún problema. Luego, cuando cien años después vieron que había uno, organizaron una comisión y redactaron un informe sobre el tema. Un informe bastante bueno. Y luego no ocurrió nada. Al menos, nada importante.

—¿Y qué hay de Radcliffe? ¿No puedes obtener ayuda allí?

—Querida, Radcliffe surgió por casualidad, y nunca se le ha considerado más que como una conveniencia para Harvard. Una mujer que creció en Cambridge acaba de escribir un libro sobre su juventud. Dice que el experimento de Radcliffe College, que originalmente se llamó Anexo de Harvard, naturalmente, «fue un intento por parte de unas cuantas damas que estaban bastantes desorganizadas, de forma que si fracasaba, Harvard no se haría responsable, y si el éxito coronaba el intento, Harvard se llevaría la gloria». Eso resume las relaciones Harvard-Radcliffe. Las «damas» siguen estando bastante desorganizadas.

—¿Sabes por qué tal vez vaya a Cambridge, a pesar de mi odio por Harvard Square? —preguntó Kate—. Porque será un castigo horroroso y delicioso para mis hermanos, que piensan que las mujeres no deberían ni acercarse a la Biblioteca Widener. Pensándolo bien, tengo una sobrina que debe de haberse licenciado hace

poco en Radcliffe. Bueno, estoy deseando volver a ver a Yocasta.

—¡Cuidado, Janet Mandelbaum! La unidad de rescate va en camino.

Capítulo 3

Han pasado ya muchos años desde que se prohibía la entrada de mujeres en la Biblioteca Widener, y también de la historia que escribió Margaret Mead sobre una licenciada en antropología física que tenía que escuchar las conferencias escondida en un armario. Esos hechos no son hoy en día más que una anécdota divertida de la historia social de anteriores décadas.

Informe del Comité sobre la condición de las mujeres en la Facultad de Artes y Ciencias

Sylvia, que parecía estar viviendo un interludio matrimonial, le había reservado a Kate por unos días una habitación en el Club de Profesores de Harvard. En ninguna parte se había demostrado que dicho club destinara las peores habitaciones para las mujeres que no estaban ligadas, por lazos de sangre o de matrimonio, a los administradores y personal docente de Harvard. El único hecho evidente era que a Kate, a pesar de la petición de Sylvia, le dieron una habitación en el ático con una ventana en el techo, sin armario, y una sola toma de corriente a la que tenía que enchufar, por separado, la única lámpara de la habitación, la radio, y el aparato que llevaba el agua a una temperatura casi suficiente para disolver el incalificable café instantáneo que suministraban en pequeñas bolsitas. Kate se quedó mirando la habitación y pensó que ni a propósito podían haberle dado otra peor y más incómoda. El grado de malevolencia casual indicaba que había una mente siniestra en funcionamiento. En cualquier caso, Kate iba dispuesta para suponer que la actitud general de Harvard hacia las mujeres no estaba mal representada por esta habitación.

La única ventana de la habitación, y también su única fuente de luz natural, estaba situada en el angosto extremo de la buhardilla, que tenía al menos seis pies de largo. Tampoco podía entrar el aire por el estrecho pasaje, pues un aviso pegado en el cristal advertía: *Estas ventanas han sido selladas durante el invierno. Si desea ventilación, por favor haga uso del aire acondicionado.* Y puesto que la habitación necesitaba airearse un poco para quitar el olor a cerrado, Kate puso en marcha el aire acondicionado, que le devolvió una suave ráfaga de aire estancado y un ruido atemorizante, así que apagó el aparato. Se asomó por encima de este y contempló los

hermosos árboles que temblaban con el aire de enero. Desde allí podían admirarse también las bellezas de Harvard que, dicho sea de paso, eran muchas. En ese momento, tan quieta estaba ella que una ardilla se deslizó por el canalón y se detuvo justo en el alféizar de la ventana; se sacó una gran nuez de la boca y la colocó con sumo cuidado entre los tubos de acero, apretándola después con las patas para que no se moviera. Un regalo, quizás, de lo que Hardy llamaba la Gran Madre, pensó Kate cuando se fue la ardilla. Al fin y al cabo era un mejor presagio de su aventura en Harvard de lo que había sido encontrarse con esa triste habitación. Se sintió un poco más animada y decidió salir a explorar Harvard y Cambridge antes de ver a Sylvia en el bar del Club a las cinco.

Desde la ventana de la buhardilla Kate había podido ver Warren House, en el interior de cuyas paredes Janet había encontrado su fatal destino. Cruzó bajo los hermosos árboles y entró en el edificio. A su izquierda, fuera de la vista, las secretarías, o tal vez solo mecanógrafas, se afanaban en sus ruidosas tareas. A la derecha había una puerta cerrada con un letrero: *Orientación Pedagógica*. Kate se estremeció de nostalgia. Ella también había sido orientadora en los malos tiempos, cuando el trabajo era escaso hasta para los doctorados en Harvard, suponía ella. Inmediatamente, antes de que apareciera alguien y le preguntara qué quería, subió las escaleras hasta el segundo piso. Allí, tras una puerta abierta, estaba el famoso salón del asmático o artrítico Sr. Warren. La cristalera continuaba en el mismo lugar del balcón. Y un poco más allá, en el pasillo, estaba el antiguo y rimbombante cuarto de baño. Las funciones propias de la naturaleza parecían contemplarse de distinta manera ante tanta caoba. En la puerta había pegado un pequeño cartel: *Tocador de Señoras. Caballeros en el Primer Piso*.

Warren House tenía poco más que el despacho del director, la oficina de orientación pedagógica para los alumnos, y las salas de reuniones. Por su gran cantidad de extraordinaria caoba antigua, la casa había sido convertida en la sede del poderoso Departamento de Inglés de Harvard y, a pesar de lo desierta que estaba, parecía hablar a gritos de las actitudes y costumbres patriarcales y de un poder mantenido desde hacía tiempo. De repente, Kate sintió que necesitaba tomar el aire. Salió del edificio, cruzó la calle Quincy con un suspiro de alivio y se fue a buscar una librería. Solo quería echar un vistazo. Las librerías que había en los alrededores de Harvard ofrecían al amante de los libros una ocasión única para darse el gusto de fisgonear. A diferencia de las librerías de Nueva York, tenían enormes colecciones de libros de todos los temas, y no solo los títulos aparecidos con gran publicidad en los últimos seis meses.

Kate empezó por la Coop, como la Sociedad Cooperativa de Harvard se llamaba a sí misma. Ignorando los libros más vendidos, que estaban en el primer piso, subió en las escaleras mecánicas en busca de los libros de bolsillo, cuando de repente oyó el grito de una figura excéntrica flotando hacia abajo en la escalera de al lado.

—¡Tía Kate! —gritó la criatura.

«¿Qué demonios hace esta *aquí*?», pensó Kate, teniendo la impresión de parecer la protagonista de un salón de masajes. Se quedó mirando absorta a su sobrina, si es que *era* ella, y el ascensor la soltó en el segundo piso, tal como era su misión. La que parecía ser su sobrina, con un mantón o capa con capucha que le tapaba unos pantalones vaqueros azules y la inevitable camiseta de moda, saltó de la escalera que bajaba y tomó la que subía con toda la agilidad de una bruja en su escoba, lo que ciertamente parecía. No tenía paciencia para aguantar la lentitud de las escaleras mecánicas. Subió a toda prisa los escalones y llegó jadeante junto a su tía, a quien miró con una expresión tal de alegría y abrazó con tanta fuerza, que Kate, a pesar de sí misma, cayó en lo que alguien había llamado una vez su más atractiva actitud «tial».

—¿Cómo estás, querida? —preguntó casi sin aliento.

—Bien, muy bien. Oye, qué increíble encontrarte aquí, quiero decir, de toda la gente de Nueva York. ¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? ¿Lo saben mis padres? Supongo que no, nunca les dices nada, al menos de eso se quejan. ¿Vas a dar clases en Harvard, Kate? ¡Qué divertido! Les diré a todos que vayan a aplaudirte. Nadie aplaude mucho en Harvard, son demasiado sofisticados. Lo que más hacen es silbar.

Durante este monólogo, Kate y su sobrina (su nombre era *demasiado* corriente y decía llamarse, y así la llamaban todos excepto sus padres, Leighton, sin saberse muy bien si era o no el apellido de soltera de su madre. Kate era de lo más informal con sus parientes) estaban siendo empujadas de un lado a otro y atravesadas con la mirada por el desconsiderado gentío del segundo piso de la Coop.

—Parece que estás agotada —dijo Leighton—. Ya sé, necesitas beber algo. Vamos —y casi arrastró a su tía a las escaleras—. Por fin estoy aprendiendo a beber; ha sido muy aburrido hacer el papel de puritana, porque odio todo esto. Tú te tomas un martini, ¿no es eso lo que bebes siempre?, y yo me tomaré un sombrero.

—El bar del Club de Profesores no abre hasta las cinco —dijo Kate, saliendo esta vez de las escaleras con su propio pie y sintiéndose, como casi todos los que andaban por las cercanías de Harvard Square, como si tuviera doscientos años—, y además ya he quedado.

—Iremos al *One Potato Two Potato* —dijo Leighton—. ¡Sígueme!

Su paso, aunque rápido, permitía pensar más que hablar, y así Kate pudo sacar de su sobrina la información que en realidad ya tenía. No era mucha. Kate no se ocupaba especialmente de las familias, y en concreto, de la suya menos. Sus padres hacía tiempo que se habían ido a ese cielo maravilloso al que siempre habían estado seguros de que les conduciría su cuna y su constante rectitud de obras; y sus tres hermanos, todos mayores que ella, habían engendrado unos hijos que eran, con pocas y notables excepciones, tan lerdos y obtusos como ellos. Leighton, desde luego, debía ser la última de la familia numerosa de su hermano mediano. De hecho, recordaba vagamente haberle enviado un regalo apropiado, sí, dinero, cuando la chica se graduó en el Theban. Kate dio por cierto que había ido a Harvard como todos los demás

Fansler, excepto su sobrino Leo. En los tiempos de Kate las damas de buenas costumbres no iban a Radcliffe a menos que vivieran cerca de Cambridge. Pero probablemente en los tiempos modernos cualquier chica que pudiera iba a lo que había llegado a conocerse como Colegios Universitarios de Harvard y Radcliffe, y si Leighton era una Fansler, Harvard y Radcliffe aceptarían su solicitud con una visión tolerante, por no decir previsoras.

—Confío en que tengas dinero para pagar —dijo Leighton cuando llegaron al *One Potato* etcétera, donde Kate dudaba mucho de que supieran preparar un martini, para lo cual, en cualquier caso, era demasiado temprano—, porque yo no tengo un céntimo. Perdona que te lo diga tan a las claras, pero me ha parecido mejor que lo sepas antes de montar una escenita cuando llegue la hora de pagar.

—¿Y con qué pensabas pagar en la Coop? —preguntó Kate de una manera que le pareció dignamente seria. Esta aventura en la que se había metido ya era bastante complicada sin su sobrina. Seguro que la chica ya tenía que haberse graduado. Sí, recordó con toda claridad que le había hecho el regalo hacía más de cuatro años. Tal vez, concluyó con tristeza, era que el tiempo parecía más lejano a medida que uno se va haciendo viejo.

—Ah, bueno, nadie utiliza *dinero* en la Coop —dijo Leighton, como si Kate hubiera mencionado algo tan antiguo como el intercambio de mercancías—. Un sombrero, por favor —pidió a la camarera de turno mientras se echaba hacia atrás la capa que quedó arrastrando en el suelo ante la mirada de Kate. La camarera, al apartarse ligeramente a un lado, la pisó, pero ninguna de ellas se dio cuenta—. Y un martini muy seco, ¿no?

—Sí, por favor —Kate se sentía demasiado incómoda como para pedir una marca de ginebra—. ¿Qué es un sombrero? —preguntó cuando se fue la camarera—. La verdad es que hago la pregunta a pesar de que mi instinto me dice que no lo haga.

—*Kahlúa* con leche. Está buenísimo, y es muy nutritivo. No he desayunado.

—Y, naturalmente, nunca comes a mediodía.

—Naturalmente. Hago régimen hasta las seis, cuando vencida por la autosatisfacción de haberlo conseguido y el hambre, empiezo a comer sin parar hasta las cuatro de la mañana. Es desmoralizante. Tía Kate —siempre pienso en ti como Tía Kate, aunque intentaré no llamártelo; espero que no te moleste—, ¿por qué no nací yo delgada, alta y refinada como tú? En serio, los genes son muy perversos a veces.

—Yo *no* soy refinada.

—Bueno, ahora eres más temperamental e irritable, desde luego, pero generalmente eres fría, elegante, intelectual y mi absoluto y único modelo a imitar. Se lo digo a todo el mundo. Quiero ser Profesora de Inglés en la universidad y leer poesía tan bien como tú. Bueno, probablemente seré actriz, pero solo porque ya no hay trabajo para los profesores de inglés. Sigues siendo mi modelo.

La llegada de las bebidas (el martini sorprendentemente bueno) afortunadamente

evitó la respuesta de Kate a este bombardeo. Encendió un cigarrillo. El efecto combinado del tabaco y la ginebra la animaron a representar mejor su papel de tía.

—¿En qué curso estás? —preguntó.

—En el último —contestó Leighton—. Me descolgué un par de años para actuar y esas cosas, por eso debería haberme licenciado ya hace dos años. Me estoy especializando en Griego, vivo en South House. Creo que la educación de Harvard es asquerosa, pero espero que el título me ayude a encontrar trabajo, y paso la mayor parte del tiempo por el Teatro Loeb; te lo digo para evitar que me hagas las preguntas típicas. No pienses que soy una grosera, pero preferiría hablar de cosas más importantes. ¿No crees que este intercambio de datos de nuestra vida es un poco hipócrita y aburrido? Si no es así, pregunta lo que quieras.

Kate era de la misma opinión, aunque en ese momento ninguna pregunta sobre Harvard era hipócrita o aburrida, como Leighton imaginaba. Sin embargo, se sintió contenta al comprobar que su memoria no había distorsionado su percepción del tiempo, y que su sobrina no se había licenciado en Harvard sin que ella se enterara, aunque, lamentándolo mucho, había suspendido un par de cursos.

—¿Por qué Griego? —preguntó.

—Bueno, aprendí griego en el Theban. Es una de esas asignaturas que puedes aprobar estudiando todo de memoria cuarenta y ocho horas antes del examen. De esa forma, paso de curso y me concentro en lo que me gusta, que es ser actriz y escribir obras de teatro. Ahora estoy escribiendo una; estoy haciendo el famoso curso de Harvard para autores dramáticos.

—¿Famoso porque algunos de sus alumnos llegaron a ser después escritores importantes?

—En mi opinión, famoso por su profesor. Es el hombre más encantador, sencillo, amable y más anti-Harvard que he visto en mi vida. Nos conocimos en Warren House, donde se agarró la tajada esa profesora. ¡Kate! ¿Es por eso por lo que estás aquí?

—Supongo que todo el mundo se ha enterado ya de eso —dijo Kate.

—En realidad, si te interesa, eso la ha convertido en una persona más simpática. Es de ese tipo de personas que te revienta. Estirada como si llevara una estaca metida en el culo...

—Algo que no somos nosotras.

—Lo siento. Sigo olvidando que debería tratarte con más respeto.

—No es respeto, en todo caso decoro. No, tampoco decoro es la palabra. Inglés clásico, variedad Theban, el que enseñan en Theban para hablar en público —explicó Kate refiriéndose al colegio al que ambas habían asistido, cada una en su momento—. La referencia que has hecho a la Profesora Mandelbaum, significa, por lo que veo, que no es muy amable.

—Tú lo *expresas* mejor. ¿Puedo tomarme otro sombrero? Tengo ensayo dentro de diez minutos. Bueno, la verdad es que ya voy tarde, pero no entro hasta la segunda

escena. *Hedda Gabler*. Mira, ahora que lo pienso, así es la Profesora Mandelbaum — Hedda, asustada—, aterrorizada por no ser convencional, pero rabiando por dentro. Por lo menos, Hedda no se hubiera quemado en Harvard. ¿No crees que sé por dónde van los tiros?

Leighton había captado la mirada de la camarera y la indicó el vaso para que le llevara otro sombrero.

—Creo que sé lo que quieres decir —contestó Kate—. Una posición bastante habitual en las mujeres de hoy día. Aborrecen a las mujeres corrientes, pero temen verse privadas de las propiedades adjudicadas al sexo femenino. Creo que es un comentario bastante perspicaz.

—¿Utilizas siempre expresiones como «verse privadas»?

—De vez en cuando. Cielos, mira qué hora es. Voy a llegar tarde a la cita que tenía a las cinco, y con una buena tajada, como te gusta decir a ti.

Leighton, captando la indirecta, se bebió de un trago el segundo sombrero y se puso en pie al instante, todo a la vez.

—Kate, lo he pasado estupendamente. Creo que eres maravillosa. Y no te preocupes, que no pienso espiarte. Pero si se empieza a hablar de ti, se sabrá que llevas mi apellido, o yo el tuyo, y entonces tendrás solo dos opciones: reconocerme o repudiarme. Espero que la decisión no te impida dormir. Muchas gracias por la invitación.

Y se marchó, poniéndose la capucha y dejando a Kate preguntándose si el talento dramático sería otra vez confinado al escenario. Aun así, tuvo que admitir, mientras daba un pequeño sorbo al segundo martini, que la sobrina Fansler había resultado ser mucho mejor de lo que esperaba. Incluso podía serle de utilidad. Los genes Fansler, concluyó, pensando en su sobrino favorito, estaban mejorando en la segunda generación; y mientras pagaba la cuenta y recordaba la misión que la había llevado a Harvard, pensó también que los genes problemáticos habían aparecido en el único miembro femenino de la familia, ella misma.

—Dios mío —dijo Sylvia al saludar a Kate en el bar del Club de Profesores—, no es posible que hayas empezado tan pronto. Solo son las cinco. ¿Qué tal tu habitación?

—Prefiero no hablar del tema —dijo Kate dejándose caer en la silla—. Tan solo diré que cuanto antes salga de allí, antes podré tener una visión objetiva de Harvard. En realidad, salí de mi habitación al mediodía y me encontré con una sobrina. Un injerto de *Hedda Gabler* y Griego envuelta en una capa flotante. ¿Crees que me servirán un vaso de soda?

—Alégrate, querida —dijo Sylvia, haciendo una seña al camarero para que trajera la soda—. George se va mañana de madrugada. Ahora que lo pienso, siempre sale de viaje al amanecer. Es una de sus características más encantadoras. Así que puedes venir conmigo; habitación y baño propio, los mejores servicios modernos. Otra cosa, Janet Mandelbaum cenará contigo mañana en Ferdinand's. Cree que va a cenar con nosotras dos, pero ya me inventaré alguna excusa a última hora. De todas formas,

reservaré una mesa para las dos. Y la tercera noticia, el Instituto está preparado para darte la bienvenida pasado mañana. Hasta entonces, puedes pasar el tiempo explorando Warren House.

—Ya he explorado Warren House. ¿Qué Colegio me han asignado?

—Dunster. Queda un poco lejos, pero es muy musical. Pensé que te gustarían los conciertos.

—¿Por qué razón cree Dunster House que estoy aquí?

—Dunster no piensa nada. Simplemente absorbe lo que venga, como una aspiradora. Los directores creen que trabajas aquí en el Instituto, y es verdad. Normalmente a los Colegas del Instituto les asignan un Colegio.

—¿Por qué hablas de los directores?

—La liberación de las mujeres, querida, un movimiento por la igualdad de derechos. Naturalmente, las directoras son las esposas de los directores, y al igual que las mujeres de los clérigos y los políticos, trabajaban dos veces más que sus maridos, quienes siempre tenían cosas más importantes que hacer, pero nadie reconocía su mérito, aparte de no recibir un céntimo por su trabajo. Ahora a los cónyuges se los considera codirectores y algunas veces, aunque pocas, la mujer es la Profesora Directora. A propósito, tengo tu carnet de profesora —Sylvia sacó una tarjeta de plástico con la que Kate podía entrar en todas partes, desde las bibliotecas hasta las canchas de squash.

—Sylvia, lo arreglas todo de una forma tan impresionante que me asustas. O, como diría Leighton...

—¿Quién es Leighton?

—Mi sobrina.

—Kate, esto puede ser lo más grande que hagas en tu vida por el sexo femenino, por la educación de las mujeres, por Janet Mandelbaum, y para apretar las tuercas a Harvard —si lo dijera Leighton.

Más tarde, cuando ella y Sylvia subían las escaleras del primer piso, el joven recepcionista la llamó.

—¿Profesora Fansler?

—¿Sí?

—Han dejado esto para usted. Siento tener que dárselo.

«Esto» era un ramo de claveles blancos con motas rojas en el centro, con un aspecto y aroma deliciosos. Junto a ellos había una tarjeta. Kate la leyó mientras el joven y Sylvia esperaban. *De tu sobrina agradecida. Buena suerte. Y ojalá no acabes en ninguna bañera.*

—Al parecer, tampoco se necesita dinero para comprar flores —dijo Kate a media voz.

Después de despedir a Sylvia, se dirigió al ascensor pensando lo bien que quedarían las flores en esa horrible habitación. Flores y una nuez, pensó. No estaba mal, teniendo en cuenta que aquello era Harvard.

Capítulo 4

A menudo las mujeres que han sido ultrajadas por un amigo o conocido no se atreven a pedir ayuda. Pero deberían hacerlo.

Departamento de Sanidad de la Universidad

La noche siguiente en Ferdinand's, Kate tomaba un martini más pequeño y también más fino con ginebra Beefeater, y miraba a Janet Mandelbaum por primera vez desde hacía por lo menos diez años. Estaban charlando. Bueno, claro, charlar era lo que hacían las personas cuando se veían después de mucho tiempo de haberse separado por tener visiones divergentes sobre la vida. De hecho, Kate se sorprendió al notar que en realidad nunca le había gustado Janet lo más mínimo, y probablemente a Janet tampoco le gustaba ella. Sin embargo, Kate había admirado de verdad la erudición de Janet, eso era lo que se decía a sí misma, mientras que Janet, con esa actitud natural de superioridad propia de las personas dedicadas a los primeros siglos de la literatura inglesa, consideraba que los logros de Kate eran casi frívolos. Las novelas se leían, no se estudiaban, y menos aún en serio. Y Janet no era otra cosa más que una persona seria, aparte de hermosa. Su seriedad se había conservado intacta, su belleza quizás se había transformado en un buen aspecto, bien conservado y tal vez algo remilgado. Kate empezó a preguntarse si había algo que decir, aparte de mantener una charla banal.

Seguramente, si la hubiera considerado su amiga podría habersele ocurrido algún comentario sobre la soledad de Janet. Quizás hay una época en la juventud en que el compañerismo, por muy superficial o circunstancial que sea, crea unos lazos de afecto y confianza más profundos que los que se dan en posteriores encuentros a lo largo de la vida. Aun así, jamás hubiera pensado Kate en recurrir a Janet, o tal vez fuera más honesto decir que Kate en ese instante no podía concebir ninguna circunstancia en que el apoyo de Janet, en caso de que se lo ofreciera, pudiera serle útil.

Janet esperó a que Kate leyera el menú; en realidad parecía bastante reacia a sacar su tema a colación, y mencionó la ausencia de Sylvia para hablar de algo.

—Supongo que ha pensado que debíamos vernos a solas —dijo—. Lo siento por ti. En estos momentos no resulto ser una compañía agradable.

—Sé de algunos que creerían que estás en la cima del mundo. Al fin y al cabo, es un logro llegar a ser profesora en Harvard, ¿no crees? Has llegado a lo más alto, al menos así se ve en el mercado académico.

—Eso creía yo al principio. Pero todas las mujeres —estudiantes, profesoras adjuntas, administradoras— parecen pensar que yo debería adherirme a algún movimiento feminista: estudios para las mujeres, los problemas de las mujeres en Harvard, incorporación de las mujeres a los programas para licenciados, a Radcliffe; como si hubiera un solo sexo en el universo. ¿Por qué tienen que interesarme más las mujeres que los hombres? A mí solo me interesan los buenos estudiosos del siglo XVII, me da igual su sexo, es lo de menos. Los cangrejos de esta zona son muy buenos, tienen la concha blanda. Congelados pero buenos. Los he probado.

—Janet, al venir a Harvard debiste imaginar que el hecho de ser mujer no sería irrelevante. A pesar de tu excelente currículum, y el de otras mujeres en el pasado, nunca antes se había contratado a una mujer en Harvard.

—He hecho algunas indagaciones sobre las becas Zemurray-Stone. ¿Sabes de qué hablo? —Kate asintió—. Nadie esperaba que esas mujeres hicieran otra cosa más que su trabajo; las contrataban para ser lo que eran, historiadoras, antropólogas, etcétera...

—Esos eran otros tiempos.

Janet partió un trozo de pan.

—No pienso generalizar los sexos diciendo «persona a cargo de». Me resulta un término repelente. No voy a destrozr cada frase diciendo él/ella, le/la, ni esas tonterías. Sinceramente, pienso que las mujeres que tengan capacidad y estén dispuestas a pagar el precio, pueden hacerlo igual de bien que los hombres. Yo lo he conseguido. Y tú también.

Bien, acababa de decirlo. Necesitaba, sentía una urgencia desesperada por creer que los tiempos no tenían nada que ver. Ella había sido elegida por sus propios méritos, y sencillamente porque se habían fijado antes en ella. Kate quería hablar, pero sentía el oscuro problema que tenía esta mujer y sabía que la amabilidad residía en el lenguaje. Pero, mientras ella buscaba un tópico neutral, Janet, con un nudo en la garganta, empezó a llorar y era evidente que no podía evitarlo. Se tapó la cara con la servilleta y las lágrimas empezaron a caer en el paté. Kate hizo una seña al camarero, le dio su tarjeta de crédito, le explicó que su amiga se había indispuerto de repente, y en breves instantes se encontró caminando con Janet Mandelbaum por la calle Mount Auburn. Era una noche fría. Janet se sonaba la nariz con la servilleta que se había llevado de Ferdinand's. El hecho de preguntarse si Janet se acordaría de devolver la servilleta era un síntoma de la rapidez con que Kate había virado entre dos mundos. «Tú eres de otro planeta», le había dicho una vez una joven feminista. «Quiero decir que parece que vives fuera de este mundo». Mundo en el cual se devuelven las servilletas prestadas, pensó Kate. «Necesito beber algo».

Cuando Kate volvió con Janet al apartamento que compartía con Sylvia (quien parecía haber salido a toda prisa) en la calle de Mount Auburn, resultó más fácil encontrar algo de beber que lograr que Janet se tranquilizara. Mientras esta dejaba de llorar poco a poco, Kate fue a buscar algo de comida y volvió con queso y unas galletas saladas. No sabía si Janet querría comer, pero lo cierto es que tenía gran fe en el efecto combinado del alcohol filtrado con la comida. En cualquier caso, ella tenía hambre.

Evidentemente iba a ser una larga noche. Sin duda todo este asunto resultaría ser una pesadilla infantil, como el coco de los niños. (¿De dónde había sacado esa idea? Hacía poco se había comprado un diccionario de tópicos recopilados por Eric Partridge, pero este tenía una forma desconcertante de decir lo que significaba tópico, cosa que Kate sabía, pero no cuál era su origen, que era lo que a ella la interesaba. Su pensamiento volvió de nuevo a Harvard). El apartamento en el que estaban tenía una cristalera que daba al río Charles. Por las mañanas muy temprano, como pronto descubriría Kate, los equipos de todos los colegios de los alrededores, y eran muchos, practicaban el remo gritando con un vigor acorde a su esfuerzo, pero perturbando el sopor de los durmientes. Sin embargo, la vista valía la pena. Había algo mágico en los ríos. Kate decidió pasar del alcohol al café y se excusó para ir a prepararlo a la cocina. Ojalá aquello no fuera más que una ilusión.

Cuando volvió, Janet estaba más tranquila. No se disculpó, cosa que Kate agradeció. De hecho, se mostraba ligeramente acusatoria.

—No sé por qué quería verte —dijo—. En los viejos tiempos estábamos en la misma pandilla y pensé que tú seguirías siendo la misma. No sé si entiendes lo que quiero decir. Siempre fuiste tan...

—¿Convencional?

—Sí, me temo que sí. Y no puedo creer que tú creas en los estudios para las mujeres. Nadie ha hablado nunca de los estudios para hombres —Janet empezaba a ponerse nerviosa otra vez. Kate decidió mantenerse serena.

—Janet, creo que será mejor que no abordemos el tema del feminismo. Es decir, si quieres que hablemos de ello, estaré encantada de hacerlo, pero después de medianoche. Y ahora, ¿por qué no me dices en qué pensaste que podía ayudarte si yo hubiera resultado ser la persona que tú creías?

—Antes de que me contrataran, algunos de los profesores del departamento me invitaron a cenar y cosas así; me recibieron bien y todo parecía de lo más civilizado. Pero en cuanto llegué aquí, a trabajar en serio, me encontré bastante aislada de todos. Bueno, siempre hay cosas que hacer en Harvard todas las noches del año, y yo tenía mucho trabajo, y las jóvenes de los diversos departamentos me invitaban a salir con ellas, pero...

—No los hombres. Son corteses y te saludan si te encuentran por los pasillos, pero no lo que se podría decir amigables.

—Eso es. Y entonces recibí una nota en el casillero del departamento diciendo que había una fiesta en el salón de Warren House, ya sabes, el de la cristalera...

—Lo he visto —dijo Kate—. Es un lugar encantador para una fiesta —pero la pobre Janet no lo vio tras la cristalera, como el propietario original de la casa, pensó para sus adentros.

—Cuando llegué allí era todo gente joven. De ambos sexos, y vestidos con mucha elegancia. Pensé que los profesores más antiguos llegarían después; una nunca sabe cómo son las costumbres de Harvard. Un joven muy agradable me ofreció una bebida. Y eso es lo último que recuerdo.

—¿Hasta?

—Hasta que me desperté en la bañera, empapada de agua, y vi a esa mujer... diciendo: «¿Quién coño eres tú?» Y entonces se acercaron algunos jóvenes y nos vieron, y uno de ellos dijo: «Al parecer, ya sabemos qué clase de mujer es». Quería decir que todas, todas esas mujeres son iguales. Son...

—¿Lesbianas? —preguntó Kate secamente.

—Sí —Janet empezó a llorar otra vez.

—Janet, ¿todavía te molestan esas cosas? Eres profesora desde hace años, tal vez no en Harvard, pero sí en otras universidades. ¿Qué creías que pensaban los hombres de mujeres como nosotras, sobre todo cuando no estamos casadas? Acuérdate de que cuando nos licenciamos era porque teníamos huevos, y ahora somos lesbianas. No es posible que algo así te siga importando.

—Pues me importa. Ni siquiera soy capaz de decir las palabras que tú dices.

—Con eso cuentan ellos, querida.

—Creo que esas, esas mujeres con gabanes largos y botas son espantosas.

—Pero me atrevo a decir —argumentó Kate olvidando sus firmes resoluciones— que prefieres a los maricas. Oh, Janet, perdona, siéntate, por favor. Sea cual sea tu opinión, o la mía, una cosa es clara: te tendieron una trampa. No solo querían que fueses encontrada borracha y empapada de agua, sino también en compañía de una feminista radical de una comuna. Parece que han pulsado de golpe todas las teclas del escándalo. La cuestión, desde luego, es quién lo hizo. Y por qué.

—El porqué es obvio, tenía que haberlo pensado antes. Para desprestigiarme.

—Sí, querida, pero ¿por qué? ¿Es un resentimiento personal contra ti, contra la presencia de las mujeres en Harvard, contra las profesoras de universidad, o contra las mujeres en general? ¿O fue tan solo una broma de mal gusto? Querían desanimarte y avergonzarte, pero ¿querían desprestigiarte *a ti*, al benefactor de tu plaza, a Harvard, o al movimiento feminista? Y sin necesidad de preguntarlo, ¿quiénes son *ellos*?

—¿Crees que me vendría bien beber algo?

—¿Whisky? Según los últimos informes produce cáncer.

—Puede ser un alivio agradable —Janet intentó recomponerse—. Si tienes, prefiero Campari con soda —y esperó a tener la bebida antes de seguir hablando—.

¿Sabes una cosa, Kate? Nunca me caíste bien. Pero yo quería simpatizar contigo. Parecías tan segura de ti misma, tan...

—Si dices refinada, te pego, te lo prometo.

—Te guardaba rencor, esa es la verdad. No sé por qué pensé que podías ayudarme. Pero ninguna de las profesoras de aquí me parecía digna de confianza; o bien eran lesbianas y obviamente suponían que yo lo era, y su...

—Janet, escucha. No dejo de interrumpirte y de decir que me escuches, pero ahora escucha por favor. Ahora estoy aquí. Sylvia también está aquí. Intentaremos ayudarte; nos puedes consultar lo que quieras y hablar con nosotras, y te prometemos no hablar de feminismo, pero tú por lo menos tienes que intentar no parecerte a Phyllis Schlafly en uno de sus días más histriónicos. Pregúntanos, habla con nosotras. Vamos a hacer todo lo posible por descubrir qué está pasando. Pero, y sé que es un gran pero, tienes que comportarte como si nada hubiera pasado. Nada. Tienes belleza y dignidad, eres una mujer equilibrada, y eres famosa como erudita, así que utiliza todas esas cosas que tienes. Ya sé que ahora parece difícil, pero todo esto pasará. Y en realidad no tienes otra alternativa, ya sabes, a menos que quieras pedir la jubilación anticipada y asociarte con Marabel Morgan. Ninguna universidad va a andar detrás de ti para contratarte si no eres capaz de superar todo esto. Así que, engánchate a nosotras, como tan espantosamente dicen los jóvenes, y déjanos ayudarte en todo lo que podamos.

—¿Pero cómo llegué a la bañera?

—Querida, por lo que veo siempre tomas Campari con soda. Tal vez había *algo* en la bebida que te ofreció el joven. Algo en tu Campari con soda. A propósito, ¿quieres otro?

Al día siguiente Kate fue recibida en el Instituto como en otro mundo. Por lo menos aquí las mujeres no eran problemáticas. Si Harvard las ignoraba, ellas solían devolver el cumplido, dejando aparte los asuntos prácticos. A Kate le enseñaron su despacho, la sala de reuniones de los Colegas, las cocinas y todas las normas del Instituto. Su respuesta inmediata fue que deseaba encerrarse en su despacho y meterse de lleno en su tarea académica —algo que tuviera que ver, tal vez, con los hábitos de las moléculas menores—. Por supuesto, ya tenía un proyecto, y le pedirían que diera clases sobre su materia durante el semestre. Pero en ese momento se sentía incapaz siquiera de recordar su tema.

Una vez sola en su despacho, se sentó en el sillón y entró en una especie de trance. Junto a la ventana, en el jardín de Radcliffe, había un viejo olmo, y mientras lo miraba empezó a nevar. Puso los pies sobre la mesa y contempló con placer la tranquila escena universitaria mientras dejó que sus pensamientos vagaran libremente por su imaginación.

Ella y Sylvia se habían quedado hasta las tantas hablando de Janet, que se había marchado a casa en un taxi, cuando Sylvia regresó. Kate había llegado a pensar,

incluso, si Janet no habría sufrido un ataque de locura y se había metido ella misma en la bañera, quién sabe cómo o por qué.

—Yo también lo pensé —había dicho Sylvia—. Ya sabes lo inestables que son las mujeres, especialmente cuando se ve frustrado su instinto maternal. ¿Pero cómo explica eso lo de la mujer de la comuna? Alguien tuvo que llamarla. Alguien, además, que sabía lo suficiente como para hacerla ir allí mencionando simplemente la palabra «hermana». Kate, no quisiera decir esto a nadie más, pero ¿crees que las mujeres separatistas pueden ser capaces de querer boicotear a las mujeres convencionales y tal vez el plan les salió mal? Bueno, yo tampoco lo creo, pero estamos obligadas a pensar en todas las posibilidades. Y tenemos tal lavado de cerebro del patriarcado que yo culparía antes a un grupo de mujeres que a un profesor de Harvard, aunque Dios sabe que tiene tantas posibilidades de cometer una locura como cualquier otra persona, yo diría que tal vez más. ¿Sabes lo de ese que insistía ardientemente en su derecho del siglo xvii a dejar pastar una vaca en la zona común de Cambridge y mientras tanto la tenía en su cuarto de estar? Bueno, yo tampoco me lo creo, pero sirve de ejemplo, ¿no?

Lo que desde luego no correspondía a lo que Kate estaba pensando en ese momento, mirando el olmo, era la llamada que escuchó en la puerta.

—Entre —gritó Kate esperando ver, aunque no con certeza, a una mujer.

Pero la figura que entró era masculina, mejor dicho, arrolladoramente masculina, dado el estado mental de Kate. Había estado con ella en la universidad y era de hecho el primer hombre con el que se había acostado, aunque esa ocasión no había sido excepcionalmente buena, pero las siguientes... El caso, se recordó seriamente Kate, era que no se había casado con ella, sino con Janet.

—¡Moon! —exclamó recobrando la voz—. ¡Bendito sea Dios! ¿Qué haces tú aquí?

—¿Pones el énfasis en «tú», en «aquí», o en «haces»? —preguntó Moon. Entró y cerró la puerta—. ¿Puedo sentarme? —Kate le miró y sintió que le daba un vuelco el corazón. Bueno, tuvo que admitir que no era el corazón exactamente. «El caso es que...» pensó inútilmente...

—El énfasis está «aquí» —dijo—. En Harvard, en Radcliffe, en mi estudio. Aquí.

—Doy clases de composición literaria. Leí en la *Gazette* que venías de profesora a este lugar. Así que anduve por ahí preguntado y aquí estoy. ¿Cómo estás, Kate?

—Podía estar mejor. En cierto modo, nunca he estado peor. Estoy metida en un buen lío. La verdad es que no se cómo me metí ni cómo voy a salir de él.

—Eso fue casi lo primero que me dijiste una vez. Tú no te acuerdas, pero yo sí. Era sobre tu tesis doctoral. No sabías cómo te habías metido en ello, etcétera. Desde luego, te dieron la calificación más alta; pero tú siempre lo conseguías todo. Es bonito volver a verte. Estás tan estupenda como siempre.

—Tú también. Los dos necesitamos ya gafas para leer, y si no las necesitaremos pronto. Uno de los consuelos de tener que usar gafas para leer es que cuando te las

quitas pareces más guapo. Tienes muy buen aspecto. ¿Sabe Janet que estás aquí?

—Por supuesto. Lo que es más, sospecha que fui yo quien la engañó y la metió en una bañera por misteriosos propósitos. ¿Cómo iba a imaginar yo que Janet se convertiría en la mujer del siglo? Simplemente me pidieron que viniera a dar un par de cursos de composición y, bueno, pensé que podía aprovechar para ver el Este otra vez. Así que vine. Nadie relacionó el apellido; el mundo está lleno de Mandelbaums. Y aquí estoy. Y aquí estás tú. Colega del Instituto y amiga de una Janet en la bañera.

—Moon —dijo Kate—, si mencionas otra vez la bañera, haré, no sé lo que haré, pero seré el terror de la tierra. Querido Moon —añadió vagamente.

El primer nombre de Moon Mandelbaum era Milton, nombre que él odiaba y que por eso no usaba nunca. Milton Mandelbaum ya era solo Moon a secas cuando Kate le conoció. Era un hombre de complexión fuerte, poético, maravilloso, y que se había casado con Janet.

—¿Por qué te casaste con Janet? —le preguntó.

—Porque era guapa —contestó Moon, sabiendo de antemano que tendría que contestar a algunas preguntas una y otra vez en diferentes contextos—, incluso más gentil que tú, no sé si ves lo que quiero decir. Y también porque pensé que era la única forma de acostarme con ella. Y resultó que no se había acostado conmigo, no porque valorase la virginidad, aunque muchas mujeres lo hacían en aquella época, sino porque no le gustaba mucho la cama. Janet no es una persona cálida, ya sabes. Tiene muchos remilgos y manías. Y si mal no recuerdo, *tú* te negaste a casarte con nadie.

—¿A qué te refieres con remilgos?

—Todo la ofendía. No la gustaban los modales de este hombre, o el modo de ser de aquel. Está tan loca que le gustan los hombres dominantes, y yo cometí la locura de jugar al dominante y acabamos en la iglesia; para infinito pesar de sus padres, por no mencionar el de los míos. Mientras tanto, ella se convirtió en una famosa especialista y a mí me dieron un puesto para dirigir el programa de redacción y composición en Minneapolis. Luego me enteré de que te habías casado.

—Sí —dijo Kate—. ¿Hacía tanto tiempo que no nos veíamos? Él está en África, Asia, el Tercer Mundo —otro mundo, pensó ella.

—En cuanto a mí, me casé otras dos veces después y tampoco me fue bien. Tal vez sea yo, pero más bien creo que son las mujeres. No me gusta ser autoritario, no quiero triunfar, no me importa el éxito; me encanta el sexo y cantar. Me alegré cuando me enteré de que ibas a venir. Harvard es un lugar asqueroso, una mierda de veinticuatro quilates, repugnante al cien por cien. Tú lo mejoras.

Kate miró a Moon. Al cabo de tantos años seguía pareciendo el mismo. Quizás necesitaba gafas, pero era el mismo de siempre. Seguía teniendo esa expresión indefinible de dulzura, y por lo que ella podía ver, conservaba todo, incluyendo ese mismo e intenso atractivo. Ejercía sobre ella el mismo efecto de siempre, y ahora estaba allí, en su estudio de Radcliffe. Kate sabía que había vivido muchas

experiencias demasiado deprisa, y que iba a ceder. Lo único que podía salvarla era que Moon no se diera cuenta. Pero Moon siempre se daba cuenta de todo.

—Lo único que tengo es una habitación asquerosa casi en la misma Central Square. Con cocina y baño. Tengo un colchón en el suelo, mi guitarra, una botella de tequila que me regaló un estudiante que se licenció el año pasado y que tal vez llegue a escribir algún día, y un limón. ¿Estás muy ocupada?

Kate recordó que la mujer del Instituto que le había enseñado su estudio le había dicho: «Acuérdese de cerrar con llave al salir». Kate lo tuvo en cuenta.

Capítulo 5

Mucho después, Edipo, vagando por los caminos viejo y ciego, sintió un olor familiar. Era la Esfinge. Edipo dijo: «Quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué no reconocí a mi madre?». «Tu respuesta fue equivocada», contestó la Esfinge. «Pero fue eso lo que hizo que todo fuera posible», dijo Edipo. «No», replicó ella. «Cuando te pregunté qué es lo que camina a cuatro patas por la mañana, dos por la tarde y tres por la noche, tú contestaste que era el hombre. No dijiste nada de la mujer». «Cuando uno habla del hombre incluye también a la mujer. Todo el mundo lo sabe», argumentó Edipo. Y la Esfinge contestó: «Eso es lo que tú crees».

Muriel Rukeyser.

Mito

La vida de Kate en Harvard se convirtió en algo muy similar a la rutina. Por las mañanas trabajaba en su estudio del Instituto. Había fijado una fecha, hacia el final del semestre, para dar una conferencia. Poco a poco fue conociendo a las otras Colegas, mujeres que la consideraban y a las que ella consideraba afortunadas especialistas que podían disponer de las ventajas del tiempo, el espacio y el ambiente ideal para su trabajo.

Cuando no trabajaba solía pasear, siempre alrededor del cementerio Mount Auburn, a veces sola, a veces con Moon o con una amiga. En Cambridge no había ningún otro lugar para pasear. Kate descubrió con sorpresa que una de las diferencias entre Cambridge y Nueva York era que en Cambridge no quitaban la nieve de las aceras. La nieve del día anterior al derretirse formaba una capa de hielo bajo la nieve del día siguiente. En definitiva, andar deprisa, o caminar simplemente por una acera era peligroso. Y Kate, que necesitaba pasear todos los días, igual que necesitaba ciertos momentos de soledad, había encontrado la solución en el cementerio. Pronto se acostumbró a ignorar los monumentos fálicos y esas losas planas que decían simplemente «Madre», y aprendió a elogiar los árboles, los estanques y los pájaros. Le dijeron que en primavera vería el esplendor del cerezo japonés y otros árboles en floración. Se enteró de que Henry James y William Dean Howells habían paseado por

allí en su época, y un día se decidió a cruzar la calle del cementerio de Cambridge para visitar la tumba de Henry James. No recordaba haber visitado jamás la tumba de nadie en Nueva York, excepto la de Grant, siendo aún muy joven.

Una vez al mes estaba obligada a almorzar en Dunster, tras el obligado jerez en la Sala de Profesores. Estos almuerzos —lo comprobó después del primero— eran unos momentos espantosos para ella. Los tutores jóvenes solían ponerse siempre juntos; los pocos hombres mayores afiliados a la casa —colegas notables como Anthony Lewis del *New York Times* que rara vez aparecía— eran tan estirados, tan estrechos de miras que, no por primera vez, y no solo en Harvard, a Kate le desesperaba la imposibilidad de comunicación entre las distintas generaciones. Los profesores más jóvenes, o peloteaban a estos viejos tipos despreciables, o bien los evitaban. En cualquier caso, no había lugar para el intercambio de ideas. A Kate la largaban casi siempre con los jóvenes, no solo por preferencia, aunque ella lo deseaba, sino porque como era mujer, y no precisamente joven, voluptuosa ni adúladora, era invisible para aquellos que aún veían Harvard como una institución netamente masculina.

Mientras tanto, el misterio de Janet aquella noche en Warren House no parecía tener una solución cercana. La misma Janet no estaba teniendo mucha suerte a la hora de conocer gente. Parecía un poco reacia a hablar con Kate, se veían de vez en cuando, pero sin hacer ningún proceso en su intimidad. Era evidente que Janet había venido a Harvard con unas esperanzas absolutamente ilusorias. Aunque nunca lograba expresar a Kate exactamente cuáles habían sido esas expectativas, Kate podía adivinarlas. En su anterior universidad, Janet había dado la espalda por completo a la idea de las mujeres; había operado dentro de su departamento, había sido aceptada, y se sentía satisfecha, al menos, como cualquier hombre. Al decirse a sí misma que cualquier mujer preparada podía lograrlo, había sido tan estricta como cualquier hombre al juzgar a las mujeres que solicitaban un empleo o una plaza de profesora. Había llegado a Harvard esperando que se repitiera la misma escena, pero mejor; y esa esperanza se la habían arrancado de golpe.

Kate acababa de llegar a la conclusión de que su presencia en Harvard no iba a tener consecuencia alguna —el destino, desde luego, de todas las mujeres que iban allí— cuando se vio sorprendida por dos golpes de suerte. El primero fue que, caminando una mañana por la calle Brattle de camino al Instituto vio a Yocasta. Los perros de Cambridge, tan característicos de esta ciudad como todos sus habitantes, paseaban con una independencia e indiferencia poco común, ya fueran acompañados o no. Cruzaban las calles, deambulaban por las aceras, o, si habían sido amaestrados para ello, esperaban sin estar atados en las puertas cuyo umbral habían cruzado sus acompañantes humanos. Y así esperaba Yocasta. Kate al menos estaba bastante segura de ello, aunque los *bulterriers* blancos se parecen todos entre sí, así que se detuvo delante de la perra esperando que la reconociera o la ignorara. Yocasta acercó el hocico a la mano de Kate y le dio un lametazo, tal vez recordando un cómodo sofá y una buena ración de pollo frío en la cocina. Kate se agachó y le acarició el lomo;

luego entró en la tienda a buscar a Joan Theresa.

Era una floristería que también vendía frutas seleccionadas, y eran estas las que habían tentado a Joan Theresa. Salió de la tienda comiéndose una manzana y llevando un hermoso racimo de uvas en la otra mano. «Guarda la bolsa de papel para proteger nuestros bosques», le había dicho el tendero al salir. Después invitó a Kate a dar un mordisco a su manzana y esta aceptó.

—Siento no haber ido todavía a la cafetería —dijo Kate—. Por alguna razón, cuando una llega a Harvard se olvida de que existen otros lugares en Cambridge. ¿Cómo está su amiga, la que encontró a Janet Mandelbaum en la bañera?

—Luellen May está fatal —contestó Joan—. Fatal. Con todos los follones típicos, el marido, los niños y todo eso, ya sabe. ¿Por qué no se acerca un día a la cafetería y ve lo que puede hacer por ella? Aunque solo sea saludarla, animarla un poco, quizás.

—Iré —dijo Kate, y se agachó para acariciar a Yocasta. «Esta perra me vuelve loca», pensó.

El segundo acontecimiento fue más inesperado. A la segunda semana de estar en el Instituto, recibió un mensaje: «Por favor, llame al Profesor Sladovski a este número». Antes de llamar, Kate buscó el apellido Sladovski en el directorio de Harvard y descubrió que era profesor adjunto al Departamento de Inglés. Se quedó pensativa un instante antes de marcar. En realidad, era algo extraordinario, o lo habría sido en cualquier lugar menos en Harvard, que ningún miembro del Departamento de Inglés hubiera tenido el más mínimo contacto con ella y que ella no hubiera tenido forma de acercarse a ellos. Así que la llamada del Profesor Sladovski bien podía significar un progreso. (También podía ser, pensó, que se tratara de un profesor interino que buscaba enchufe. Tanto mejor; en ese caso le utilizaría, tal como él esperaba utilizarla a ella).

El Profesor Sladovski se mostró encantado por su llamada. Le preguntó si aceptaría que la invitara a cenar. El Profesor («llámeme Andy, por favor») y su esposa, Lizzy, estaban deseando conocerla. Kate consideraba las cenas formales un poco menos agobiantes que morir ahogado o dar seis vueltas a la montaña rusa, pero no mucho menos. Y había aprendido a decirlo con toda claridad.

—Oh, no es una cena formal. Solo estaremos Lizzy y yo y Penny Artwright, una adjunta al departamento también. Pensamos que le interesaría charlar con nosotros. Lizzy se enteró de que estaba usted aquí por la radio; sus informes son excelentes.

—En ese caso, y esperando que perdone mi franqueza, estaré encantada de ir.

—¿Lleva usted alguna dieta especial?

—Tomo cualquier cosa, excepto mantequilla de cacahuete y coca cola. Si puedo, llevaré algo de vino.

—Estupendo. A las siete, entonces —y le dio la dirección—. Ah, otra cosa, tampoco nos molesta que fume.

—Está usted bien enchufado a la red —dijo Kate.

—Y al tiempo también —dijo Andy, y colgó. Y Kate se agarró un enfado

desproporcionado.

Esa tarde dio un paseo con Moon y cuando empezó a nevar volvió con él a su habitación.

—Voy a tocar la guitarra un rato —dijo él—. Siéntate, charlaremos y veremos caer la nieve.

Moon tocaba la guitarra y cantaba cuando le conoció en los años cincuenta, aunque había empezado mucho antes, mucho antes de los días del *rock*. De hecho, Moon siempre le había recordado a Pete Seeger, o, mejor dicho, había sido al revés, puesto que ella había visto por primera vez a Pete Seeger en los setenta, durante un verano bastante frenético que había pasado en la zona de Berkshire. En realidad, recordó Kate, al principio le tenía un poco de manía a Pete Seeger; parecía tan de los años treinta, cantando cómo los bancos eran los dueños de todas las granjas, lo cual pudo ser verdad en algún momento, pero entonces ya no. Luego había cantado una canción que, según dijo él mismo, había compuesto su hermana y que se llamaba *I'm Gonna Be an Engineer*, y eso conquistó su corazón. Desde entonces fue a verle cantar en un par de ocasiones, una de ellas en un colegio universitario de Nueva York, cuando cantó canciones en yiddish por deferencia al público, y aquella vez le recordó aún más a Moon. Pete Seeger estaba bien, pensó Kate, pero tenía la nariz demasiado pequeña. Cada vez que hacía un gesto al público, animándole a cantar, ella pensaba en Moon; era el mismo gesto, abierto, cálido, acogedor.

Moon empezó a cantar algo sobre una dama de Baltimore, y Kate pensó lo parecida que era esta ocasión a otras veces que se habían encontrado. Siempre en ciudades que no eran su hogar para ninguno de los dos, en habitaciones que solo eran un lugar de paso. Moon siempre viajaba con poco equipaje. A veces escribía unas cartas maravillosas, y a veces se pasaba años sin tener noticias de él. Esperaba que este lío de Janet y Harvard no cambiara la relación que existía entre ambos —si es que se podía llamar relación— y apartara a Moon de su vida. Porque Moon existía totalmente al margen de la vida diaria; no debería haberse casado con nadie. Moon podía verte al cabo de cinco o diez años y continuar donde lo había dejado. Pero Kate dudaba de que fuera así de estupendo en la vida cotidiana. Aunque hubiera deseado casarse de joven, jamás lo habría hecho con Moon, quien, después de todo, seguía esperando que llegaran los sesenta para ponerse al día, y ni siquiera ahora se daba cuenta de que ya habían pasado.

—Moon —preguntó Kate cuando dejó la guitarra y la invitó a un vaso de vino—, ¿te tratan bien en Harvard? ¿Estás contento de haber venido?

—No me alegro exactamente, excepto por ti. Pero la ventaja de ser un profesor de visita que viene solamente para dar un curso es que no tienes que asistir a las reuniones ni meterte en las disputas del departamento. Por supuesto, esas reuniones pomposas son la comida y la bebida que sustentan a tu Janet. ¿Por qué no le preguntas a ella?

—Ella no es *mi* Janet —dijo Kate molesta—. Permíteme señalar, aunque no hace

falta que lo haga, que solía ser la tuya.

—Ya sabes, tengo problemas para recordar que estuvimos casados. Debería haber escogido a ese tipo de profesor que tuviera su primer romance con una estudiante licenciada al año siguiente de casarse y que la dejara libre para hacer el papel de esposa sufriente. Pero en vez de eso, yo hice que fuera la esposa sufriente.

—¿Por no acostarte con otras estudiantes?

—Por insistir en una relación auténtica. Las relaciones auténticas ponen muy nerviosa a Janet. Pero diré una cosa a favor de Harvard: es el único lugar, a excepción probablemente de Nueva York, donde podría haber acabado dando clases con Janet y no encontrarme con ella nunca, ni siquiera recordar que está aquí. Estoy seguro de que ella siente lo mismo, al menos hasta que empezó a sospechar que yo intervine en aquella desgraciada fiesta.

—Moon, creo que deberíamos dejar de hablar de Janet, tiene que ser repugnante para ti...

—Me encanta cuando utilizas palabras como repugnante.

—Dime una cosa más: ¿qué crees que fue mal con Janet? ¿Por qué se encuentra en ese estado? No me refiero solo al episodio de la fiesta, voy más allá. Está como si tuviera una patata caliente en las manos, incapaz de encontrar dónde soltarla.

—Eso es. Janet llegó al mejor lugar que podía imaginar, y cuando llega allí resulta que todo es distinto. Sutilmente, misteriosamente, por razones equivocadas en su opinión, todo había cambiado. En lugar de ser la reina cenando con sus tropas, tuvo que advertir la presencia de otras mujeres. Durante toda su vida Janet ha ignorado a las demás mujeres, incluso las despreciaba. Sinceramente, no me sorprendería que se resignara y volviera a pedir la vuelta a su antiguo trabajo.

—¿Crees que se lo concederían? ¿Sería igual si volviera?

—Probablemente volverían a dárselo, si acaba todo este sucio asunto. Es mejor ser la preferida que ser una más en Harvard. Janet sería mucho más feliz si regresara al lugar de donde ha venido, donde sabe lo que esperaban de ella. La gente como Janet *puede* volver a casa cuando quiera.

—Supongo que a muchos les encantaría que así fuera —dijo Kate.

Andy y Lizzy Sladovski vivían en el último piso de una antigua casa de tres, en una zona de Cambridge próxima a Harvard, pero no cercada todavía por la implacable expansión de la institución. Tan pronto como llegó la invitaron a sentarse en el cuarto de estar y se relajó. Después de haberse tomado un vino, aceptó un *whisky* y puso los pies en alto. Andy y Lizzy eran tan agradables como muy pocas personas lo son en estos días, según la opinión de Kate: inteligentes, calmados, y sin ningún deseo de ostentación. Lizzy le contó a Kate que era enfermera y que hacía solo unos días le habían dado un puesto de importancia para llevar la organización de una sección en un gran hospital, pero que había rechazado la oferta.

—Penny es de la opinión de que no hay que estancarse en ningún lugar —dijo Lizzy—. O avanzas o te mueres. Cree que hay una ley en la naturaleza humana que

exige movimiento y se opone a lo estático, ¿no es verdad, Penny? —Penny Artwright, a diferencia de los Sladovski, que eran católicos de origen polaco, era una privilegiada social del tipo familia Fansler, y al igual que Kate había crecido cansada de la visión orgullosa que su clan tenía de la vida. Sin embargo, vestía con un gran estilo y había una cierta tensión nerviosa a su alrededor. Los profesores debían de padecer tensión nerviosa, pensó Kate, las enfermeras no, así que todo estaba en su lugar. Lo que también notó fue que Andy se sentía muy a gusto y relajado en compañía de tres mujeres; ni siquiera hizo un comentario sobre la situación.

—Esto no se parece mucho a Harvard —dijo Kate—. No es una opinión muy original, pero es reconfortante. Ahora que lo pienso, la tranquilidad rara vez es original. Tan solo he dado un sorbo al *whisky* y ya estoy empezando a ponerme profunda. Se está bien aquí.

—Harvard no le deja a uno ni respirar —dijo Penny—. Todos están siempre esforzándose tanto. Anoche me invitaron a casa de uno de los profesores veteranos, uno de los pocos que se mezclan con los subordinados. Es un hombre muy agradable, en serio, pero cenar con él es un poco como estar invitado a cenar con el jefe; bueno, es exactamente lo mismo. Resulta que habían invitado también a un profesor interino para que me acompañara, ya sabéis que no se puede invitar a una *mujer sola*; Harvard se aferra firmemente al principio del Arca de Noé. El caso es que la velada no solo fue el colmo de las conversaciones pomposas y anécdotas aburridas, sino que mi acompañante decidió que la mejor forma de llegar al corazón del viejo profesor era enseñarles a jugar al *bridge*, a él y a su esposa. Naturalmente, cualquier profesor de Harvard que invita a cenar a sus ayudantes es demasiado amable, aparentemente, como para decir que no quiere, al menos con tantas palabras. Bueno, por lo menos era evidente para mí, no para el testarudo de mi acompañante. Había decidido que la mejor forma de ascender era enseñar a jugar al *bridge* a sus superiores, y así lo hizo. Una típica reunión social de Harvard.

—¿Juegas al *bridge*? —preguntó Kate.

—Sí, pero lo negué. Eso significó que no pudo recurrir a mí en su estúpida campaña. Ayudaría de buen grado a un colega en apuros, pero no a un lunático. Además, no acepta a las mujeres intelectuales, y probablemente piensa que el cerebro femenino solo podría estar a la altura del *bridge* para ayudar a un marido jugador.

Kate se rio.

—Mi cuñada nunca se acuerda de que no sé jugar al *bridge*, y cuando me ven siempre acaban hablándome de algún truco, no sé si esa es la palabra, que utilizaron en la última partida. Pero sé jugar al póker, cuando estoy en buena compañía y la apuesta es buena.

—Pues ese es el juego que más gusta en Harvard a los que quieren sacar algún beneficio —dijo Andy—, con mala compañía y malas apuestas. ¿Qué tal si cenamos?

Cenaron en la enorme cocina, de estilo antiguo, que tenía un precioso porche ideal para el verano, dijeron los Sladovski. Mientras cenaban a la luz de las velas,

Kate se dio cuenta de que el bienestar que sentía era una experiencia única para ella en Harvard. No era, desde luego, que no se encontrara a gusto con Sylvia, o con Moon, pero Sylvia tenía muchas costumbres de Washington, un sentido excesivo de las estrategias a desarrollar, del buen aprovechamiento del tiempo. Y Moon, en el otro extremo, era tan tranquilo que Kate se sentía perversamente hechizada en su presencia, hiperrelajada. Solo aquí, y por primera vez desde que había llegado, se sentía ella misma.

Cuando decidió sacrificar su comodidad y sacar el tema de Janet Mandelbaum, Lizzy lo hizo por ella.

—Nos hemos enterado de que estudiaste con la abeja reina de Andy —fue así como empezó a hablar del asunto.

—Es cierto. De hecho, éramos las dos únicas mujeres en un grupo de hombres que se preparaban para hacer los exámenes finales.

—Y apuesto a que Janet se llevó las medallas.

—Sí, la más alta distinción fue para ella. Y además era guapísima. Por aquellos días la vida parecía sonreírle en todo. Parece que ahora le sonrío un poco menos.

—¡No creo que la defiendas! —dijo Andy.

—Claro que la defiendo —dijo Kate—. Las únicas mujeres que no defienden son aquellas que aparecieron en los años setenta despreciando el movimiento feminista, pero apropiándose de los beneficios que otras mujeres habían ganado a pulso para ellas. Lo de Janet es completamente diferente. Ninguno sabéis el precio que ha tenido que pagar por llegar donde ha llegado. No creo que nadie lo sepa, excepto una mujer que haya estado allí. Desde que consiguió su reputación en el mundo académico, ha tenido que sufrir más que ninguna otra mujer los ataques de hombres envidiosos y crueles. Ojalá no hubieran elegido a Janet. Ojalá uno de los estúpidos del comité hubiera consultado a otra mujer, aunque solo fuera para informarse del tipo de mujer que podría soportar esa presión. Pero, ya que la han designado a ella para el puesto, sí, pienso defenderla.

—Oímos rumores de que no os llevabais bien —comentó Penny.

—Os he dicho que no me cae bien, ¿no? No me gustan las personas con las que no puedo intimar. No, eso tampoco es verdad. No puedo querer a nadie que no pueda confiar en mí. Janet es como un erizo, saca las púas en el momento que tiene que anteponer los sentimientos de alguien a los suyos. Por tanto, no me gusta; y no puede gustarme, además, porque la pobre carece absolutamente de simpatía.

—¿Crees que buscaron a propósito una mujer antipática? —preguntó Penny.

—No me extrañaría —dijo Andy—. Lo que me sorprende es que ni siquiera es del agrado del viejo Clarkville, aunque supongo que es el tipo de mujer que puede hacer feliz a ese mariquita, dado que de todas formas tenía que tener a una mujer en el departamento. De acuerdo, borro la palabra mariquita —dijo, mirando a su esposa—. Es solo una forma de utilizar mal un epíteto, racial, sexual, cualquiera, cuando uno aborrece a una persona y quiere decirlo de una forma clara. Clarkville es un perro

que va a hundir ese departamento si antes no le echan. ¿Y quién se va a atrever a echar a Clarkville? Piensa que no deberían permitir la entrada de mujeres en Widener, piensa que no deberíamos haber acabado la guerra de Vietnam, cree que a Nixon le eligieron prematuramente, y cree que los sindicatos deberían estar prohibidos. ¿Cómo es que he empezado a hablar de Clarkville?

—A él tampoco le gusta Janet.

—¿También ha sido grosero contigo? —preguntó Kate a Penny.

—No, la verdad es que no. Conmigo es protector, caballeroso, y en cierto modo ligón. Sabe que no tengo poder, y eso le hace sentirse noble y ser amable por cortesía, incluso una cortesía exagerada. Pero jamás me daría su respaldo para conseguir una plaza fija, ni aquí, ni en ninguna parte. Haría un informe diciendo que soy brillante para ser una mujer tan joven y tan atractiva.

Penny empujó la silla hacia atrás y luego bruscamente hacia delante.

—Os voy a decir lo que pienso *realmente* de Clarkville y de todos los demás, de sus intenciones al elegir a Janet. Puedes llamarme paranoica —dijo, dirigiéndose a Lizzy—, pero apuesto a que tengo razón. A Janet la eligieron con mucha vista; no podían rechazar el donativo, pero se aseguraron de haber encontrado a alguien, no solo impecable académicamente y todo eso, sino también —¿estáis listos?— alguien que sabían que estallaría.

—Estás soñando, querida —dijo Andy—. Puede que Janet esté un poco desconcertada en ese instante, pero te prometo que cualquiera que la conociera antes de venir a Harvard, la habría tomado por la mujer más fuerte y sólida del mundo. Era la *menos* probable para que estallara.

—Seguramente les das demasiado crédito —intervino Kate, pero lo dijo sin mucha seguridad. ¿Habían adivinado que Janet tenía su círculo de admiradores, todos hombres, desde luego, de su antigua universidad, y que aquí se veía privada de eso y expuesta a la famosa indiferencia y sangre fría de Harvard?

—Muy bien —dijo Penny—, les doy demasiado crédito. Admito que a todos los que conozco, que han venido invitados a Harvard y luego ignorados —desde alumnos brillantes a expertos profesores—, siempre piensan que hay una conspiración para darles de lado, cuando se trata tan solo de los maravillosos modales de Harvard. Pero si no querían que Janet se rompiera, ¿por qué ellos la drogaron y la metieron en una bañera y *luego* llamaron a las mujeres más apropiadas para que se viera horrible ante sus propios ojos?

—¿Quién es *ellos*, exactamente? —preguntó Kate.

—Alguien al que Clarkville encargó el trabajito —dijo Andy—. Uno de sus acólitos en la fiesta.

—En ese caso —dijo Kate—, puede que no esté satisfecho con los resultados. El interés por el caso está desapareciendo y Janet se está recuperando, tal vez porque Sylvia y yo estamos aquí. Somos una especie de escape para ella, o de apoyo, no lo sé. El truco de la bañera no funcionó.

—Kate, ojalá te hubieran ofrecido a ti el trabajo —dijo Penny. Andy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me halaga y me encanta oír eso. Pero no se atrevieron. Sabían que no lo aceptaría, aunque la verdad es que tampoco me dieron la oportunidad. Una feminista en este lugar con una plaza fija de profesora les podría causar, bueno, no daño, exactamente, pero sí algunos problemas. Harvard, Yale y Princeton tienen mucho cuidado a la hora de evitar problemas. Y la mejor forma de evitarlos es asegurarse de quién y cuántos tienen a su alrededor.

—Muchos piensan que también seleccionan a los estudiantes basándose en eso, aparte de otras cosas —dijo Andy.

—Todos vosotros me sorprendéis —dijo Lizzy—. Siempre que nos reunimos, de lo único que sabéis hablar es de Harvard. Antes de Janet eran otras cosas: el mal trato que se da a los estudiantes, lo estirados que son los profesores, y así hasta el infinito. Y aun así, Andy y Penny se agarraron como a un clavo ardiendo a la oportunidad de venir aquí. De eso es de lo que vive Harvard, de su reputación. Si los mejores de vosotros, alumnos y profesores, dijerais no y os mantuvierais firmes, hasta Harvard tendría que plantearse que tiene que cambiar. Pero el poder siempre puede comprar lo que quiera. Al final hasta te compró a ti —le dijo a Kate.

—¿Te refieres al Instituto? No, no me compraron. Nada podía haberme traído aquí, te lo aseguro, excepto el asunto de Janet y una terrible curiosidad. Siempre he sentido una fascinación morbosa por las instituciones: el ejército, la iglesia, las universidades famosas..., son tan implacables. No puedo apartar la vista de ellas, como si fueran un espectáculo grotesco. Y más que nada quiero estar presente en el momento en que empiecen a temblar y a cambiar, si es que eso ocurre alguna vez.

—¿Así que viniste por curiosidad?

—Por curiosidad y a petición de unas amigas y una *bullterrier* —Kate sonrió arrepentida por lo que había dicho—. Vine sobre todo, si os interesa saberlo, porque estaba aburrida. Sea porque hemos perdido nuestra audiencia en las clases de literatura, o porque ya no se puede enseñar *Middlemarch*, ni siquiera *Middlemarch*, o porque creo que los movimientos políticos, los movimientos sociales, son ahora tan importantes como lo eran las humanidades cuando yo empecé a enseñar —¿por qué he tenido que decir esta frase tan terrible?

—Para explicar por qué viniste a Harvard.

—Sí, vine porque creo que lo que ahora ocurre aquí con Janet es importante. Y no creo que lo que ocurra ahora en el Departamento de Inglés de mi universidad lo sea tanto en este momento. Por eso vine.

Unos días después, Kate estaba sentada en su estudio del Instituto, construyendo frases mentalmente mientras miraba al jardín sin verlo. Moldeaba las frases como un escultor moldea el barro. Los resultados varían, dependiendo de la habilidad del escultor o del moldeador de frases, pero Kate siempre había sentido que el proceso

era el mismo. El único sonido que escuchaba era el de una máquina de escribir en la habitación de al lado. Tampoco distrajo su atención una mujer que apareció en el jardín y empezó a ejecutar extraordinarios movimientos en la nieve. Lo hacía con tanta agilidad que para Kate llegó a convertirse en parte del decorado, balanceándose como los árboles. Pero un toque en la puerta la sobresaltó. No era una llamada tímida, como solían ser las del Instituto, llamando con los nudillos en la puerta, sino casi una orden imperativa de que abriera. Y al hacerlo, se encontró con la recepcionista rígida de indignación.

—*Se supone* que no debemos coger llamadas para los Profesores —dijo—. Si esperan llamadas importantes, se supone que deben tener un teléfono en su estudio. Esta persona insistió, tanto en que le diera el recado, que llegó a decirme que era un asunto de vida o muerte. Espero que lo sea.

Después de disculparse, Kate la siguió en silencio y preocupada escaleras abajo. Cogió el teléfono sonriendo zalamera a la recepcionista.

—Kate Fansler al habla —dijo.

—¿Profesora Fansler? Aquí Clarkville, del Departamento de Inglés. («Lo sabía», pensó Kate. «Nadie más hubiera podido convencer a esta recepcionista de que era tan importante»).

—¿Sí? —dijo Kate. ¿Por fin había advertido el Departamento de Inglés su presencia en Harvard?

—No sabía a quién más llamar. Janet Mandelbaum la mencionó a usted. He llamado a la policía, desde luego.

—¿La policía?

—Me temo que ha muerto. Perdona, esto debe de ser un golpe para usted, pero...

—¿Dónde está?

—Ella... Me temo que está en el aseo de caballeros. Fue ahí donde la encontré.

—¿En el aseo de caballeros?

—Aquí, en Warren House. Pensé que usted debía saberlo, que tenía que decírselo a alguien. Probablemente la policía se ponga en contacto con usted.

—Gracias por llamar —Kate colgó el teléfono y se quedó mirando tan fijamente que la recepcionista le preguntó si había algún problema.

—¿Problema? —dijo Kate. Y no contestó.

Capítulo 6

Las contradicciones no pueden ser ambas verdad, pero imputadas al hombre ambas pueden ser verdaderas.

Samuel Johnson

Rasselas

—«En la primavera de 1970», le dije al policía, «no había profesoras con plaza fija en Harvard. En el otoño de ese mismo año había dos. Tengo cantidad de estadísticas como esa» —le dije—, «por si le sirven de algo».

—¿Y qué dijo él? —preguntó Sylvia.

—Me miró como si estuviera loca, desde luego, lo cual resultó ser bastante útil, porque así le sonsaqué algunos hechos.

—¿No le mencionaste que estabas casada con una de las eminencias mundiales en pruebas policiales, sus métodos, y todo eso?

—Bueno, no, me las arreglé para sugerir que estaba muy familiarizada con esas cuestiones. Más bien insinué que Reed habla en sueños de venenos, cadáveres que llevan de un sitio a otro, y cosas así. Esperaba que eso funcionara.

—¿Movieron el cuerpo después de morir?

—Sí, gracias a Dios. Gracias a Dios porque sería odioso tener que explicar lo que estaba haciendo Janet en el servicio de caballeros. Me asaltan miles de explicaciones razonables, es decir, a ti y a mí, pero todos sabemos cómo trabaja una mente convencional en cuanto tiene ocasión.

—Así que alguien movió el cuerpo y lo puso en el servicio de caballeros.

—Eso es.

—¿Por qué? Lo sé, no me lo digas. Para desprestigiarla. Para que pareciera metafóricamente como alguien que insistía en invadir el territorio masculino. La pobre Janet, que *aborrecía* a ese tipo de mujeres. La vida es injusta. Y la muerte. ¿Entendió el policía por qué le hablabas de las mujeres profesoras de Harvard?

—La verdad es que no. Naturalmente estaban más interesados en averiguar la procedencia del veneno. Y en no involucrar a Harvard, a ser posible. Puedes decir lo que quieras del antagonismo entre la ciudad y la universidad, pero mi impresión fue que en las altas esferas la toga llevaba la batuta después de haber comprado al

gaitero. Una cuestión de influencias, probablemente. Yo soy sospechosa, desde luego, como casi todos los miembros del Departamento de Inglés de Harvard, lo cual es un alivio. Y también lo es Luellen May y el resto de las hermanas, lo cual es preocupante. El policía, lógicamente, parecía tener bastante claro que no iba a arrestar a un profesor de Harvard de la reputación de Clarkville, lo cual hace que las cosas se pongan peor para las hermanas.

—Probablemente esté en lo cierto —dijo Sylvia—. Harvard ya se ocupa bastante bien de las mujeres sin tener necesidad de llegar a matarlas.

—Bueno, no sé. Parece como si la cátedra de Janet empezara a ser el comienzo del fin de la antigua institución de Harvard. El hecho es que nadie, excepto el Departamento de Inglés, que no quería y nunca ha querido una mujer con plaza fija y jornada completa, tenía nada que ganar con la muerte de Janet. Sé que la policía no se inclina por ese motivo, pero yo sí. ¿Quién más tenía algo que ganar?

—Bueno, ¿qué hay de esas mujeres de la cafetería de Hampshire? —preguntó Sylvia.

—¿Qué motivo podían haber tenido? Querían que Janet se calmara, pero no de esa manera.

—Si lo piensas un minuto, parecían muy inquietas por ella. Enviaron a esa mujer, ¿cómo se llamaba?

—Joan Theresa.

—Sí, Joan Theresa, viajó hasta Nueva York para hacerte venir aquí.

—Y Yocasta.

—¿Quién?

—No importa —dijo Kate—. Estoy vacilando. El hecho es, espero que lo veas, que no sé nada del Departamento de Inglés de Harvard. Aparte de ver un catálogo, ni siquiera conozco los nombres de sus miembros. Mi posición aquí les pareció muy extraña cuando intenté explicárselo al policía. El pobre no podía imaginarse por dónde había entrado, ni por qué Clarkville me había llamado a mí primero cuando encontró el cuerpo.

—Ciertamente, el hecho de que no hubiera nadie más a quien poder avisar es un síntoma de la situación en que se encontraba aquí la pobre Janet —dijo Sylvia—. Por supuesto, estaba Moon.

—Es difícil que Clarkville supiera algo de la existencia de Moon. Y tú sabes que está aquí solo porque yo te lo he dicho. Estoy segura de que Janet no se lo dijo a nadie, y seguro que Moon tampoco.

—Me pregunto qué pensará Moon.

—No tardaré en enterarme. ¿Sylvia?

Hubo una pausa mientras Sylvia levantó la mirada interrogativamente. Ambas tenían la sensación de cosas no dichas, pero no, como ocurre entre buenos amigos, sobreentendidas. Estaban desorientadas, sin saber qué preguntas querían hacer, ni siquiera en qué sentido; aparte del terror y la pena por la muerte de cualquier ser

humano, lo lamentaban por Janet.

—La realidad —dijo Kate— es que las mujeres, al menos por estos alrededores, viven en la tierra de nunca jamás, sin saber adonde pertenecen, ni con qué lealtades cuentan, ni cuáles son sus esperanzas. No es diferente en Nueva York, desde luego, pero Nueva York en sí misma consiste en no pertenecer a nada, al menos para la gran mayoría de las personas.

—Eso quiere decir que estás triste por la muerte de la pobre Janet, que aparentemente tuvo lo mejor que puede tener una mujer, y en contra de Joan Didion.

—¿Joan Didion? ¿La escritora?

—Leí en la revista *Time* —dijo Sylvia— que Joan Didion desprecia «en cierto modo» el movimiento feminista. Espera un minuto, lo tengo aquí mismo, sus propias y encantadoras palabras. «Para aquellas de nosotras que seguimos comprometidas con el deseo de descubrir el significado de las ambigüedades y distinciones morales, el análisis feminista puede que parezca un determinismo particularmente estrecho y fraccionado». Eso es lo que dice Didion. Y *Time* dice que desprecia el movimiento feminista por trivial. Admira a Georgia O’Keeffe. ¿Y quién no siente admiración por Georgia O’Keeffe? Por amor de Dios, ¿por qué estoy tan enfadada con Joan Didion? Escribe buenas novelas, aunque las escriba en Hollywood. Y no me preguntes qué tiene que ver todo esto con Janet, no lo sé.

—Parece que nada tiene que ver con Janet. Ese era su problema. No estaba en Hollywood tratando el tema de las distinciones morales. Estaba en Harvard. Y no podía, o no quería admitir, que el único apoyo posible tendrían que dárselo las mujeres.

—Joan Theresa sabe eso.

—Ah, pero Joan Theresa ha cruzado otra línea importante. Se ha apartado completamente de los hombres, y de las mujeres que conviven con hombres. Lo que es más, no cree que valga la pena pertenecer a instituciones masculinas, sea Harvard o sea cualquier otra. Lugares podridos que utilizan métodos podridos, para los que tú y yo nos prostituimos. Somos el grupo más reducido, Sylvia, solo unas pocas nos apiñamos aquí.

—Como una soltera victoriana que ha tenido un hijo, sola ante la tormenta.

—Si no sola, al menos hecha para sufrir, llena de remordimientos. Lo que necesitamos ahora es beber algo —dijo Kate.

Kate estaba bastante más preocupada por Luellen May y la cafetería *Maybe Next Time* de lo que se atrevía a admitir ante sí misma o ante Sylvia. Por un lado pensaba que la policía, si no con mucho agrado, al menos con alivio, podía tomar a Luellen May como la principal sospechosa. Por otro lado, tuvo que reconocer según tomaba el metro, de camino a Central Square, que Luellen May le parecía también a ella, la gran detective, la sospechosa número uno. ¿Por qué? ¿Era ella, a pesar de su desprecio por Harvard, incapaz de creerlos sospechosos de asesinar a Janet? ¿Era más

proclive a sospechar de una mujer poco estimada por la comunidad de Harvard que de la comunidad misma? A pesar de lo desagradable de estos pensamientos, Kate decidió afrontarlos, como era su costumbre, y se dio cuenta de que si ella los tenía, la policía también, y quizás con mayor vehemencia.

Iba a la cafetería con el fin de aclarar sus ideas. Sin duda parte del problema venía de su falta de familiaridad con el mundo de Joan Theresa y Luellen May. Además, se sentía molesta consigo misma por no haber ido antes a visitar a las hermanas, antes de que Janet fuera asesinada y se diera por imposible su relación con ellas, o al menos como probable. Aun así, se consoló pensando que llevaba muy poco tiempo en Harvard. Estaban a primeros de febrero, aunque, entre unas cosas y otras, se sentía como si llevara años allí.

La cafetería *Maybe Next Time* resultó estar en la planta baja de una típica casona de Cambridge, demasiado lejos del interés de Harvard. La cocina, en la parte posterior del salón, estaba abierta, y Kate pudo ver a dos mujeres trabajando allí, una de ellas amasando pan. Parecía un pan muy natural, negruzco, muy sano, hecho con harina integral o algo así. Kate se dio cuenta de que la miraron y apartaron la vista de ella; lo mejor de una cafetería así era que una mujer podía entrar sola en ella y no sentirse observada ni abochornada. Se sentó en una mesa, preguntándose si debía servirse ella misma la comida de la barra, pero al instante apareció otra mujer y le preguntó qué quería. Kate pidió un capuchino y un bocadillo y preguntó por Joan Theresa.

—Dígale que soy Kate —dijo, haciendo uso de la moda de utilizar solamente el nombre—. He venido a ver cómo está Yocasta, y a otras cosas. Ella me invitó.

—Muy bien —dijo la mujer más tranquila—. Me llamo Betty. Creo que está arriba.

Cuando llegó el bocadillo, parecía un trozo de pan abierto, pan integral que Kate despreciaba, aunque se sintió culpable por ello, sobre el cual había una variedad de vegetales, incluyendo los inevitables brotes de soja. Se bebió el café y trató de averiguar por qué no se sentía cómoda. Nada podía haber sido más relajante que este humilde restaurante, con las cocineras al fondo y carteles en las paredes anunciando conciertos de *rock*, grupos de debate y ofertas de apartamentos. No, el problema no era entrar en un mundo desconocido, sino que, estando ahí, una tenía que decidirse tajantemente: o se convertía en mera observadora desde el exterior y automáticamente en «otra», o bien en una persona apta para pertenecer al club, lo cual la limitaba de una manera diferente. ¿Era así como se sentía una mujer de izquierdas en la Inglaterra de los años treinta asistiendo al primer mitin socialista? ¿Difícil de mantenerse al margen, imposible afiliarse?

Kate salió de esta rumia mental cuando llegó Joan Theresa con otra mujer.

—Bueno —dijo Joan—, qué sorpresa verla por aquí. Supongo que es la consecuencia inmediata de que se hayan cargado a esa pobre mujer de Harvard. Le presento a Luellen May, la mujer que fue a Warren House aquella noche.

Kate le dio la mano.

—¿Cómo va el caso de la custodia?

—Dios sabe. Mi exmarido, más conocido entre sus amistades como el monstruo, no quiere los niños, solo quiere impedir que yo los tenga. Y como está intentando demostrar que no soy apta, el verme metida en un lío de borracheras no hizo nada a mi favor.

Luellen May le pareció a Kate el tipo de mujer al que ella hubiera dado la custodia de sus hijos, de cualquier niño, inmediatamente. Pensó que las palabras de esta mujer, leídas ante un tribunal, podían parecer mezquinas y vengativas, pero dichas con la voz suave de Luellen parecían solamente confirmar un hecho real. Intentando descifrar a quién se parecía, siguió la pista de su memoria hasta encontrar la distante admiración de su madre por una actriz, una tal Madeleine algo, Madeleine Carroll, que tenía la expresión más inocente que nadie haya visto jamás. «Me estoy volviendo loca», pensó, «mi mente está en desorden, como el cajón del escritorio de Reed». Y picoteó algunos de los brotes de soja.

—Existe la idea —dijo finalmente— de que algunas mujeres consideran que todos los hombres son unos monstruos. Y si dice eso ante un tribunal, lo más probable es que sea mal interpretado.

—Parece que lo comprende, al menos un poco —intervino Joan Theresa.

—Lo que no entiendo —dijo Kate— es quién pudo llamarla para que fuera a Warren House. ¿Cómo ocurrió?

—¿Se refiere a la primera vez? —preguntó Luellen—. Por supuesto, ahora que la pobre mujer ha sido asesinada la policía sospecha que yo tuve algo que ver. Me interrogaron allí. ¿No había participado en las manifestaciones en que habían arrestado a algunas personas? ¿Acaso no llevaba una cafetería solo para mujeres que estaba en antagonismo con la gente corriente que tenía familia y responsabilidades? Sé que no puedo hacerle ver la farsa que se esconde detrás de todo esto, la creencia absoluta de que la gente como yo somos los que hacemos ese tipo de cosas. Estoy segura de que a usted no la interrogaron de esa manera. Ellos solo me bombardean a preguntas a mí, *sabiendo* de antemano que soy culpable, esperando hacerme decir o hacer algo que les permita demostrarlo —su voz se quebró—. Imagino que una de las cosas en que no estaremos de acuerdo es en nuestra opinión sobre la policía —dijo con más suavidad, llorando.

—Vayamos al asunto —dijo Joan Theresa.

—¿No es ese el asunto? —preguntó Luellen—. Lo siento, estoy tan preocupada por mis hijos —dijo, secándose las lágrimas—. Muy bien, cada cosa a su tiempo. El asunto de la bañera de Warren House. Solo Dios sabe qué fue lo que pasó; yo casi ni me acordaba de dónde estaba.

—¿Tiene usted alguna relación con Harvard? —preguntó Kate.

—Sí, fui allí durante un año. Luego lo dejé. Ir a Harvard desde Boise, Idaho, se suponía que era lo mejor que podía ocurrirle a una en la vida, era como haberlo

conseguido todo. Mi familia todavía no me ha perdonado que tirara por la borda lo que siempre habían deseado para mí, como si dependiera solamente de mí. Verá, el problema era que todo me había ido demasiado bien en la vida; si no hubiera sido por Harvard, puede que todavía creyera que había una esperanza para mí en el sistema. Pero Harvard era otra cosa —el oxígeno es demasiado puro. Sabía que no podría soportarlo, y me sentía incapaz incluso de tolerar la compañía de aquellos que les gustaba esa vida irreal. Irreal era lo que me parecía, aunque esa frase esté muy usada, y todavía me lo parece. Lo que he aprendido desde entonces, se lo garantizo, es que en la medida en que realidad significa no tener dinero, no atarse al sistema, no tener poder, uno es demasiado real.

Las discusiones sobre la realidad siempre incitaban a Kate a encender un cigarrillo. Pero había avisos de no fumar por todas partes.

—Y caí en la trampa inevitable de toda mujer —continuó Luellen—. Me casé y trabajé en un montón de cosas que no tenían salida para mantenerme a mí y a mi marido. Al cabo de un tiempo, cuando él volvió a la Facultad de Derecho y llegaron los niños, yo seguía trabajando sin parar y haciendo todas las tareas de la casa, la misma historia de siempre. Descubrí que se acostaba con una estudiante. Ella había venido a casa, hablaba conmigo y me ayudaba con los niños, y aun así hizo eso. Así que, como verá, me puse en contra de los hombres, de las mujeres y de todo. Mejoré mi situación económica. Bueno, usted no ha venido aquí a escuchar la historia de mi vida, solo quería saber cómo acabé en Warren House. No tiene mucho que ver con todo esto.

—Estoy segura de que sí —dijo Kate—. Continúe, por favor.

—Eso es todo. Excepto que cuando vi que no podía salir adelante yo sola, descubrí que había otras mujeres en la misma situación. Compramos esta casa, compartimos los gastos y el cuidado de los niños. Algunas de ellas llevan esta cafetería. Por primera vez me sentía en una comunidad, con gente que realmente quería compartir mi vida y las vidas de mis hijos, y cuyas vidas yo también podía compartir.

—¿Sigue trabajando en empleos sin porvenir?

—No. Resultó que se me daban bien los ordenadores e hice un curso de programación. Las mujeres de aquí me prestaron dinero mientras duraba el aprendizaje, y ahora tengo un buen empleo y se lo estoy devolviendo. Pero mi marido dice que sus hijos no van a crecer en una casa llena de mujeres. Estoy segura de que adivina lo que dice. Los niños no le importan lo más mínimo. Por eso es tan complicado el caso de la custodia. Y ahora esto.

Kate sonrió a Luellen.

—Me temo que sigo sin ver cómo llegó a Warren House, aunque estoy encantada de saber cómo llegó aquí.

—Créame que iba a eso. Uno de los tipos que tenía una habitación en la misma residencia que yo, el primer año que vine a Harvard, consiguió llegar a la prueba de

graduación en Inglés; me lo encuentro algunas veces y charlamos un rato. No fue él quien llamó esa noche, de verdad, fue uno de sus amigos, pero es igual, otro estudiante que yo había conocido. Este tipo dijo: «una de tus hermanas está borracha en una bañera. Si no quieres que se ahogue, será mejor que vengas a sacarla». Y yo salí corriendo como una loca sin pararme a pensar si era verdad o no. No se me ocurrió que podía ser mentira. Cuando llegué allí, era esa tal Janet Mandelbaum. No hace falta que le diga que las dos nos quedamos de piedra.

—El problema de Luellen —dijo Joan Theresa— es que, a pesar de haber tenido una vida muy dura, nunca en verdad ha tenido en cuenta la maldad de la gente.

—¿Entonces sabía usted que era Janet Mandelbaum?

—No, no lo sabía. Me enteré después. La saqué de la bañera antes de que llegara la policía. Todos los demás ya se habían largado, por supuesto. Una gente muy valiente.

—¿Incluido su amigo, el tipo de la habitación?

—La verdad es que no le vi en ningún momento; incluso me pregunto si estaba allí esa noche.

—¿Por qué no se lo preguntó? —dijo Kate.

—Quería mantenerme lo más al margen posible. Me preguntaba si no estaría obedeciendo las órdenes de mi marido. Habría sido una buena trampa, desprestigiar a Janet y a mí en un solo intento. Pero pensé, cuanto menos jaleo arme, menos problemas tendré.

—Lo que han pensado siempre las mujeres —dijo Joan Theresa.

—Eso fue también lo que pensó la pobre Janet —admitió Kate—. ¿Le importaría darme el nombre del hombre que la llamó y del hombre que era amigo suyo el primer año?

—¿Por qué no? Si Joan confía en usted, yo también —Kate sacó una libreta y la puso encima de la mesa para que Luellen anotara los nombres—. El de arriba es el de mi amigo —dijo—. Lo aclaro ahí también. El otro es el del hombre que me llamó.

—¿Ha preguntado la policía por alguno de ellos?

—No —Kate vio que las dos mujeres se miraban—. No le dije a la policía que me había llamado. Parece que no lo sabían. Solo sabían que yo estaba allí cuando llegaron; todo como de rutina. Decidí no darles información.

—¿Y no cree que sería mejor contar la verdad de todo el asunto?

Joan Theresa miró a Luellen como diciendo, «esto déjame a mí».

—Mire, Kate, sé que usted cree en un mundo con policías honrados. No quiero decir que no los haya, pero la mayor parte de la gente que conozco no se encuentra con ellos. No vale la pena citar anécdotas, ¿no cree? Simplemente nos parece que de quien menos se ocupa la policía es de la gente que no tiene poder.

Kate guardó silencio. No dudaba de la verdad de lo que se había dicho; se lo había oído decir a Reed, y a través de él había conocido a un joven policía que había abandonado el cuerpo de Nueva York porque si no hacía la vista gorda ante la

corrupción de la policía, no podía permanecer en el cuerpo. Tampoco ella era una ingenua: uno no puede asistir a los comités de la facultad por mucho tiempo y seguir creyendo que la verdad es un ideal practicado por todos. La gente siempre cree en lo que le interesa creer. Para mí, sin embargo, pensó Kate, es conveniente creer en la policía.

—Cuando era joven vi muchas películas en que triunfaban los buenos —dijo—. Lo sé. Pero, puesto que no me he apartado completamente de las instituciones, tengo que creer hasta cierto punto en su poder para operar honradamente. Tengo la sensación, sin embargo, de que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte. Seamos prácticas: ¿no creen que si la policía descubre que la llamaron y usted no lo dijo, será peor?

—Probablemente. Si deciden ir a por mí, todo les parecerá mal.

—No exactamente. Todavía existen los tribunales. Y usted tendrá que decir que mintió cuando fue interrogada por la policía.

—Yo no mentí. Simplemente no les di información. Además, se supone que usted es una buena detective; acláreme eso. Tiene buenos contactos, buenas amistades, ¿o me equivoco? ¿No es así como funciona? —preguntó mirando a Joan Theresa—. ¿O acaso no somos nosotras el tipo de mujeres para las que usted mueve los hilos?

Kate se dio cuenta perfectamente de que Luellen, a punto de llorar, no apelaba a ella como lo hacía Joan Theresa. Todo es inexplicable, se dijo a sí misma, y quien te gusta a ti no tiene nada que ver con el asunto.

—Suponga que no fue su exmarido quien intentaba desprestigiarla. ¿Por qué otra razón cree que alguien la llamó?

—Creía que eso era evidente, para desprestigiar a Janet —dijo Joan Theresa, y le faltó el añadido: «¡eso lo ve hasta una aguda profesora de literatura inglesa!»—. Para hacer que la gente creyera que estaba relacionada con mujeres como nosotras.

—Eso me parece una conjetura.

—No exactamente. Alguien llamó a la policía del campus —dijo Luellen— y descubrieron quién era yo. Dijeron: «¿Qué estáis haciendo vosotras dos aquí?» Janet casi se muere de la vergüenza.

—¿Por qué no me acompaña y sacamos a dar un paseo a Yocasta? —dijo Joan Theresa—. Iremos a dar una vuelta —era evidente que Luellen no las iba a acompañar.

Mientras Kate pagaba, Joan subió a por Yocasta. La mujer y la perra esperaron a Kate en la puerta.

—¿Quiere que caminemos hacia Harvard Square? Yocasta estará siempre en deuda con usted, ¿verdad, Yocasta?, —la perra saludó a Kate mecánicamente; su mente estaba pendiente de la posibilidad de hacer una buena excursión. Cuando vio que se iban de verdad, dio un salto hacia delante y adoptó una postura de experta en seguir el rastro de los olores para divertirse.

—¿La llevó hasta Harvard Square el día que la vi en la puerta de la tienda? —

preguntó Kate.

—No. Tenemos un coche que compartimos entre todas. Luellen se lo llevó la noche que fue a rescatar a una hermana, como ella creía. Yocasta, hija de perra, si te metes con ese *Yorkie*, te pego —Kate vio que a Yocasta se le ponía de punta el pelo de la espalda y se le bajaba después de que Joan le puso el collar.

—En realidad, quería pedirle un favor para Luellen —dijo Joan.

—No antes de que le pida algo a usted —dijo Kate—. Fue hasta Nueva York para hablar conmigo, dijo que Janet me necesitaba. ¿Cómo sabía usted eso, y qué le importaba que Janet me necesitara?

—Lo que dije fue la verdad.

—Pero ¿cómo sabía usted, o Luellen, que Janet me conocía, y mucho menos que le importara si yo venía a Harvard a ayudarla? De hecho, no lo habría hecho si no me hubieran llamado por otro lado. Todo esto no tiene mucho sentido.

Para entonces había llegado a la parte de la calle Hampshire cerca de Elm, una zona que no era muy conocida por los padres de los estudiantes de Harvard. Era lo que un asistente social llamaría un vecindario intersticio, dedicado sobre todo a garajes y pequeñas industrias con algunas casas diseminadas. «Así se me podría describir a mí», pensó Kate con tristeza: «una persona intersticial».

—Aquí está todo —dijo Joan—. Los policías del campus llegaron y las encontraron a las dos, y no creían que Janet fuera profesora, desde luego, pero tampoco querían actuar como si fuera Dios sabe qué hasta que estuvieran seguros, así que se las llevaron a las dos a la comisaría, o como quiera que lo llamen, e hicieron un montón de llamadas. Mientras tanto, Janet se secó y supongo que lo que le dijo a Luellen debió de ser bastante horrible. Luego debió de arrepentirse y dijo que para ella también era todo un lío. No conozco los detalles, pero la mencionó a usted. Parecía que la tenía a usted en la cabeza, tal vez pensaba que podía ayudarla. Bueno, el caso es que Luellen se empeñó en que si usted podía ayuda a Janet, también podría ayudarla a ella en la custodia de sus hijos.

—¿Ayudarla?

—Bueno, sinceramente, Nueva York está un poco lejos, pero me pareció que valía la pena, sobre todo porque alguien me llevaba en coche y mi hermano está allí. Me gusta verle una vez al año. Verá, el marido de Luellen no quiere a los niños, hace años que no los ve, pero quiere impedir a toda costa que los tenga ella, y hay mucha gente dispuesta a ayudarle, especialmente los que han rehecho su vida. Pero si alguien como usted o Janet testificara a favor de ella, ya sabe, la reputación, tal vez lo consiguiera. Eso fue lo que le dijo su abogado. Pero tiene que ser alguien realmente íntegro, con influencia, que fuera al juzgado y dijera que Luellen es la más indicada para educar a sus hijos, lo cual es verdad. Y, desde luego, cuando salga el caso, irá vestida a tono.

—¿A tono? —preguntó Kate. Habían dejado de andar y Yocasta se habían sentado a sus pies. La miró como si fuese una de las hermanas disfrazadas de

bullterrier. ¿Le habían puesto algo raro en el café?—. ¿Qué quiere decir «a tono»? — repitió.

—Lo siento. Llamamos así a la forma de vestir como, como...

—Entiendo. Como yo. Un juez tomaría en cuenta mis palabras para decidir a quién debe dar la custodia de los niños por la forma en que visto.

—Ayudaría. Tenemos unas cuantas ropas de esas en la casa, para sacarnos el carnet de conducir y cosas así. Lo siento, no quería ofenderla. De todas formas, no me refería a alguien tan elegante como usted. Ya sabe, vestidos con perlas y un bolso de mano.

—Ahórrese los detalles —dijo Kate—. Acaba de decírmelo, y ya me lo dijo con más claridad aún en Nueva York, que utilizaría a hombres y mujeres que trabajaran con hombres con tal de conseguir lo que pretende. ¿Por qué iba a dejar yo que me utilizara?

—Una buena pregunta —dijo Joan. Al mirarla, Kate notó que tenía miedo por Luellen, y no solo por sus hijos. Temía que Luellen, al sentirse atrapada y resentida, hubiera asesinado a Janet en el aseo de caballeros de Warren House, diciendo «¡quédate ahí, donde siempre has querido estar!» Luellen podía necesitar ayuda urgente y Joan estaba preparando el camino.

Joan, adivinando tal vez los pensamientos de Kate, continuó la ofensiva. ¿Eran estas mujeres así por naturaleza, o se entrenaban para ello?

—Ya sabe —dijo Joan—, incluso pueden pensar que fue usted quien mató a Janet. ¿Tiene alguna coartada?

—No sé —dijo Kate—. No saben exactamente dónde ni cuándo murió.

—¿No fue en el servicio de caballeros de Warren House?

—No. La llevaron allí después de morir.

—¿De qué murió? No decían nada de eso los periódicos.

—Cianuro. Rápido y mortal. Si hay algo que pueda hacer usted, avísame. Pero no juraré que Luellen es una buena persona a menos que esté segura de ello. Todavía soy honrada, y probablemente siempre lo seré.

—Eso no me preocupa —dijo Joan—. Luellen ha nacido para ser madre, y además es una buena persona. Está molesta solamente; ya lo verá.

Y las tres volvieron a recorrer la calle Cambridge.

—Cianuro —dijo Sylvia a Kate esa noche—. Y ahora te pregunto, ¿de dónde podía venir? —Sylvia, con los pies en alto, contemplaba la vista desde su apartamento. Cuando vio la casa por primera vez, y cuando más tarde la vio Kate, suponían que iban a pasar largas tardes ociosas tomando algo en la terraza, que tenía la misma longitud del cuarto de estar, tras las ventanas francesas. Pero en los tiempos modernos esas ideas eran más seductoras en la imaginación que en la realidad. Las nubes de monóxido de carbono de la carretera que pasaba debajo eran asfixiantes; el ruido era ensordecedor, y la suciedad terrible. Sylvia y Kate, tras la llegada de esta, se

habían replegado puertas adentro, donde ahora contemplaban el paso de febrero a través de los cristales.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Kate— es descubrir de dónde procedía el cianuro. Y muchas otras cosas también, mientras estemos en ello. Maldita sea, Sylvia, tenemos que tocar todos los hilos que podamos; tú en Washington o en las altas esferas de la diplomacia de Harvard, y yo en Wompompouchi, o donde quiera que esté Reed. Todos esos tipos que conoces te harán un favor si se lo pides, ¿o no?

—Es estupendo ver a Kate Fansler, la gran detective, metida por fin en plena faena. Llamando a sus amigos para mover los hilos. Tenía que haber imaginado que trabajabas así. Por supuesto hay muchos jóvenes importantes, y algunos no tan jóvenes, que harán lo que yo les pida. Los hombres ya no están tan seguros de no necesitar a las mujeres en este mundo tan duro y competitivo del trabajo. Nancy Mitford solía afirmar que siempre había que portarse bien con las chicas jóvenes porque uno no sabía con quién se casarían después. Hemos conseguido variar eso un poco, bendito sea Dios.

—Me encanta oírlo. Tenemos que encontrar a alguien para que convenza a la policía local, de la forma que quiera, y con la excusa que quiera, para que nos permita saber lo que ellos saben hasta ahora. Teniendo en cuenta que tienes importantes contactos en Washington y Harvard, ¿por qué no empiezas ya? Si tú abres la brecha, yo probaré con Reed. Si lo haces, será muy importante.

—Mucho. Ya veo a qué te refieres.

—Si hay grupos en Harvard que necesiten evitar a toda costa verte con ese material, eso nos dirá más que los mismos informes.

—Chica lista. Mañana llamaré por teléfono. Pensándolo mejor, voy a llamar ahora. A propósito, George viene mañana. ¿No te lo había dicho?

—Pues no, maldita sea. De vuelta a mi diminuta habitación de Dunster. Y encima me dicen que debería estar eternamente agradecida por haberla conseguido; debes haber ejercido toda tu influencia allí. Lo que más odio es la comida. Bueno, volveré al comedor y a las conversaciones con los estudiantes. Hablando de eso, creo que voy a invitar a Leighton a que venga. Me he aficionado a ella.

—Con ello, por supuesto, quieres decir que la chica está atravesando una fase radicalmente anti-Fansler. Espero que le dure.

—Durará. Leighton es una verdadera promesa. ¿Te alegras de que venga George?

—Maldita alegría —dijo Sylvia—. No sé por qué la gente cree que el hecho de estar juntos es el ideal de un matrimonio. Lejos de casa los dos, luego juntos, eso es mucho *mejor*. Te enviaré los informes de la policía a Dunster, para que apartes tu mente de la comida.

Capítulo 7

Debería odiar el hecho de vivir con una tía literata.

Stevie Smith

Novela en Papel Amarillo

Al día siguiente, desde su habitación de Dunster, Kate llamó a Andy Sladovski para enterarse en la medida de lo posible en qué situación estaba el Departamento de Inglés.

—¿Quién sabe? —dijo Andy—. Si quieres tener la oportunidad de descubrir algo, ¿por qué no vienes esta noche conmigo a los Yámbicos de Harvard? Leen trabajos sobre poetas. Nadie puede decir que conoce Harvard sin haber asistido a ellos.

—Pero es que nadie me ha invitado.

—Te invito yo. Una insulsa estudiante, una cachorra de Clarkville, ha escrito un trabajo sobre el «Fra Lippo Lippi» de Browning. Puedo prometerte que el esfuerzo por no bostezar va a ser muy duro, pero después habrá comida y bebida y podrás olisquear por ahí. ¿No te interesa Browning? Me parece recordar que es de la época que tú estudias.

—Tengo todas las credenciales en regla, excepto la invitación.

—Solo invitamos a los visitantes ilustres. Creo que uno va a llevar a su esposa, así que yo podría llevar a Lizzy, supongo, pero Lizzy no irá a menos que se hable de *The Golden Notebook*, lo cual es bastante improbable por varias razones poderosas, una de las cuales tiene que ver con la métrica. Tal vez te tomen por Lizzy.

—Alto —dijo Kate—. Acepto. ¿Crees que importará que mi visión de Browning sea bastante poco académica?

—Eso suena innovador. Nos veremos en Adams House. ¿Sabes dónde está?

—Sé donde hay un plano. ¿Por qué Adams House?

—Es la residencia de la que es tutor Howard Falkland. El que lee el trabajo es el anfitrión.

—Me parece una buena idea —dijo Kate, sorprendida al escuchar el nombre de Falkland—. La atención que se pierde durante el análisis, se recupera con la comida, ¿no es eso?

—A las ocho en punto, entonces —dijo Andy, y colgó el teléfono.

«Bueno», pensó Kate, «Fra Lippo Lippi: “Dios se sirve de nosotros para ayudar a otros/sirviéndose de nuestras ideas”. Browning pensaba en el arte. Yo pienso en un asesinato».

A las ocho menos cuarto, Kate entró en el Salón de Profesores de Adams House y se instaló en una de las sillas de cuero dispuestas en círculo. En las paredes brillaban los retratos de las personalidades de Harvard, por lo que pudo deducir. Cuando Andy llegó ya era evidente que no iban a ser más de once personas, de ellas solo otra era mujer: presumiblemente la esposa.

—Comenzamos —anunció Clarkville. Kate estaba sorprendida de que no la hubiera reconocido. Pero para Clarkville, todas las mujeres de mediana edad se parecían entre sí—. Nos reunimos esta noche —continuó— para escuchar un trabajo escrito de Howard Falkland sobre Browning. Después de la lectura daremos paso a las preguntas. Y después de las preguntas tendremos nuestro habitual cóctel. Acabaremos a las diez. Howard.

Kate fue incapaz de recordar lo que Falkland dijo sobre Browning; en realidad, no estaba segura de haber podido escuchar más de diez palabras seguidas. Pero el mejor de los artículos, leído en voz alta, ya es difícil de seguir. Y este no era el mejor, aunque Kate estaba bastante entretenida. No podía apartar la vista de Clarkville; la fascinaba, la horrorizaba y la atraía al mismo tiempo, como una serpiente a un conejo. Clarkville no podía anotar su fascinación, pues había adoptado la postura ideal para evitar que nada le llamara la atención y para que nadie pudiera leer en su semblante los síntomas de somnolencia. Estaba sentado en un gran sofá de piel; sentado en el sentido de que sus nalgas y el sofá, en algún momento del clímax, habían llegado a encontrarse. Y a partir de ese instante, Clarkville, un hombre grandón y desgarbado, se había ido recostando hasta el punto de intersección entre estar sentado y tumbado. Tenía los ojos cerrados en dirección al techo. Pero no estaba dormido, no; escuchaba. Y de esto daba pruebas el reloj de bolsillo que se había sacado del chaleco y que colgaba ahora de una larga cadena sujetada por una mano alzada, de forma que la esfera dorada se balanceaba de un lado a otro con una regularidad agonizante. Era extraordinario lo perturbador que resultaba este minúsculo movimiento y lo difícil que era apartar la vista de él. Kate ni siquiera lo intentó. Y Howard Falkland no tenía necesidad de preocuparse por él mientras leía el trabajo. Todos los demás miraban alternativamente a Howard, al suelo y al techo. Kate buscó a Andy con la mirada y él le guiñó un ojo. La voz de Howard seguía murmurando. Y esto, pensó Kate, son los grandes logros de la academia americana. Pero en quien ella pensaba no era en Browning ni Fra Lippo Lippi, que hubieran encontrado el acto tan absurdo como ella, sino en el hombre que era amigo del amigo de Luellen. *Su nombre*, por supuesto, era Howard Falkland. Ciertamente, los estudios sobre Browning parecían destinados al fracaso si sus futuros especialistas solo estaban capacitados para ser el tema de un monólogo dramático.

Cuando por fin acabó la lectura, gracias a Dios, hubo murmullos de admiración e

interés. Muy gentilmente, todos enfilaron el camino hacia la comida, que era en verdad una impresionante comilona.

—¿Preparó usted mismo todos estos manjares? —preguntó Kate cuando Andy le presentó a Howard. Si Reed hubiera estado allí, ya habría notado que Kate había entrado en una de sus fases «femeninas», lo cual era señal de peligro.

—No —contestó Howard—. Lo hizo una mujer que conozco.

—Por supuesto. Estoy *tan* excitada con las costumbres de Harvard. A propósito, me ha invitado Andy Sladovski —Kate se sintió recompensada por su ironía al ver a Howard alejarse de ella; definitivamente, *no* valía la pena conocerla.

—Bueno —preguntó Andy—. ¿Te ha pedido Howard tus credenciales?

—No tuvo oportunidad. Me hice pasar por una tía solterona, la tuya, creo. Fui la tía solterona durante años —añadió sin venir a cuento—. Un papel bastante interesante y poco cansado.

—Te deseo buena suerte esta vez; aquí viene Clarkville. Veamos si te acepta como solterona o decide que eres mi esposa. Solo ha visto a Lizzy cinco veces.

Pero para gran disgusto de Kate, Clarkville la había reconocido y se había decidido por la cordialidad.

—¿Está interesada en Browning? —preguntó Clarkville.

—Mi especialidad es la literatura victoriana.

—Ah, sí, en una universidad de Nueva York, ¿verdad?

—Exacto, una de ellas.

—Si lo hubiera sabido, la habría invitado a que se uniera a nuestro grupo. Ya sabe, los Yámbicos de Harvard.

—Hubiera sido muy amable por su parte —dijo Kate. «¿Cuánto tiempo podré mantener esta farsa?» Andy se había esfumado.

—La policía no parece muy contenta con nuestro, eh, pequeño incidente de la semana pasada —dijo Clarkville.

—¿Ah, no? ¿Han ido a verle?

—Oh, bueno, solo para tomarme declaración después de encontrar el cuerpo. Pobre mujer. Pobre, pobre, pobre mujer. Estaba tan desorientada.

«¿En el aseo de caballeros o en el departamento?», quiso preguntar Kate con todas sus ansias. Pero se limitó a murmurar:

—¿Desorientada?, —se sentía exactamente igual que un personaje de una novela de James.

—Bueno, ya sabe, venir a Harvard, este departamento, una ciudad extraña; la idea en sí estuvo mal aconsejada, sí, mal orientada —podía haberse quedado murmurando eso eternamente, si Kate no se hubiera excusado para ir por una bebida, lo cual pensaba que se tenía bien merecido.

Al volver a casa más tarde con Andy, reconoció que se sentía intrigada porque Clarkville no hubiera oído hablar de ella.

—No es que yo haga alarde de la fama que tengo dentro de la crítica, pero tengo,

o creía que tenía, lo que mis colegas masculinos llaman reputación a nivel nacional. No te digo que me conozcan en Peoria o Pocatello, Idaho, pero al menos saben quién soy en la mayor parte de los lugares que tienen alguna rama universitaria. Apuesto a que Clarkville ha oído hablar de hombres menos famosos que yo.

—Mi querida Kate —dijo Andy—, si no eres de Harvard, ¿qué importancia tiene haber oído hablar de ti? Además, aquí nadie conoce a las mujeres hasta que no obligan a contratarlas. ¿Qué puedes pensar entonces?

—Eso digo yo.

La noche siguiente, Leighton se sentía encantada de cenar con su tía en el comedor de Dunster. Se había unido a ellas un grupo de amigos de Leighton y, como era de esperar, la conversación se centró totalmente en lo indescriptible, lo horrible que era Harvard, y no porque se hubiera asesinado allí a una mujer, sino, sencillamente, porque era un lugar odioso.

—Pero ¿por qué habéis venido aquí? —preguntó Kate una vez más, sabiendo que no iba a ser la última—. Comprendo las razones de Leighton: buscaba un lugar donde pasara totalmente desapercibida. Pero no es posible que todos vosotros tengáis el mismo motivo.

Las respuestas eran de lo más variado: Cambridge y sus encantos; la proximidad de Boston con todos sus acontecimientos culturales; el nombre; poder decir que uno había ido a Harvard; la convicción de que nadie puede rechazar la oportunidad de ir allí; porque estaba allí, sencillamente, como el Everest; y porque era seguro que en un lugar tan grande se podría encontrar a gente con las mismas inquietudes.

—¿Y tú has encontrado a esa gente? —preguntó Kate dirigiéndose a una chica tranquila, casi insulsa, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Le pareció que tenía una expresión muy similar a la de Janet.

—No —contestó la chica—. Sé que es culpa mía, todos me lo dicen, pero la gente que he conocido aquí me parece, bueno, tan superficial, tan interesada en las calificaciones, o en el sexo, o en vivir una relación apasionante, que al final es tan vulgar como las que aparecen en cualquier libro. O, bueno, francamente, me parecen aburridos y egocéntricos. Sé que se preguntará si no soy yo la egocéntrica, y por supuesto que lo soy, pero creo que soy capaz de interesarme por alguien que no quiere aparentar frialdad, o refinamiento, o que se comporta como si estuviera posando para el póster central de *Playboy*.

Kate se negó a que *Playboy* distrajera el tema de conversación.

—Pero esa es la queja más antigua que se oye en las universidades de todo el mundo. Si uno no se adapta al modelo del año, se queda solo y excluido, a menos que sea muy brillante, muy rico, o muy seguro de sí mismo. ¿Por qué Harvard iba a ser diferente?

—Casi nadie está contento aquí —dijo uno de los chicos.

—«La felicidad vuela como el viento, pero lo interesante permanece». Es una

frase de Georgia O’Keeffe. Y todo el mundo admira a Georgia O’Keeffe —añadió, recordando la cita que Sylvia había leído de *Time*—, incluso Joan Didion.

—Ya os dije que siempre está haciendo citas —dijo Leighton triunfante—. Aunque últimamente no lo haces tanto, tía. Leo dice que has cambiado.

—Los sobrinos y las sobrinas siempre están diciendo que una ha cambiado, pero en realidad es porque ellos han crecido. Sin embargo, es cierto que hago menos citas. Ya no hay muchas cosas que citar, por lo menos a los autores que yo leía en mi educación convencional. Pero, ahora que lo pienso, hay una muy interesante —y miró picaronamente a Leighton.

—Oh, vamos —dijo Leighton fingiendo tristeza—, ya están advertidos.

—Bueno, Strether, en *Los Embajadores*, decía de algunos de los personajes lo que yo podría decir de vosotros. «Sois mi juventud, puesto que de alguna manera, en el momento preciso, ninguna otra cosa lo fue jamás». Janet Mandelbaum, sin embargo —prosiguió Kate, volviendo firmemente a su tema—, no hubiera estado de acuerdo. ¿La conoció alguno de vosotros?

—Yo —respondió un joven. (Debo dejar de pensar en ellos como chicos y chicas, pensó Kate en ese momento)—. Estoy interesado en Simone Weil, y por tanto en Herbert. Me ayudó bastante, aunque desde luego se crispaba si uno se atrevía a sugerir que Herbert era un contemporáneo. Aun así, explicaba su religión de una forma que hacía ver a Weil con más claridad. Le estoy muy agradecido.

—¿Cómo se comportaba? —preguntó Kate.

—Como una auténtica profesional. Nada de trato personal, como hacen algunos de los profesores más jóvenes. No me llamaba por mi nombre, y a mí en ningún momento se me hubiera ocurrido llamarla por el suyo. Bueno, ya sé que eso es superficial, pero con toda su dignidad y distanciamiento, siempre pensé que se alegraba de verme.

—¿Sabías por qué?

—Sí —dijo el chico, como intentando demostrar que había que tener cerebro para ir a Harvard y que los grandes cerebros siguen yendo allí—. Yo no presentaba ninguno de los problemas de las mujeres: no le pedía apoyo como mujer. Además, no intentaba hacer la pelota; me interesa de verdad el siglo XVII, aunque solo sea como anexo a Weil. Estudio la religión, y a ella le gustaba. Yo la trataba como si..., —el joven guardó silencio.

—Como si fuera un hombre, un profesor —dijo Kate.

—Sí. Así era ella, creo. No le gustaba pensar que antes que nada era mujer. Por supuesto, eso no quiere decir...

—Sé exactamente lo que quieres decir —dijo Kate—. No pensaba en ella misma como un hombre sexual, física y psíquicamente, esa es una tontería freudiana. Pero se consideraba como un miembro de pleno derecho de la hermandad de profesores, todos ellos hombres. Por supuesto que sí. ¿Y sabes? —añadió con tristeza—, creo que murió por eso.

—Judith también la conoció —dijo Leighton, para romper el silencio—. La traje hasta aquí casi de los pelos para que pudieras hablar con ella. Judith se raja cuando no ejerce de periodista.

—Trabajo para el *Independent* —dijo Judith—. Es *mucho* mejor que el *Crimson* —añadió, como si quisiera contrariar la idea de Kate, aunque esta era totalmente inocente.

—Un periódico, supongo —dijo Kate haciéndose la tonta.

—Sí, que no se cree nada esnob, como Harvard. ¿Me entiende?

—Tengo que leerlo —dijo Kate—. Es bastante difícil ponerse al día en todo tan deprisa. Al parecer, lo único que encuentro es la *Gazette*.

—Esa solo cuenta lo que va a haber la próxima semana —dijo Judith—. Es igual, el caso es que me mandaron entrevistarla porque era la nueva profesora, ya sabe, todo eso, y cuando le pedí la entrevista por teléfono me dijo que no quería hablar del tema de ser la nueva profesora, y menos por ser mujer. Bueno, ya sabe, le dije que solo quería saber si le gustaba Cambridge; era una trola, pero tenía que agarrarla como fuera, y ella, bueno, ya sabe, me soltó la charla de que las mujeres nunca llegarían a ninguna parte si seguían entrevistándose como mujeres. Me dijo que en la entrevista solo podía preguntar acerca de su trabajo profesional.

—¿Y lo hiciste?

—Bueno, mi fuerte no es precisamente la literatura, así que no sé mucho del siglo xvii. Pero a Leighton le chifla *Tristram Shandy*.

—Siglo xviii —no pudo evitar decir Kate.

—Bueno, andaba cerca. Así que pregunté a Leighton por *Tristram Shandy*, pero lo único que logré recordar fue que el padre jodía después de sonar el reloj, y que a *Tristram* le cortaron la polla en una ventana, y yo, sinceramente, no creía que...

—No se cortó la polla —dijo Leighton con absoluta seriedad—, fue circuncidado. Oye, ¿cómo vas a ser periodista si lo confundes todo?

—Yo diría que ese es el principal requisito —dijo Kate—. ¿Y la Profesora Mandelbaum quería hablar de *Tristram Shandy*?

—Bueno —dijo Judith—, estuvo divagando un rato sobre Locke. No llegamos a ninguna parte. Me dijo que leyera sus libros. Y entonces yo le pregunté: «¿Y para esto formamos un comité y luchamos por los derechos de las mujeres en Harvard? ¿Para esto fundamos *La Séptima Hermana*?». Es otro periódico —añadió al ver la mirada interrogativa de Kate—. ¡Que lea sus libros! Puedo leerme los libros de cualquiera, si es que me interesa su aburrido tema. Eso no fue una entrevista.

—Ya veo —dijo Kate.

—A lo mejor puedo entrevistarla a usted.

—Yo no soy más que una profesora invitada por el Instituto.

—La típica desvalorización femenina.

—Puedes entrevistarme. ¿Te parece ahora mismo?

—Pensé que sería más en privado —dijo Judith, volviendo al parecer a su yo no

reportero.

—Estoy a tu disposición. ¿Y tú que haces estos días en Griego? —preguntó mirando a Leighton.

—Nadie hace nada en Griego antes del período de lectura —contestó Leighton cargada de razón.

—¿No vas a clase?

—Desde luego que voy. El profesor habla y habla, y yo, o me dedico a fantasear, o me duermo, o escribo, depende de mi estado.

—¿Y cómo piensas aprobar? Tengo la sensación de que ya me lo has dicho, pero lo olvidé.

—Es muy fácil. El examen incluye una obra de teatro.

—Sí.

—Bueno, pues me la aprendo de memoria durante el período de lectura. Luego la traduzco a la perfección. Siempre saco matrícula. Y luego lo olvido todo.

—Eso se parece ligeramente a una cobra digiriendo un cerdo.

—Así es Harvard —dijo Leighton.

La cena había concluido.

Dos días después, estando Kate aún en Dunster, un mensajero enviado por Sylvia le entregó en mano los informes de la policía, o mejor dicho, un resumen de ellos. Kate se acomodó para leerlos, ignorando en lo posible los ruidos de las escaleras, los gritos, y la música que sonaba a un nivel de decibelios peligroso para el oído humano. Se había provisto de una pequeña radio con la que captaba la emisora de Harvard, una delicia. Ponían música y más música, algo de *rock*, en su mayor parte clásica. En tiempo de exámenes, y durante el período de lectura, le había dicho Leighton, organizaban orgías. «¿Orgías?», había preguntado Kate sorprendida. «Sí», le había contestado Leighton poniéndose la capa (iban andando), «orgías. Orgías de Bach, orgías de Mozart, orgías de Dylan. Cuarenta horas seguidas, sobre todo de música de tu estilo. Piensan que así resulta más fácil estudiar». Así que, como no era tiempo de orgías, Kate tenía a Beethoven de fondo para leer el informe del crimen.

Poco tiempo después de la lectura de este extraño documento, llegó a la conclusión de que la policía, a pesar de todos sus esfuerzos, que eran muchos, sabía poco más que ella. No habían conseguido trazar la pista del veneno, pero consideraban significativo un hecho: alguien debía haberlo tenido desde hacía tiempo, o lo había adquirido en otro lugar.

La víctima había residido (nadie vive nunca en los informes de la policía, pensó Kate) en un apartamento del último piso de una gran casa privada en Cambridge, propiedad de Harvard. Un decano de la universidad y su familia ocupaban el resto del edificio. El apartamento estaba totalmente aislado, tenía su propia entrada, pero tampoco había omitido la policía el detalle de que la familia tenía una hija dedicada por entero a la fotografía, y que tenía su propia cámara oscura de revelado. La casa

tenía también un gran jardín en el cual, tras el registro, aparecieron viejas latas de pesticida con restos de cianuro. La policía no creía que el veneno procediera de ninguna de estas fuentes, pero el asunto de la fotografía era aún una posibilidad, aunque lejana. Lo que sugería la policía era que el cianuro, durante la Segunda Guerra Mundial, había estado a disposición de las fuerzas especiales y agentes secretos para realizar sus misiones, sobre todo en aquellas en que corrían el peligro de ser capturados por el enemigo. Por ejemplo, si un piloto volaba sobre un territorio enemigo y se averiaba su avión, se suponía que debía tomar el veneno y dejar que el avión se estrellara y ardiera para que el enemigo no encontrara pistas de ningún tipo. El cianuro se suministraba en forma de cápsulas y había sido ampliamente expedido en diferentes ocasiones. Hermann Goering había conseguido que le pasaran cianuro de contrabando en la cárcel a pesar de los controles, y así fue como se suicidó en Nuremberg poco antes de ser ejecutado en la horca. Muchos miembros de las fuerzas armadas lo conseguían extraoficialmente, o tenían acceso a las cápsulas por diversos conductos. El resultado de todo ello era que había una buena cantidad de veneno circulando por ahí. «Qué útil es todo esto», pensó Kate.

No había duda de que se trataba de cianuro, lo había revelado la autopsia. Incluso cuando Kate llegó al laboratorio del forense, persistía alrededor del cuerpo ese característico olor a almendras amargas. La autopsia había revelado también que el cadáver había sido trasladado de lugar tras la muerte; para ser más exactos, poco después de la muerte. De hecho, la rigidez del cadáver había comenzado antes de ser trasladado al servicio de caballeros. En cuanto al lugar donde había sido ingerido el veneno, no había ninguna pista. Cualquiera podía haberlo puesto en un vaso mezclado con una bebida fuerte, y haber lavado y secado el vaso después. Existía también la posibilidad de que hubieran sujetado a Janet y le hubieran metido el veneno a la fuerza en la boca, pero ella se habría resistido y no había señales de violencia.

La cuestión de cómo había sido movido el cuerpo sin que nadie se diera cuenta había sido examinada a fondo por la policía, con una minuciosidad igualada tan solo por la futilidad de los resultados. Puesto que el cadáver había sido encontrado por la mañana, existía la conjetura de que alguien lo hubiera hecho aprovechando la oscuridad de la noche, probablemente entre las tres y las seis de la mañana, al parecer el único intervalo de tiempo en el que Harvard permanecía desierto. Kate había vuelto a ir al Club de Profesores en los primeros días que estuvo en su buhardilla, cuando ya era muy tarde, y había sido una de las experiencias más horripilantes en una vida no exenta de acontecimientos. No había nadie por allí. El gran edificio antiguo crujía y chasqueaba, y todos los sonidos reverberaban en sus paredes. Evidentemente, cualquiera podría llevar allí algo de forma totalmente anónima.

Las llaves de Warren House no habían servido como evidencia: había demasiadas a mano y cualquiera podía haber hecho copias. Aun así, la posesión de una de ellas era verdaderamente sugerente, y apuntaba a los miembros del Departamento de

Inglés, un grupo reducido, lo cual no debía de hacerles mucha gracia. Las secretarias habían sido interrogadas a fondo (apuesto a que sí, pensó Kate de mala gana).

La muerte por ingestión de cianuro es dolorosa y muy muy rápida. No hay vuelta atrás. Desde luego esa era la razón por la que lo llevaban los hombres que realizaban misiones en las cuales podía ser necesaria una muerte rápida. Había una descripción del cianuro adjunta al informe que Kate estaba examinando: el olor característico del cianuro, conocido también como ácido cianhídrico, o ácido prúsico, continúa siendo detectable en el cuerpo durante algún tiempo. Su acción es extremadamente rápida, agonizante pero veloz. (Eso es lo que yo he deducido, murmuró Kate). La respiración se dificulta, seguida de convulsiones, parálisis muscular y la muerte. Todo esto ocurre en cuestión de segundos. Una muerte cruel, pero el asesino se asegura de que la ayuda no llegará a tiempo. El veneno había sido suministrado en una bebida alcohólica. Pero ¿había tomado la víctima la bebida? La mezcla podía haber sido lo suficientemente fuerte como para garantizar que un trago sería suficiente, lo cual apuntaba a una dosis superior a la de una cápsula.

¿Por qué el servicio de caballeros? Tenidas en cuenta todas las consideraciones respecto al hecho de que era una mujer profesora que no había sido bien recibida en un departamento hasta entonces formado solamente por hombres, razones que la policía consideraba fantasiosas, (Kate resopló), el hecho principal era que el servicio de caballeros tenía dos ventajas obvias: era accesible para mucha gente, y estaba en el primer piso, mientras que el de señoras estaba en el segundo. La policía sabía que la víctima había sufrido ya otro incidente en ese aseo, pero no se habían detectado daños corporales. (Kate hizo un comentario sobre lo que sabía la policía, que no era ni halagador ni muy femenino). Finalmente, había otra razón: el servicio de caballeros tenía menos posibilidades de ser visto a primera hora, puesto que las primeras que llegaban eran las secretarias; el director, el orientador y los demás llegaban más tarde, y algunos días ni siquiera aparecían.

La policía había interrogado a todos los que de alguna manera estaban relacionados con la Profesora Mandelbaum, incluyendo a los que habían asistido a la primera fiesta que acabó en el suceso de la bañera, y a todos los que habían tenido alguna relación con la víctima antes de que viniera a Harvard y que estaban en Harvard en el momento de cometerse el asesinato. Entre esas personas estaba su anterior marido, «Moon» Mandelbaum, del que se había divorciado hacía más de veinte años, y que había declarado que la coincidencia de su llegada a Harvard había sido puramente casual; y Kate Fansler, que conoció a la víctima cuando estudiaban juntas en la universidad. También habían interrogado a la familia en cuya casa vivió la víctima ocupando el piso superior, y habían declarado que conocían muy poco a su inquilina, ya que tenía una entrada separada; todos los miembros del Departamento de Inglés de Harvard, quienes, sin excepción, no expresaron otra cosa más que su admiración por la víctima y un profundo dolor por su muerte. (Kate hizo una pedorreta). Dijeron que estaba realizando un excelente trabajo. Las secretarias de

Warren House dijeron más o menos lo mismo. También interrogaron a otros profesores de otros departamentos que habían conocido a la víctima de una u otra forma. Aparte de algunos estudiantes y contactos sociales, también tuvo que prestar declaración Luellen May, residente en una comuna de mujeres de Cambridge; Howard Falkland, que había estado presente en la fiesta de Warren House antes mencionada; John Lightfoot, que había conocido a Luellen May en sus años de Harvard; y la asistente de la víctima. No era exactamente una lista completa de sospechosos, pensó Kate, sobre todo porque el más probable, algún miembro de alto rango del Departamento de Inglés, no era tenido muy en cuenta.

Y, aunque con relucencia, tuvo que reconocer que no era probable que lo hubiera hecho ningún miembro del personal profesional del Departamento de Inglés, del cual solo había conocido a Clarkville. Se habían inclinado por un tipo de muerte más lenta, y no tan física como esa. Solo tenían que tratar a Janet con desdén y distanciamiento, rebajarla ante los estudiantes haciéndolos ver que apoyarla no era el camino más rápido para ser apreciados en el cuartel general, y lentamente Janet habría desaparecido de la escena. ¿Para qué levantar todo este escándalo?

Supongamos, sin embargo, musitó Kate, que algún otro departamento de Harvard, temiendo ser el próximo que tuviera que contratar a una profesora por una donación, decidiera asesinar a esta y frustrar todo el esquema. Podían haberle cargado el muerto a Warren House esperando beneficiarse de ello. ¿Pero qué departamento podía ser? En realidad, había tantos que nunca habían tenido una profesora con plaza fija, que uno tendría que sospechar de todo el cuerpo docente de Harvard. «Pues yo sospecho», pensó Kate, «yo sí».

Una nota al final del informe de la policía decía que las transcripciones de los interrogatorios estaban disponibles para las personas autorizadas... etcétera. En resumen, pensó Kate, que no hemos llegado a ninguna parte. Harvard se va a salir otra vez con la suya. Y tú, se dijo a sí misma, te estás volviendo completamente tonta en este lugar. ¿Qué ha hecho Harvard por ti, excepto dejarte entrar en su Instituto de Radcliffe, un maldito y elegante lugar?

Y, en efecto, pensó Kate a la mañana siguiente en su estudio, *era* un maldito y elegante lugar. Si las mujeres no se sentían bien recibidas en otra parte, tampoco lo eran aquí. Y además, Harvard sabía como hacer las cosas. Miró por la ventana y vio un equipo de hombres retirando la nieve. Lo hacen para la graduación, le había dicho Leighton, quitan la nieve y plantan césped en todo el jardín; arrancan todo, pero funciona, luego sale una hierba preciosa. Kate apenas tendría tiempo de verlo. Si Leighton se graduaba, si se quedaba hasta entonces, si la vida continuaba...

Una llamada en la puerta y apareció otra vez la antipática recepcionista; esta vez, sin embargo, su irritación y malos modales estaban suavizados, si acaso ligeramente, por una sombra de temor.

—¿Otra llamada? —preguntó tímidamente Kate.

—Lo ha adivinado —contestó la recepcionista, girando sobre sus talones.

—Hombre, desde luego —dijo Kate en voz baja. Si Clarkville ha encontrado otro cadáver, pensó malhumorada, ya puede ir buscándose a otra para contárselo.

Pero era Moon. Había sido arrestado, acusado del asesinato de Janet, y le permitían hacer solo una llamada. ¿Podía buscarle un abogado y salir bajo fianza cuanto antes? Si no era así, desde luego lo comprendería; ya había estado antes en la cárcel, cuando le detuvieron durante unas manifestaciones en el Sur a favor de la paz, pero simplemente pensó que debía decírselo.

—Si tienes dudas, te diré que yo no lo hice —dijo Moon.

Capítulo 8

De hecho, algunas veces pienso que solo la autobiografía es literatura.

Virginia Woolf

Tan solo una vez, durante un veraneo en Berkshire, había tenido Kate necesidad de llamar a un abogado de Boston. Había estudiado en la Facultad de Derecho de Harvard con Reed, era un abogado criminalista, y decidió llamarle de nuevo para pedirle un favor. Resultaba difícil, desde luego, incurrir de repente en la vida de un abogado famoso, pero seguían siendo amigos desde entonces; ella se había casado con Reed y tal vez pudieran verse ahora, aunque Reed estuviera en Lhambamamba.

—Tenía que haberlo imaginado —dijo John Cunningham cuando se puso al teléfono—. Ese lío de Harvard, ese embrollo con la primera mujer profesora. ¿Cómo no me habré dado cuenta antes de que tenías que estar metida en ello? Después de todo, sabía que andabas por ahí, pero aunque no estuvieras, tenía que haber sospechado que irías. ¿A quién han metido en la cárcel esta vez? Espero que no sea Reed.

—No —dijo Kate—. Reed está haciendo un viaje como asesor de la policía. Estoy sola en esto, pero han arrestado a un amigo mío acusado de asesinato.

—¿Tiene alguna relación con la víctima?

—No —dijo Kate—. Excepto que estuvieron casados hace años.

—¿EXCEPTO? —Cunningham casi le rompe el tímpano. Luego hizo una pausa mientras consultaba su agenda con la secretaria—. ¿Puedes venir a mi oficina? Veremos lo que podemos hacer para conseguir la fianza. No deberían haberle arrestado, de eso estoy bastante seguro, lo único que quieren es echar agua al fuego. Confío en que no haya estado antes en prisión. ¿Tiene antecedentes?

—Bueno —dijo Kate—, participó en las manifestaciones del Sur con Martin Luther King, y después en las que se hicieron por la paz. Me parece que sí ha estado en la cárcel —Kate se sorprendió a sí misma por intentar disculparle.

—Excelente, excelente. Alegaremos prejuicio, abuso de los archivos policiales, en fin, algo. No hay por qué preocuparse. Adelante, buena mujer, ánimo, ya sabes donde me tienes.

Cuando, una vez cumplido el plazo y los requisitos legales, Moon fue puesto en libertad bajo fianza, fue con Kate a ver a Cunningham a su oficina. El abogado, que oscilaba alternativamente entre el hombre serio y el amigo, se mostró absolutamente severo con Moon. Kate, sin dejar de mirar a Moon, y viendo que no era el más indicado para apelar a Cunningham, intentó enfrentar el hecho de que fuera en verdad un asesino, incluso el asesino de Janet, y aún no se podía descartar esa posibilidad.

Kate sabía que intentar eliminar eso era una cuestión puramente personal: no era posible que hace años hubiera podido sentir una atracción tan fuerte por un asesino, y mucho menos hacer el amor con él (pensó para sus adentros) en los años siguientes. ¿Podía ser posible que Moon se hubiera enredado en una reyerta marital o postmarital con Janet, y hubiese perdido su permanente frialdad?

La mente de Cunningham elaboraba la misma teoría, solo que él no tenía ninguna necesidad de encontrar inocente a ese hombre.

—¿Qué motivos podía tener yo? —preguntó Moon.

—A nadie le importan los motivos —gritó Cunningham—, por lo menos a mí no, y a la policía tampoco. Ellos solo tienen en cuenta la situación y los medios utilizados. Y aunque se interesaran por el móvil, el hecho de haber estado casado con ella ya es suficiente motivo para ellos.

—Si el matrimonio es motivo suficiente para matar... —insinuó Kate.

—Por favor, Kate, estate callada. Sabes perfectamente bien lo que quiero decir. La mayor parte de las víctimas son asesinadas por sus familiares, y las esposas y esposos, recientes o anteriores, son los que se llevan la palma. Lo que quiero decir es que no se necesita un motivo muy rebuscado, basta con una pelea acalorada y un montón de recuerdos amargos y recriminaciones mutuas.

—Bueno, pero nosotros no nos peleamos —dijo Moon—, ni en frío ni en caliente, y tampoco nos echamos nada en cara. Apenas hablé con ella la única vez que nos encontramos. No había nada de qué hablar.

—Pues parece que ha tenido mucho de qué hablar con Kate.

—Eso es diferente. Siempre la he tenido mucho cariño. Creo que ya la amaba cuando me casé con Janet.

—Todos amamos a Kate —dijo Cunningham—. Estoy seguro de que es gracias a su encanto por lo que yo paso gran parte de mi vida profesional sacando bajo fianza a sus amigos académicos por cargos de asesinato. Supongo, sin embargo, que Kate no fue la razón por la que vino a Harvard, mientras que Janet pudo muy bien serlo —no me interrumpa, tenemos que ver esto como lo ve la policía—, y usted probablemente se sorprendió tanto como yo al enterarse de que Kate estaba en Harvard.

—Bueno, no exactamente —dijo Moon.

—En nombre de Dios. ¿Qué significa «no exactamente»? Quiero la historia completa, Sr. Mandelbaum, la quiero ordenada, y la quiero ahora mismo. ¡AHORA!

—Yo también —dijo Kate.

—Tú cállate —replicó Cunningham—. Kate, debes tener en cuenta que la oficina

del fiscal va a solicitar la condena de este tipo si va a juicio. Tenemos que asegurarnos de que la policía no ha pillado un buen caso. Y en este instante lo tienen, y también tienen montones de dinero, tu dinero. Así que, por favor, cállate.

—Lo intentaré. Pero si se me ocurre alguna pregunta que sea realmente inteligente, podré hacerla, ¿no?

—Maldita sea, sí. Pero sigamos con esto. Adelante Sr. Mandelbaum.

—Preferiría que me llamara Moon, como todo el mundo.

—Yo no soy todo el mundo. Soy un abogado criminalista exageradamente caro. ¿Es usted doctor? Le llamaré Dr. Mandelbaum.

—Con señor será suficiente —dijo Moon.

—¿Pero es usted doctor o no?

—Sí.

—¿Es realmente profesor? ¿No un imitador? ¿No lleva una vida fantasma que deba contar aquí?

—Una vida totalmente fantástica, pero tengo el título de doctor. Kate puede dar fe de ello. Soy profesor. Dirijo un programa de composición literaria en Minneapolis.

—Ojalá se hubiera quedado allí dirigiendo su curso —dijo Cunningham.

—Pues no —dijo Moon—. A pesar de todo esto, no.

—¿Podemos volver ya a la situación y a los medios utilizados? —dijo Cunningham—. A menos que quiera hablarnos de las bellezas de Harvard.

—En realidad, tuve los medios. O, al menos, pude haberlos tenido.

—¿Qué quieres decir con que tenías los medios? —preguntó Kate.

—Cállate, Kate.

—Sí, señor.

—Lo que quiero decir —continuó Moon—, es que tuve acceso —no sé si esa es la palabra— al cianuro cuando estuve en el ejército. En la Segunda Guerra Mundial, Filipinas. Si quiere que le diga la verdad, fue más que acceso, y sé, lo sé, sé que quiere la verdad. ¿Sabe? Debería relajarse un poco. Intente ser un poco más tierno.

—¡YO NO SOY TIERNO! —gritó Cunningham furioso—. No sabía que eran tan melosos en Minneapolis.

—Lo siento —dijo Moon—. No era difícil ocultar cualquier cosa después de la guerra. Probablemente no lo sea después de cualquier guerra. Los soldados siempre están robando cosas, de su propia unidad, del enemigo, de cualquiera. Es igual, el caso es que vi demasiado y, sinceramente, quería tener todos los medios para acabar con todo, en caso de que los recuerdos fueran demasiado malos.

—¿Le habían asignado a usted a cargo de los fármacos?

—Oh, sí. Íbamos en la vanguardia del ataque. Sabíamos lo que ocurriría si nos capturaban o nos perdíamos. De todas formas, teníamos veneno en gran cantidad. Yo lo tenía, no puedo negarlo.

—¿Quién sabía que lo tenía?

—Evidentemente, esa es la cuestión. Cuando salí de allí, cuando regresé a casa,

tal vez lo sabían algunos. Pero luego las cosas se olvidan. A decir verdad, no creo que nadie se enterara. Pero no puedo jurar que no se lo contara a nadie en aquellos días, nada más volver.

—Y fue a la universidad para licenciarse.

—Sí. Eso fue poco después. Después de recuperarme. Quería estudiar teatro, tragedia exactamente. Me parecía que valía la pena. Y allí conocí a Kate.

—Me lo he imaginado. Kate, ¿sabías que tenía cianuro?

—No, no lo he sabido hasta este momento.

—¿Se llevó el cianuro a Harvard? —preguntó Cunningham.

—Por supuesto que no —dijo Moon—. ¿Por qué iba a hacerlo? Bueno, veo que es una pregunta tonta a la vista de la policía.

—¿Y cuando vino aquí no sabía que estaba su exesposa, Janet?

—No. Sé que es un punto delicado, pero es la verdad. Janet me creyó. Como le dije a Kate, aun cuando notaran que había dos profesores nuevos con el mismo apellido, cuando se trata de Mandelbaum, bueno, piensan que no hay nada de extraño encontrar dos Mandelbaum en el área de Boston.

—De hecho —dijo Cunningham—, solo hay media docena de Mandelbaums en la guía telefónica de Boston. Compruébelo usted mismo. De lo que hay montones de páginas es de Connollys y Kellys. Tiene un poco mezcladas las etnias.

—Janet no sabía que yo iba a venir, y yo no sabía que ella estaba aquí. Solo nos encontramos una vez en Harvard.

—¿Mantuvieron algún tipo de conversación?

—Corta y formal.

—¿Puede recordar algo que ella dijera?

—Sí. Aparte de las típicas formalidades e hipocresías, dijo: «Qué gracioso, Moon. Yo era la chica de oro de la facultad, y tú eras un argumentador truculento. Yo escribí un libro importante y tú te dedicabas a tocar la guitarra. Pero al final, tú encajas aquí mejor que yo. ¿No te parece gracioso?».

—¿Y qué dijo usted?

—Le dije que tal vez a mí me resultara más fácil por ser hombre y todo eso, pero que yo sentía que no encajaba bien allí, mientras que ella, creía yo, siempre había apoyado los mismos ideales que Harvard. Intenté decírselo con amabilidad.

—¿Qué dijo ella? —La rapidez con la que preguntaba Cunningham le recordó a Kate un test de rapidez mental.

—Dijo que ella creía haber tenido esos mismos ideales, pero lo dijo con amargura. Luego nos despedimos. Fue durante una cena en honor de Eudora Welty, que había dado un discurso. Si hubiera sido otra, no habría ido; odio esas cosas, pero admiro el trabajo de Eudora Welty.

—Sr. Mandelbaum. Si pudiera, aunque solo sea un momento, dejar de lado los encantos de la literatura, el teatro, y Eudora Welty, ¿le importaría decirme por qué exactamente no le sorprendió ver a Kate en Harvard? ¿Le había dicho ella que iba a

ir?

—No. Ni siquiera sabía que yo estaba aquí.

—Es cierto —dijo Kate cuando Cunningham la miró—. Apareció un día de buenas a primeras en mi estudio del Instituto, poco después de que Janet se pusiera en mis manos. Fue una visión de lo más agradable para unos ojos doloridos.

—¿Cómo se enteró de que Kate estaba allí?

—Lo había leído en la *Gazette*, como le dije a ella. Pero lo sabía de antes. La verdad es que, de alguna manera, fui yo el que lo arregló todo.

—¿Tú? —exclamó Kate.

—Kate, querida —dijo irónicamente Cunningham—, si no siguieras exclamando con ese tono infantil tan encantador, y repitiendo cada sílaba que pronuncia el Sr. Mandelbaum, *tal vez* pudiéramos poner en claro algunos hechos antes de que se nos haga de noche aquí. ¿Qué arregló usted, Sr. Mandelbaum?

Moon dio un suspiro.

—Nunca me lo perdonarás —le dijo a Kate—. Al principio fue todo tan casual. Totalmente casual. Verás, yo tenía una amiga que conocí en las manifestaciones por la paz y que quería ir a Nueva York a ver a su hermano. Bueno, ella y yo nos encontramos un día en Central Square y estuvimos charlando un rato. Ella vivía en una comuna de la que yo había oído hablar, y me contó ese extraño incidente que había ocurrido en Harvard, y en el que estaba metida una de sus amigas que estaba luchando por la custodia de sus hijos. Resulta que yo también conocía a la amiga, y era ella la que se había encontrado a Janet en la bañera. Bueno, al final resultó que Janet le había dicho algo de ti a esta mujer, quien a su vez se lo mencionó a la mujer que yo me encontré y que quería ir a Nueva York a ver a su hermano. Así que, bueno, la convencí para que te convenciera de que vinieras a ayudarlas, por lo de Janet y todo eso.

—¡Moon! —exclamó Kate—. ¡Conoces a Yocasta!

—No muy bien —dijo Moon—. Pero le tengo cariño.

—John, por favor —dijo inmediatamente Kate—, no preguntes quién es Yocasta. Por favor. Lo que está diciendo Moon, en realidad, es que él ayudó a mover el asunto.

—Pensé —dijo Moon— que si salía bien tendría la oportunidad de verte de nuevo. No me creo un tipo de esos que ponen las cosas en marcha.

—Para ser alguien tan meloso —dijo Cunningham—, parece que ha hecho girar muchas ruedas. Y parece que lo ha hecho bien. ¿Qué más tiene que confesar, antes de que los eche a los dos de aquí?

—En realidad, eso es todo —dijo Moon—. Pero la policía descubrió lo del cianuro, y que Janet y yo habíamos estado casados, y que yo no tenía ninguna coartada, así que me arrestaron. Supongo que el hecho de haber sido un «agitador» en el pasado les hizo sospechar de mí.

—Sintetiza usted muy bien, Sr. Mandelbaum. Solo una pregunta más. ¿Dónde está ese cianuro, si es que lo sabe?

—Supongo que estará en Minneapolis, en una caja metálica cerrada con llave donde guardo algunas cosas más. Lleva allí más de treinta años.

—Usted no lo ha sacado de allí, y por lo que sabe tampoco lo ha hecho nadie, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿Estaría dispuesto a dejar que comprobaran si el cianuro sigue estando allí? Creo que no tiene elección.

—Estaría dispuesto, pero prefiero que no lo haga la policía. No confío mucho en ella. Son tan amigos de poner a propósito una evidencia como de encontrarla. Pero si saben de alguien en quien se pueda confiar...

—Espero, Sr. Mandelbaum, que no vaya por ahí expresando esas opiniones sobre la policía. No ayudaría mucho en su caso.

—No lo haré, pero puedo decirle lo que pienso, ¿no?

—Ah, sí. ¿Le importa esperar un minuto fuera mientras hablo con Kate a solas?

—No, en absoluto, Y gracias, Sr. Cunningham.

—Es a Kate a quien tiene que darle las gracias. Solo espero que esa sea su respuesta cuando hayamos acabado todo esto.

Cuando Moon se fue, Cunningham se apoyó en la mesa de su despacho y se quedó mirando a Kate fijamente.

—Estás a punto de darme la charla —dijo ella, sacando un cigarrillo.

—En efecto —dijo John ofreciéndole fuego—. ¿Conoces bien a Moon?

—Le conozco muy bien en algunos aspectos, no tan bien en otros. ¿Qué quieres preguntarme en realidad? Sé la clase de persona que es. Bueno, parece algo turbio, pero sé la clase de persona que es. Evidentemente, muchas veces pensamos eso de alguien y luego nos equivocamos. Pero no sé cómo es su vida cotidiana. Cuando íbamos a licenciarnos en la facultad, le veía casi todos los días, estudiábamos juntos para los exámenes, discutíamos sobre Henry James, a mí me gustaba y a Moon no. Más o menos sabía cómo era su vida con respecto al trabajo. Pero si me dijeras que Moon saltó en una motocicleta y atropelló a un niño, o que ha ido a cazar ciervos, o que agredió a una mujer, no te creería; o si lo prefieres, te diría que no es probable.

—¿Y qué me dices de encolerizarse con su anterior esposa y matarla?

—Para ser tan buen abogado, a veces haces unas preguntas muy tontas.

—Para ser una excelente profesora de literatura, a veces no sabes hacer preguntas. Hasta el momento solo tienes su palabra de que él y Janet no se vieron, no discutieron, no tuvieron problemas entre ellos. Lo tenía todo, los medios, la ocasión, y si podemos descubrirlo, probablemente también el móvil. Solo te pido que tengas todo esto presente en tu cabeza cuando vayas por ahí oliendo el rastro como un sabueso.

—¿Te gustaría adivinar cuál pudo haber sido el móvil?

—Nunca juego a las adivinanzas. Es una pérdida de tiempo. Estoy haciendo ya averiguaciones para comprobar si el divorcio fue real, y no una simple separación

amistosa que se ha desvanecido. También estoy intentando ver cuál fue el convenio de divorcio; tal vez alguno de los dos acordó algo y luego se ha negado a cumplirlo. Pero aunque compruebe todo eso, y estoy bastante seguro de que lo conseguiré, porque el Sr. Mandelbaum puede ser cualquier cosa menos tonto, eso no significa que no tuviera un motivo que no conocemos. Tal vez ella estaba a punto de contarte que cuando estuvieron casados, él solo tenía relaciones sexuales vestido de mujer apache y con un hacha de guerra en la mano, colgado de la lámpara. Tal vez él no quería que tú lo supieras.

—John, no dejas de sorprenderme. ¡Qué ideas tienes!

—Tú estate alerta, querida. No te empeñes en mirar en una sola dirección, porque puede que alguien te sorprenda por detrás. No estás enamorada de él, ¿verdad? Muy bien, ya veo que no, pero al menos sé sensata, aunque estoy convencido de que bajo tu apariencia tan moderna, en el fondo lo eres.

—Normalmente me dicen que soy refinada —dijo Kate, levantándose de la silla—, no moderna. Vaya expresión.

—Kate, amiga mía, ten cuidado. Y sigue en contacto conmigo. Te haré saber lo que descubra del divorcio. Tú me cuentas, yo te cuento, ¿de acuerdo?

—Gracias, John. Sin ti, desde luego, todo sería inútil.

—Eso lo diré yo por ti. Siempre consigues oír lo que un hombre quiere decir, y no solo lo que dice. En eso te admiro.

Kate, desconcertada como siempre ante un cumplido, salió del despacho en silencio. Desde la cabina del vestíbulo llamó a Leighton y le pidió que llamara a Judith para tener la entrevista a la mañana siguiente. Leighton preguntó si podía ir ella también, y su tía le advirtió con firmeza que si quería ser periodista, mejor que entrara a trabajar en un periódico.

Judith se presentó puntual en el estudio de Kate a la mañana siguiente.

—Ha sido muy amable por su parte al concederme la entrevista —dijo—. El periódico me ha dicho que estarán encantados de publicarla, su visión de las mujeres en Harvard y todo eso. Les impresionó mucho que fuera usted quien se ofreciera.

—Te mandé llamar —dijo Kate— con una segunda intención. Seré amable, tendrás tu entrevista. Pero primero me gustaría entrevistarte a ti, saber qué pasó en tu entrevista con Janet Mandelbaum. ¿Estás de acuerdo?

—Bueno —dijo Judith—, espero acordarme. Ni siquiera llegué a redactarla antes de que muriera, porque entre unas cosas y otras, así no podrán utilizarla.

—Bien, eso me favorece a mí, porque me gustaría que me dijeras lo que ella te contó y lo que tú dijiste, tal y como lo recuerdes. No intentes seguir un orden lógico. Sé que cuando alguien rememora un hecho pasado lo recuerda a trozos, y luego hay algo que te recuerda otra cosa que habías olvidado. Así que empieza.

—¿Puedo utilizar la grabadora para acordarme después?

—Muy bien, aunque odio ese horrible aparato. Supongo que Janet también.

—No me dejó utilizarla. Se lo pedí, pero me dio la impresión de que temía que pudiera ser utilizado en su contra de alguna manera. No confiaba en mí.

—No es tanto una cuestión de confianza como de opiniones diferentes. Pero si dejas que la persona vea la transcripción y la corrija, y luego le devuelves la cinta, no veo que haya ningún problema.

—Solo parecía tener miedo —dijo Judith—. No miedo, exactamente, sino ansiedad, angustia. No daba ni una oportunidad para acercarse a ella. Era muy recelosa y suspicaz. No sé cuál es la palabra exacta. El caso es que solo me permitió tomar notas. Si me lo hubiera dicho, las habría traído.

—Solo intenta recordar. Verás, lo importante para mí tal vez no aparezca en tu texto de la entrevista, aunque no tengo ni idea de lo que puede ser.

—¡Uf! —dijo Judith—, tengo una clase a las once.

—Si no me pilla nadie, podemos continuar en cuanto salgas. Lo prometo. ¿Cómo surgió lo de la entrevista? Comienza por el principio, entra en todos los detalles, hasta en los más tontos, y no tengas miedo de aburrirme. Aprovecha, puede que nunca se te vuelva a presentar otra ocasión igual.

—¡Dios! Bueno, la llamé a su despacho, le dije mi nombre y que trabajaba en el *Independent*, le pregunté si podía hacerle una entrevista y, como la conté el otro día en la cena, me preguntó para qué era. Y yo contesté que, como era una nueva profesora, y además mujer, y ella me cortó y me dijo que qué importancia tenía eso. Yo le dije, bueno, lo de la nueva cátedra, y ella me dijo que podía ir a verla después de las horas de trabajo si quería. Así que fui. Tenía su despacho en Widener. Tuvimos el altercado de la cinta, el que acabo de contarla. Me preguntó cuál era mi especialidad, dije que bioantropología, y me preguntó por la sociobiología. Como en Harvard hay tantas ramas de eso, me preguntó en cuál estaba yo, y le dije que no estaba a favor de la sociobiología, y me dijo que ella sí, que al menos había leído que el altruismo estaba en los genes para preservar la especie. Yo sabía muy bien lo que eso significaba, porque se puede decir muy bien cómo piensa la gente en función de cómo responden a la sociobiología. ¿Me sigue?

—Bastante bien. Creo que comprendo. Pongámoslo de otro modo: los sociobiólogos creen que todo está en los genes, determinado antes del nacimiento, programado, digamos. Evidentemente, eso significa, entre otras cosas, que no se puede esperar que una persona llegue a ser más inteligente de lo que es en el momento de nacer. Por otro lado, están los que creen también en la importancia de los factores sociales y culturales y en la posibilidad del cambio. La Profesora Mandelbaum era de los que piensan que todo está determinado de antemano en los genes.

—Exacto, más o menos. De todas formas, yo no hablé mucho, pues solo quería animarla a que ella hablara, así que alabé lo importante que nos parecía tener una mujer profesora en Harvard, ya que era la primera en el Departamento de Inglés, aunque desde luego la mitad de los doctorados son para las mujeres. Pero me pareció

que eso la molestó.

—¿Se molestó?

—Bueno, se enfadó un poco. Me dijo que claro que querían tener a una mujer, pero que a ella la habían elegido por sus logros académicos, y que eso era lo único que debía importar. Así que le pregunté por sus trabajos, porque vi que me lo estaba pidiendo a gritos. Y me contó lo mismo que había dicho en Harvard cuando la eligieron. Así que le pregunté cómo veía Harvard comparado con el lugar donde ella había estado antes, para ver si me hablaba de otra cosa que no fueran sus logros académicos. Y me dijo que no lo sabía todavía. Pero, sí, dijo que la gente donde ella había estado no la machacaba tanto por ser mujer como aquí. Dijo que siempre había habido grandes mujeres especialistas en el siglo xvii. Rosamund algo, y Helen no sé qué, creo, y...

—Rosamund Tuve, Helen White, Marjorie Hope Nicholson.

—Bueno —dijo Judith—. Entonces le pregunté por los estudios de las mujeres, y dijo que no tenían sentido, absolutamente ninguno; que era una manía, que no existía tal cosa, que a ella solo le interesaba la buena poesía. Como puede ver, la entrevista no iba de maravilla. Así que le pregunté por Cambridge, si le gustaba vivir en Cambridge. Leighton siempre dice que Cambridge es una ciudad amplia y frondosa, así que le pregunté si le gustaba porque era frondosa. Vio lo que quería decir yo con lo de frondosa, supongo, pero me dijo que odiaba Harvard Square, el tráfico, el lío de hacer un metro en superficie, el jaleo de los niños, el ruido, los grupos, las parejas —comentó que todo el mundo iba en grupos o parejas— y que nadie aquí era serio. Esperaba que los estudiantes de Harvard fueran personas sensatas. ¿Está segura que le interesa todo esto?

—Continúa.

—Entonces me dijo que no escribiera eso, y le dije que no lo había hecho. Dijo que lo que tenía que interesarme era cómo se sentía ella con respecto a la cátedra, y bueno, empezamos a divagar otra vez. Mencionó la beca Zemurray-Stone para profesoras y me dijo por qué no iba a entrevistar a su actual ocupante, que era también una gran erudita, y la dejaba a ella en paz. Y luego yo dije, «Pero Profesora Mandelbaum, nos importa que las mujeres profesoras tengan aquí un nuevo papel, como usted. Las mujeres estudiamos aquí, pagamos lo mismo que los hombres, sacamos mejores notas, pero cuando miramos hacia arriba, al claustro de profesores, apenas hay mujeres».

—Y ella dijo —añadió Kate, mientras Judith recuperaba el aliento— que habría más si fueran lo suficientemente competentes.

—Exacto. Y también dijo que podíamos ir a colegios universitarios para mujeres si era eso lo que queríamos, y que nunca más quería volver a oír la palabra «papel». Ya sabe —continuó Judith al cabo de un instante—, he oído ese tipo de cosas antes. Quiero decir que hay montones de mujeres que hablan de esa manera; igual que cuando era pequeña veía a montones de padres que se alegraban de que sus hijas

jugaran en la Liga Infantil y en todo aquello reservado hasta entonces para los chicos, pero aun así se encargaban de asegurarte de que no eran lesbianas. Quiero decir que nada de lo que me dijo la Profesora Mandelbaum era nuevo para mí, pero es deprimente oírsele a alguien que se había ganado las cosas de esa manera, pero creo que en el fondo sentía algo diferente.

—¿Diferente? ¿Cómo?

—No sé. Ella podía haber puesto fin a la discusión. Otras mujeres lo hacen. Tuve la sensación, bueno, no exactamente, como si *quisiera* hablar conmigo, pero...

—Como si le doliera un diente y se estuviera hurgando con la lengua. ¿Algo así?

—Bueno, en realidad, si lo pienso fríamente, tuve la sensación de que se sentía sola.

—¿Dijo algo más?

—No mucho. Podía haber sacado algo para el periódico, pero la noticia principal iba a ser un poco negativa: «La nueva profesora no se solidariza con las mujeres». Algo así.

—Eso suena a Margaret Thatcher.

—Eso es exactamente lo que dijo el editor.

—Lo que aún no acabo de ver claro es qué esperaba ella concretamente de Harvard, de su vida aquí.

—Creo que yo lo sé —dijo Judith—. Mencionó algo de una visita anterior que había hecho aquí, y que había asistido a las conferencias de Clarkville sobre los victorianos. Las da en el Sanders Theater, ya sabe, quinientas personas, es un conferenciante extraordinario.

Kate se quedó meditando una vez más en los misterios de la personalidad humana. Al encontrarse con Clarkville en Adams House, después de haberle visto en Warren House, ¿quién iba a pensar que sería un buen orador?

—Creo que quería ser como él —continuó Judith—. Pero desde luego, jamás lo hubiera conseguido en Harvard. La primera semana de clase los estudiantes parece que van de compras a ver en qué clase se meten. Muchos asistieron a las suyas por curiosidad, pero muy pocos se apuntaron a su curso. No parecía interesante, y ella pedía artículos, trabajos escritos.

—Los estudiantes aquí son un poco asquerosos —dijo Kate—. ¿No te lo dijo ella?

—No; se lo oí a los estudiantes con respecto a ella. Leighton también se dejó caer por ahí alguna vez. La ciudad de los tontos, dijo.

—No la de Clarkville —apuntó tristemente Kate.

Capítulo 9

La señorita, en aquel empeño, no parecía rehuir ningún esfuerzo; recurriendo abundantemente, siempre que tenía ocasión, al expediente natural de la interrogación.

Henry James

El retrato de una Dama

Kate y Sylvia almorzaron en su apartamento tras otra de las escapadas de George al amanecer. Kate volvió por fin al silencio, como le había dicho a Sylvia, lejos del intenso ambiente de adolescencia y su consiguiente bullicio. Se sentaron en la sala de estar mirando al río y tomándose un yogur.

—Lo más terrible —comentó Sylvia después de escuchar el relato de Kate— es que Janet probablemente hubiera sido más feliz en un harén, con alguna visita ocasional del sultán y todas las jerarquías claramente establecidas. Es una de esas mujeres que prefieren ver el mundo bajo un prisma fijo, y la pobre estuvo destinada a vivir y morir en una época en que apenas se puede sostener el prisma, y mucho menos enfocararlo.

—Con lo guapa que era —dijo Kate—. Una de las mentiras que más he odiado sobre Charlotte Brontë es que hubiera dado todo su talento por ser guapa. Lo dijo un hombre, desde luego, que no tenía ni idea de nada. A veces pienso que las mujeres poco agraciadas tienen siempre un buen comienzo en la vida: conocen las reglas y saben cómo llevar el juego. El primer sufrimiento que experimentan, la carencia de esa maravillosa autosatisfacción que da la belleza cuando ves a todos los hombres a tu alrededor presumiendo como pavos reales, se ve recompensada más tarde con el talento. Pero dime, ¿qué jovencita creería eso aunque se lo dijeras? Oye, ¿por qué estoy divagando con este tema? Estoy en decadencia, Sylvia. Leighton dice que es sinapsis, y tiene razón. Supongo que quiero decir que a Janet le habrían ido mejor las cosas de no haber sido tan guapa e inteligente; su talento y su belleza solo le proporcionaron soledad, y al final, la muerte.

—Va a venir un hermano suyo —dijo Sylvia—, a llevarse sus cosas. Dejó testamento a un abogado de allí, pidiendo que la enterraran en el panteón donde están sus padres, en el sitio donde se crio. Tiene dos hermanos. A propósito, Janet deja todo

su dinero a sus sobrinos. ¿Te gustaría conocer a su hermano cuando venga?

—Lo que me gustaría es echar un vistazo al apartamento de Janet *antes* de que su hermano la emprenda con sus cosas.

—Seguramente no te dejarán. La policía ha sellado la vivienda para que la familia que vive en la casa no pueda entrar, cosa que les ha molestado mucho. Creo que sería mejor que intentáramos aprovechar la visita del hermano.

—Supongo que la policía ya ha confirmado que no hospedaba a nadie en su casa antes de morir. Tal vez fue allí donde le administraron el veneno.

—Me temo que no hay ninguna prueba de eso. ¿Tienes alguna otra idea? Porque si no, creo que tenemos que afrontar el hecho de que, o lo hizo Moon, cosa que tú niegas, o alguien por motivos totalmente impersonales, bien para librar a Harvard de las mujeres profesionales, o bien para atacarlas, que viene a ser lo mismo y es poco seguro, o —Kate, tienes que aceptarlo— tal vez lo hizo Luellen May.

—Sylvia, Luellen tenía todas las de perder al mezclarse otra vez con Harvard. Se quiso desentender ocultando a la policía que la habían llamado por teléfono para que apareciera en la escena de la bañera. Lo último que querría esa mujer es meterse en otro lío.

—Eso es lo que te ha dicho, querida. Pero por lo que me has contado de tu conversación con ella, parece que está bastante enfadada. Por favor, recuerda que en este momento estamos tú y yo solas aquí. Ahora me vienen a la memoria algunas feministas radicales que casi llegaron al asesinato en los mítines públicos y todo lo que hacían era ofender a todo el mundo, incluidos sus amigos.

—Ese es un prejuicio, Sylvia, y lo sabes. Si tengo que elegir un estereotipo de asesino, prefiero quedarme con Howard Falkland. Hay muchos libros escritos por hombres sobre mujeres asesinadas, es una de sus fantasías favoritas; venganza por haber usurpado sus prerrogativas; prerrogativas sexuales, prerrogativas políticas, sociales...

—No estás viendo a Luellen con tu objetividad habitual, Kate. Si yo fuese Luellen, creo que habría deseado vengarme de alguien como Janet Mandelbaum, que lo consiguió todo sin tener la más mínima consideración por otras mujeres.

Kate se quedó en silencio por un instante.

—Lo único que puedo decir es que yo conozco a Luellen y tú no, y no creo que las mujeres como ella se dediquen a matar a otras mujeres. Pero me doy cuenta de que esa no es razón válida para la policía. ¿Pero me permites que le tendamos una trampa a Howard Falkland, al menos ahora?

—Kate, querida, no es una cuestión de que yo quiera o no, sino de que tú tengas los ojos abiertos. ¿Qué «treta» piensas utilizar con Howard Falkland?

—Pensaba —dijo Kate más sosegada— que podíamos dar una pequeña fiesta aquí, organizar una cena con Andy Sladovski, su mujer, Lizzy, Penny Artwright y Howard Falkland. Hacer una tertulia y dejarlos que hablan.

—Tal vez no quieran venir.

—Le haré creer a Andy que me encantaría que vinieran. Falkland es el único que no querrá venir, pero lo hará como un gesto de cortesía. Uno no rechaza nunca la invitación de un profesor, aunque sea mujer y no pertenezca a Harvard.

—Pues lo haces sin mí. Lo que me pregunto es si Janet no tendrá ningún amigo. Debía tenerlos, ¿no crees? Todo el mundo tiene amigos, ¿o no?

—Tenía a sus antiguos colegas de la otra universidad, y algunos jóvenes, antiguos graduados que la cortejaban y colaboraban con ella. La verdad es que a todos les chocó que preguntara por mí de repente, pero creo que en realidad era porque no tenía a nadie más. Puede que tuviera amigas de la infancia, pero ninguna habría comprendido su problema.

—Kate, yo creo que al final la amistad o la falta de ella va a ser el resultado final que saquemos de todo esto. Si las mujeres cambian su suerte o no, dependerá de sus futuras amistades, lo que Virginia Woolf definió como algo más variado y duradero porque es menos personal.

—Me gustaba más la forma en que lo expresó Louise Bogan —dijo Kate—, si es lo mismo que lo que tú quieres decir: algo entre el amor y la amistad, expresado con un gesto que no es una caricia.

El arresto de Moon apareció en todos los periódicos, pero lo único que consiguió, si acaso, fue aumentar el número de asistentes a su curso de composición. De cualquier forma, había vuelto, y sugirió que si alguien encontraba interesante el asunto, que escribiera una historia sobre el tema, primero desde el punto de vista del estudiante, y luego desde el punto de vista del hombre arrestado. Era un buen ejercicio. Cuando volvió a pasear con Kate por el cementerio de Mount Auburn a finales de febrero, insistió de nuevo en que él no había matado a Janet, y que ella tenía que descubrir quién lo había hecho. Dudaba de que la policía lo permitiera, pero admitió que tenía prejuicios con dicho cuerpo.

La policía de Minneapolis, siguiendo las instrucciones de sus colegas de Boston, había ido a casa de Moon, que estaba ahora subarrendada, y había encontrado las cápsulas del cianuro donde él les había dicho que estaban. Las había contado cuando se marchó de allí, y al parecer la cantidad seguía siendo la misma. La policía las había confiscado, supuestamente con el propósito de determinar que el contenido era cianuro. Moon las había reclamado por ser de su propiedad, pero Cunningham adivinó que no había tenido suerte.

A Kate solo le importaba insistir y preguntarle continuamente por Janet. Se sentía intrigada por esa mujer, y en algún lugar, a pesar de lo que dijera Cunningham, tenía que haber un motivo para matarla.

—Lo que quiero saber es qué fue mal en tu matrimonio. El hecho de que tuvieras otras dos esposas después indica que no debió ser solo culpa de ella.

—Y también es relevante el hecho de que tú, aun siendo una inexperta jovencita, tuvieras suficiente sentido común como para no casarte conmigo.

—Sigo sin ver claro por qué no funcionó lo de Janet. ¿No quisiste intentarlo?

—No, al final no. Se empeñó en que yo fuera alguien que en realidad no era; supongo que el tipo de hombre con el que sus padres hubieran querido casarla: bastante dominante, exitoso, un buen proveedor. Kate, conoces el ideal de hombre mejor que yo.

—Entonces, ¿por qué se casó contigo?

—Eso es lo que he intentado decirte. Al principio parecía que yo era capaz de dominarla. Pero yo solo la deseaba, no quería dirigir su vida. Tienes que recordar que era muy guapa; era deseada por los hombres.

—¿Por qué nadie más intentó dominarla con las mismas intenciones que tú?

—Creo que asustaba a la mayoría de los hombres. Era demasiado inteligente, y aunque quería ser femenina, siempre tenía opiniones muy radicales con respecto a las cosas. A mí me gustaba eso, desde luego, pero luego, bueno, los dos sabemos lo raro que soy —Moon sonrió.

—¿Y crees que en ningún momento le importó lo más mínimo que tú estuvieras en Harvard? Lamento dar tantas vueltas a lo mismo, ya no sé ni lo que quiero preguntar.

—Al principio le preocupaba que yo pudiera hablar a la gente de ella; siempre tuvo muy en cuenta la opinión ajena. Pero supongo que se dio cuenta de que no tenía ninguna intención de hacerlo. Y además, el hecho de que también hubieran fracasado mis otros dos matrimonios, creo que le quitó el sentimiento de culpabilidad que pudiera tener. Kate, si pudiera decirte lo que quieres saber, lo haría, sabes que lo haría.

Kate descartó la idea de la cena. Hubiera sido un gesto de cortesía a la encantadora velada que había pasado en casa de los Sladovski, pero la gente después de comer tiende a amodorrarse y su conversación se torna difusa y anecdótica, mientras que si llegaban después de cenar, dispuestos a tomar la segunda copa de la noche, uno podía encauzar la conversación de una forma inteligente mientras manejaba a Falkland con el licor y la provocación.

—¿Alguna instrucción? —había preguntado Andy cuando comentaron el asunto.

—Pues mira, ya que tan perspicazmente lo preguntas, sí. En el momento que mejor te parezca, empieza a meterte con Clarkville, ataca cualquier aspecto suyo que se te ocurra, pero sutilmente. Yo te echaré un cable. Supongo que Penny también le tiene un poco de manía.

—Sabrás que si esto llega a oídos del viejo, estarás poniendo en peligro dos prometedoras carreras en Harvard.

—Oh, Andy, entonces, no. Ni siquiera mencionaremos a Clarkville.

—Kate, Kate, estoy bromeando. Howard le dirá a Clarkville lo que le gusta oír, no lo que se diga. Yo no pienso quedarme en Harvard. Lizzy no lo soporta por una razón, y yo no puedo apegarme a este lugar por otras. En cuanto a Penny, me encanta

decir que se las arregla muy bien ella sola. Ya oíste la historia que nos contó del *bridge*. No hay de qué preocuparse.

El apartamento de Sylvia, al que se entraba subiendo un pequeño tramo de escaleras, causaba una impresión muy fuerte. Los grandes ventanales, con el río al otro lado, rescataban el inimaginable diseño moderno del apartamento y le daban estilo y carácter. Los muebles eran del mejor danés moderno, y Howard bajó las defensas inmediatamente en cuanto se supo en presencia de dinero. Habría que calar muy hondo en la psique de Howard para hacerle reconocer tal cosa, pero era algo evidente para Kate, quien muchas veces antes había encontrado ya la misma reacción en algunas personas. Kate solo había encontrado una ventaja en el hecho de impresionar de este modo a las personas: las suavizaba, las hacía ponerse a disposición de uno. Razón por la cual se cuidaba de que todo lo que la rodeara no fuera tan impresionante. Durante un momento, se quedó pensativa añorando su apartamento de Nueva York, y a Reed, y su despacho abandonado en la universidad. «¿Cómo he llegado aquí?». Y comenzó la velada.

Llegaron todos juntos, al parecer por petición de Howard. Kate se preguntó qué opinión tendría de ella, en parte por lo que le hubiera dicho Clarkville, en parte por Andy, mezclado con un poco de cotilleo. Llevaba dedicada a la docencia los años suficientes como para saber que uno se encontraría irreconocible en la mayoría de las opiniones, descripciones y relatos de la vida personal hechos por los estudiantes. Afortunadamente, nunca llegaba a enterarse. Y decidió que tal vez lo mejor para empezar la conversación fuera comentar las opiniones de los alumnos con respecto a los profesores, lo exactas o disparatadas que podían ser.

—¿Quién de nosotros podría soportar que le dijeran lo que de verdad piensan de él? —preguntó Kate mientras servía las bebidas y lo que Sylvia llamaba «bocaditos»—. A pesar de nuestra indiferencia, fingida o real, el primer impacto sería horrible, ¿no creéis?

—Yo estaba una vez en el cuarto de baño cuando entraron unas estudiantes y empezaron a hablar de mí —dijo Penny—. Fue una experiencia horrorosa. No podía salir del servicio, y ellas se quedaron allí charlando tranquilamente, durante un tiempo que a mí me parecieron horas. Tuve la sensación de que estaba expuesta al bochorno universal, hasta que al final se largaron.

Mientras Penny hablaba, Kate se dio cuenta de una cosa inmediatamente: Howard se sentía incómodo. No solo porque Penny había mencionado el aseo de señoras, sino porque al decirlo había mirado a las otras dos mujeres que estaban allí, lo cual le hizo caer en la cuenta de que estaba en una habitación con tres mujeres y solo dos hombres, y uno de ellos era él. La proporción para Howard era tan lamentable como poco habitual. Todos sabían, o al menos eso pensaba él, que era un incordio tener mujeres de más. Kate bendijo a Penny por haber tenido un comienzo tan brillante.

—Eso solo demuestra —dijo Andy— lo novatas que sois las mujeres en estos casos. Los hombres llevan años mirando los servicios uno a uno antes de echar una

meada. El problema con la mayoría de las estudiantes es que no creen que de verdad existan las mujeres profesoras, y por supuesto no creen que tengan necesidades como la de orinar.

—Eso es mejor que lo de algún profesor como Clarkville —dijo Penny—, que no cree que las mujeres profesoras sean capaces de pensar.

—Penny —dijo Kate—, ¿no crees que eres un poco dura con Clarkville? Hace poco me he enterado de que asisten quinientos estudiantes a sus conferencias sobre los Victorianos. Creo que es impresionante.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, es un excelente conferenciante —dijo Penny—, y también un gran especialista. Lee todas las lenguas que leyó George Eliot, lo cual no es nada mediocre, e incluso siguió sus pasos cuando ella y Lewes seguían los de Goethe. A Clarkville se le da de maravilla escudriñar y escudriñar en la misma materia. Pero es incapaz de pensar que pueda ser de otra manera. No puede imaginarse cómo hubiera podido ser George Eliot.

—¿Puede hacer eso algún hombre? —preguntó Lizzy.

—Oh, sí. Algunos podrían. Fíjate en Joseph Barry con George Sand. A Clarkville no le interesa hacer eso. Creo que en el fondo piensa que es una lástima que George Eliot fuera mujer. Tenía una mente *masculina*.

—Podéis decir lo que queráis —apuntó Howard—. Llevo el tiempo suficiente en su sección como para saber que sus conferencias son sencillamente geniales. Si creéis que podéis hacerlo mejor, os invito a que lo intentéis, cualquiera de vosotros —esto iba dirigido a Andy y Penny, pero Kate también se sintió aludida.

—A mí no se me ocurriría intentarlo —dijo ella. Se levantó y sirvió más bebida para todos. Cuando le dio a Howard su *bourbon*, tuvo la sensación de que estaba a punto de estallar, y con cierta culpabilidad deseó que lo hiciera.

—Yo no menosprecio su talento —dijo Andy—. Pero hay una cosa clara. Ese curso es una tradición en Harvard. Todo el mundo sabe el tipo de examen que habrá, y nada de trabajos escritos, y si le haces la pelota al jefe de departamento, sea hombre o mujer, bueno, *ellos* son los que corrigen los exámenes. Admito que la gente sigue viniendo a las conferencias porque las encuentra endiabladamente entretenidas, incluso emocionantes.

—No olvidemos —dijo Penny— el día en que Clarkville se retrasó no sé por qué razón, y le dijo a la única mujer de su sección que diera la conferencia; y cuando salió al estrado y se presentó y dijo lo que iba a hacer, la mayoría de los que estaban allí se marcharon sin más.

—Eso no fue culpa de Clarkville —dijo Howard, acabando su *bourbon* de un trago.

—Sírvelte tú mismo —le dijo Kate, señalando las botellas. Howard se sirvió una copa más.

—Y después no dijo ni una palabra en su clase sobre el tema —continuó Andy—. Podía haberles echado la bronca a los alumnos, o darles una charla sobre la cortesía y

esas cosas, pero no lo hizo. Y no me digáis que no sabía lo que había pasado. De todas formas, ¿por qué eligió a una mujer para que hiciera su trabajo?

—Si no lo hubiera hecho, diríais que estaba discriminando a las mujeres —dijo Howard—. Nada os parece bien.

—¿No crees que Clarkville debería haber dicho algo después? —preguntó Andy.

—No, no lo creo. Era su oportunidad y ella la dejó escapar.

—¿Crees que, si hubieras sido tú, la gente se habría quedado allí? —preguntó Lizzy. No había hostilidad en su pregunta; simplemente curiosidad.

—Si quieres que te diga la verdad, creo que se hubieran quedado algunos más. Tal vez podamos saberlo alguna vez.

—Estoy seguro de que a Clarkville no le importará arreglártelo —dijo Andy—. Parece que eres su favorito.

—¿Y por qué no puedo serlo? Pero bueno, ¿qué os pasa a vosotros dos conmigo? ¿Qué tenéis contra mí?

Kate pensó que uno de los dos, o ambos, estaba a punto de decírselo, así que decidió intervenir.

—Creo que se preguntan qué tuviste que ver en el asunto de Janet Mandelbaum la noche que apareció en la bañera.

—¿Por qué pensáis que tuve algo que ver con eso?

—Porque estabas allí —dijo Lizzy.

—¿Y tú como lo sabes?

—Porque se lo dije yo —contestó Kate—. Me lo contó Luellen May. Me dijo que John Lightfoot te la había presentado antes.

Howard refunfuñó malhumorado.

—He caído en la trampa, ¿verdad? Me habéis invitado a venir para meterme en una encerrona.

—Eso solo es verdad en parte —dijo Kate—. Te invité porque quería conocerte. Escuché el trabajo que leíste la otra noche y reconozco que tengo un cierto interés por el Departamento de Inglés de Harvard. Al fin y al cabo, yo también estoy en un departamento de Inglés, y las comparaciones son siempre enriquecedoras. Pero el hecho de que estuvieras en esa fiesta, y que Janet esté ahora muerta, también son motivos, y no lo niego.

—Parece que sois muy habilidosos cuando estáis todos juntos y os empeñáis en demostrar que disiento de vosotros en la mayoría de las cosas —Howard se sirvió otra copa. Kate vio que estaba firmemente decidido a demostrar que era uno de esos tipos que resultan más reveladores y truculentos cuando están trompas—. Bien, pues no estoy de acuerdo, o supongo que no lo estoy. Así que me tenéis atrapado en una habitación con unas feministas. Muy bien, pues yo sigo siendo machista. Creo que las mujeres son más felices cuando respetan a un hombre y tienen hijos con él, que es para lo que las creó la naturaleza.

—Pero no te importa que paguen por ser alumnas tuyas —dijo Penny.

—Por supuesto, creo que se las debe educar como a los hombres. Tienen que vivir con ellos, aunque algunos parece que ya no piensan así en estos tiempos.

Kate parecía sentirse molesta, como de hecho lo estaba, por que Howard hubiera llevado la discusión tan pronto a argumentos tan petulantes. Era ciertamente interesante que se hubiera enfadado con tanta facilidad. Parecía que Lizzy estaba de acuerdo en eso, y empezó a hablar con Howard. Kate se sintió intrigada cuando vio que la escuchaba con más disposición que a ninguna de ellas. Era por sus modales, nada agresivos; su delicadeza, el hecho de que fuera enfermera y no una académica; y, porque presumiblemente, era femenina, y no intelectual.

—Estos son tiempos difíciles para los académicos, Howard —dijo Lizzy—. No te culpo, y tampoco te culpan los demás, porque estés molesto al tener que enfrentar la competencia de las mujeres además de la de los hombres. Sé que hay muchas universidades que quieren contratar mujeres ahora.

—Entonces sabes más que yo —dijo Penny—. Harvard no está haciendo muchos intentos, y muchas universidades dicen que ya tienen a una mujer, o que han cubierto el cupo. Los decanos utilizan la excusa de que han tenido que contratar a una mujer para despedir a los hombres.

—Lo sé, Penny —dijo Lizzy—. Sin embargo, hasta Andy y yo a veces nos enfadamos porque hay más competencia de la que solía haber para ciertos puestos. Esa es la razón por la que los obreros odian a los negros. Lo único que está haciendo Howard es expresar lo que sienten muchos hombres.

—Por supuesto —dijo Kate intentado aparentar que estaba tranquila, o al menos eso esperaba. Una persona podía ser sosegada por naturaleza, como Lizzy, o no serlo; aunque, pensó, nadie ha dicho nunca de Lizzy que tenga chispa, o que sea ingeniosa o animada. A todos nos gusta que nos mimen—. Pero poner algo en la bebida de Janet era ir demasiado lejos para eliminar la competencia, por muy mal que estén las cosas. Además, Janet no era competencia para ti; todo lo contrario, diría yo. Si ya tenían a «su mujer» profesora, seguro que no tenían ganas de contratar a mujeres más jóvenes.

—Escuchad —dijo Howard—, creo que entendéis mal las cosas. Admito que la forma en que actué no es admirable, pero no quería cargarme a Janet, aunque confieso que saqué provecho de la situación. Bueno, algo de provecho. Está bien, no debería haberle dado una bebida más fuerte de lo que ella quería, no debería haber dicho que era una de las hermanas de Luellen, pero vosotros actuáis como si le hubiera puesto un Mickey Finn^[3].

—Eso es lo que pensamos —dijo Andy.

—¿Qué significa que lo pensasteis? —gritó Howard—. ¡Pensasteis! ¿Qué demonios queréis decir? —Se había puesto de pie mirando a Andy como si buscara pelea. ¿Podía llegar a enfadarse tanto como para envenenar a alguien con cianuro? Kate así lo creía. Pero tal vez, se advirtió a sí misma, era eso lo que quería creer.

—Howard —le dijo—, por favor, siéntate y hablaremos. Por favor, siéntate, no te enfades. Contéstame solo a una pregunta: ¿pusiste o no pusiste algo en la bebida de

Janet aquella noche en Warren House? La noche del incidente de la bañera. (O cualquier otra noche, pensó).

—Sí, lo hice. Puse vodka. De acuerdo. Pero no tenía intención de mandar a nadie a Alcohólicos Anónimos. Quiero decir que ella tampoco bebía algo ligero, como *ginger-ale*, o soda; estaba bebiendo Campari. Solamente añadí un poco de vodka puro. Está bien, no debería haberlo hecho, lo sé. Solo quería ver qué efecto le hacía, y debo decir que sobrepasó mis más locas expectativas. Se mareó; bueno, de alguna manera se agarró una buena cogorza y se fue al aseo. Eso es todo lo que tuve que ver con el asunto.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Kate—. Por favor, Howard, dinos qué pasó, paso a paso, y te prometo que haremos todo lo posible para que se olvide el tema, si es que puede ser. Como comprenderás, tenemos que saberlo, ahora que la han asesinado.

Howard había alcanzado el estado de sensiblería. Estaba en el momento de la confesión y el arrepentimiento. Kate hubiera preferido no escucharle, pero tenía que hacerlo.

—Yo estaba allí con una chica, una estudiante graduada. Nada feminista. En realidad, fue idea suya y de los otros emborrachar a Janet. Supongo que pensaron que sería divertido. Bueno, la verdad es que fue idea de ellos hacerla beber algo fuerte. No es que quiera excusarme, a mí también me apetecía hacerlo. Seguramente pensé que a Clarkville le divertiría verla hacer el ridículo. Cuando Janet fue al aseo evidentemente se mareó allí, y entonces entraron las chicas y la metieron en la bañera. Creo que temieron que pudiera estar sufriendo un ataque o algo así. Se desmayó, supongo. Bueno, no iréis a meter en esto a las chicas ¿verdad?, porque estaban verdaderamente asustadas y me contaron lo que ocurrió, y yo más o menos les prometí...

—No las meteremos en ello si podemos llegar a conocer toda la historia, la historia *completa* —dijo Kate con seriedad. «Mantente en el papel de tía seria», se dijo.

—Bueno, una vez que estaba tumbada en la bañera, abrieron la ducha para despejarla, supongo. No estoy seguro de que creyeran que con eso sería suficiente. Escuchad, todo fue una estupidez desde el principio hasta el final, pero no pusimos ningún veneno ni nada malo en su bebida, tenéis que creerme. No pusimos nada excepto licor.

—¿Qué ocurrió después?

—Nos asustamos mucho. Sugerí que acabáramos la fiesta y todo el mundo desapareció.

—Bueno, sí, más o menos, supongo.

—Verdaderamente, digno de elogio. Y luego decidieron coronar la broma llamando a Luellen.

—Odio a las lesbianas —dijo Howard—. Me contó que estaba luchando por obtener la custodia de sus hijos y yo creo que las lesbianas no deberían educar a los

niños. Me había peleado con ella, fue horrible, y bueno, me había sacado de mis casillas.

—Debió ser tan peculiar como sublime —dijo Andy. Kate le miró fijamente.

—Así que pensaste, qué divertido, meter a Luellen en el follón. Le creabas un problema, a Janet le llamarían lesbiana, y habría risa y juerga por todas partes. ¿No es así? —preguntó Kate.

—Realmente, siempre dices las cosas de una forma tan clara —dijo Penny—. En eso te admiro.

—¿Cuándo tuviste la discusión con Luellen? —preguntó Kate.

—Oh, hace tiempo. Tenemos un amigo común. Una vez que fui a su casa ella estaba allí de visita. Hablaban de los viejos tiempos. No sé como empezó, pero el caso es que me ocurrió. Maldecía a los hombres y los culpaba de todo lo asqueroso del mundo, y yo me enganché con ella. Estas mujeres me horripilan.

—Harías mejor en decir «me atemorizan» —comentó Penny.

—De acuerdo, me atemorizan. Lo que necesitan...

—No lo digas —interrumpió Kate—, te lo suplico. A ver si podemos terminar la velada sin poner una nota cáustica, si es posible.

—Lo que *tú* necesitas... —dijo Penny.

—¡PENNY! —ladró Kate.

—Bueno —dijo Howard—, eso es todo. Llamé a Luellen desde Warren House y le dije que una de sus hermanas estaba en apuros.

—¿Y no te emocionó que viniera a ayudar a una amiga? —preguntó Andy.

—Bah, como esas estúpidas mujercitas de las historias a las que siempre atrapa el malo en una casa deshabitada —dijo Howard.

—¿Hay alguien a quien tú irías a rescatar? —preguntó Andy—. Es una simple curiosidad.

—A Clarkville —dijo Lizzy—. Lo sabe todo el mundo. Así que si alguien quiere poner a Howard en un apuro, no tenemos más que decirle que se lo contaremos a Clarkville. Solo hay que saber qué decir, eso es todo.

—Hay una pequeña diferencia —apuntó Penny.

—Que no vamos a discutir ahora —dijo Kate—. ¿Qué posibilidades creéis que tendrán los Red Sox la próxima temporada?

—En Harvard solo hablamos de los partidos que vamos a jugar este año contra Yale, o el año próximo. Pero, de verdad, ¿a quién le importan los Red Sox? ¡En serio, Kate!

Capítulo 10

Pero sonó la nota improvisada que tan a menudo se oye en los hogares modernos. Y con la misma facilidad con que se había ganado, se podía dejar escapar.

E. M. Forster

El Final de Howard

El decano que vivía en la casa donde Janet Mandelbaum había ocupado el ático, estaba ansioso por que sacaran sus cosas de allí para poder encontrar otro inquilino; pero el hermano de Janet tuvo al decano esperando casi dos semanas. Los sentimientos de Kate sobre este retraso eran confusos. Le sorprendía que el hermano de Janet tuviera a Harvard dependiendo de su conveniencia, y que se negara a confiar a nadie de esa institución el embalaje de las cosas de Janet y su posterior envío. El hermano representaba a la familia que había heredado todo y tenía intención de asegurarse de que recibirían todo lo que había pasado a ser pertenencia suya. Eso, al menos, fue lo que dedujo Sylvia, pues la policía se negó a abrir el apartamento a nadie más.

El retraso hasta finales de febrero fue bien acogido por John Cunningham. Como le dijo a Kate, les permitía tener tiempo para que los detectives que había contratado encontraran las pruebas que les había pedido. La misma Kate sentía esa peculiar ansiedad inherente a las situaciones que demandan una solución inmediata, que parece no llegar nunca. Sabía que esta ansiedad resultaba peligrosa cuando se trataba de un caso de asesinato: llevaba a conclusiones precipitadas y, con demasiada frecuencia, a acusar a la persona equivocada. Por eso había sido arrestado Moon, y puesto en libertad gracias a Cunningham. Sin embargo, no estaba libre de sospecha, aunque su extraña blandura de carácter, observó Kate con alivio, le evitaba ser roído por la ansiedad.

Con Luellen la cosa no era tan fácil. Al apartar la vista de Moon, la policía se fijaba ahora esperanzadoramente en ella, y Kate, que temía las acusaciones y comentarios de Luellen, se obligó a sí misma a pasar el mayor tiempo posible en la cafetería, para ofrecer a esta mujer, si no consuelo, sí al menos un blanco seguro al que disparar su agresividad. Y a pesar de haber evitado que la policía emprendiera

cualquier acción precipitada contra Luellen, tampoco creía merecer la ira de esta, aunque le hizo ver que frente a la vida de Luellen, la suya había sido escandalosamente afortunada.

Sin embargo, los sarcásticos ataques de Luellen contra Kate y Harvard eran difíciles de soportar, así como su constante tendencia a considerarlas a ambas como una única entidad culpable de todo.

—Sí, claro —decía Luellen—, a lo mejor no la respetan porque es mujer, y sobre todo una mujer que de vez en cuando defiende el feminismo, pero van y le encuentran una plaza en el Instituto. Chasquea los dedos y aparece un apartamento divino para vivir; sus amistades probablemente le largan a Harvard millones de dólares, y todo eso cuenta —Kate se preguntaba fastidiada si era una suposición o un hecho que daba por sentado—. ¿Cómo va a saber usted lo que es que la interroguen a una montones de veces sin que le crean una palabra? La hace sentirse a una como una desgraciada. Lo que más me cripa es que esos policías no piensan en sus familias más de lo que consideran necesario. Tal vez hablan con sus hijos veinticinco minutos al día. Estoy segura de que andan jodiendo por ahí, pero luego se creen con derecho a sermonearme a mí sobre la familia como si ellos fueran unos santos, y como si yo fuera la escoria de la tierra.

—Ojalá me dejara encontrarle un abogado —repetía Kate por enésima vez, esperando de nuevo la inevitable respuesta.

—Oh, estupendo, la Señora Bondad se interesa por mí como si fuera un caso raro, ¿no es eso? La cuestión es que seguramente no podré ni pagar al abogado que me lleva el caso de la custodia, y mucho menos podré pagar a otro, y todos ellos saben cómo cazarme. Además, ¿de qué me iba a servir? Yo no he matado a esa mujer, nunca he hecho daño a nadie, y no necesito a un abogado para poder decir eso. Ojalá la policía me dejara en paz.

En medio de estas discusiones, Joan Theresa intentaba consolar a Luellen con el hecho de que lo único que quería la policía era acosarla, y la prueba de eso era que no la habían arrestado, como habían hecho con Moon. La pobre hacía todo lo que podía por relajar el ambiente. La cafetería *Maybe Next Time*, con su aspecto poco esperanzador, parecía haber creado una situación acorde a su triste nombre. Solamente Yocasta, a quien la ley no permitía estar dentro, y que por tanto esperaba a Kate en la puerta, parecía encontrarse a gusto consigo misma.

Finalmente Sylvia, cuya habilidad para mover los hilos estaba resultando impresionante, anunció que el hermano de Janet había llegado, que estaba en el apartamento preparando la mudanza de sus cosas, y que estaría encantado de saludar a Kate y dejarla echar un vistazo, siempre, claro, bajo su supervisión. A primeros de marzo, por tanto, el hermano de Janet le abrió a Kate la puerta del ático.

Era un tipo robusto; eso fue evidente desde el momento en que estrechó la mano de Kate y la saludó. Era el tipo de mano que Kate en su interior consideraba exactamente igual que una garra, peluda, fuerte, y apenas prensil.

—Entre, Kate, entre. Me llamo Bill. Supongo que puedo llamarla Kate, aunque sea usted una profesora importante. Al fin y al cabo, mi hermana también lo era, aunque nunca llegué a entender de qué le sirvió. Vaya, tampoco usted está mal. Me pregunto qué las llevó a las dos a meterse en este barullo con todos esos profesores, es algo que me asombra.

—Sí, por favor, llámeme Kate —había decidido acostumbrarse a la nueva moda de llamar a todo el mundo por su nombre. Pero al instante reconoció a Bill como el tipo de hombre al que tendría que engatusar, manejar de una manera que ella despreciaba. Ya había adivinado que esa enorme garra intentaría abrazarla enseguida. Ciertamente era una maravilla imaginar cómo el mismo vientre podía haber engendrado a este gañán y a Janet, pero no era nada nuevo para Kate. De hecho, Bill explicaba en cierto modo la conducta de Janet.

—Sé que quiere echar un vistazo a las cosas de mi pobre hermana antes de que las guarde —dijo—. Me llamó un tipo importante de Boston, o de Harvard, y me lo dijo. Me resulta un poco difícil entender para qué quiere ver una extraña las cosas de Janet antes de mandárselas a la familia, pero supongo que es porque la pobre no murió de una forma muy normal. ¿Por dónde quiere empezar, Kate? —Kate se apartó con tanta sutileza como pudo del brazo que intentaba rodearla.

—No voy a fisgonear más de lo necesario —dijo recatadamente—. Si lo prefiere, podemos mirar sus cosas juntos —esperaba que Bill no lo tomara como una insinuación—. Francamente, lo primero que quiero es captar la sensación de cómo vivía Janet aquí —añadió en un tono más firme—. Está tal como ella lo dejó esa noche, o la mañana en que murió, así que supongo que el único cambio que hay es el polvo y el olor a cerrado.

—Pues claro —dijo Bill, abriendo de golpe una ventana—. Pensaba abrir aunque usted no quisiera. Fíjese qué montón de libros —dijo, mirando a las estanterías—. No la han servido de mucho, ¿eh?

—Bueno, eso no podemos saberlo —Kate había observado a menudo que las personas que no tienen libros parece que siempre sienten consuelo cuando los libros no se levantan en masa y acuden en ayuda de los que poseen grandes bibliotecas cuando pasan por malos momentos.

—Yo creo que si hubiera vivido como una mujer normal, nada de eso habría ocurrido. Estoy a favor de las mujeres que trabajan, desde luego, pero siempre que antepongan al trabajo su hogar y sus hijos. Y también creo que una mujer que no tenga hijos se ha perdido lo mejor de su vida. ¿Usted no?

—Pues, como tendría que decirle que he perdido lo mejor de mi vida, será mejor que no espere que esté de acuerdo con usted.

—Bueno, algunas no pueden —dijo Bill—. Conozco a un tipo que a su hija han tenido que dejarla hueca porque tenía cáncer, así que, me imagino que tendrá que adoptarlos. Es el principio de la vida, ¿no? Al fin y al cabo, ¿qué sería la vida sin niños?

Kate se abstuvo de contestar. Sin duda, el tener hijos debía dar muchas gratificaciones, pero de vez en cuando preferiría que los padres quisieran a sus hijos en silencio; en realidad, a veces hablaban como si quisieran convencerse a sí mismos de algo.

—Yo me inclino a pensar que Janet eligió lo que quería —dijo Kate—. Tal vez le costó más de lo que ella esperaba, pero a veces tener hijos también se hace difícil, ¿verdad?

—Lo que quiero decir es que puso su vida y todo su empeño en llegar a ser profesora y venir a enseñar a Harvard. Bueno, no me importa decir que en casa nos quedamos todos impresionados. Le dije a mi mujer: «Imagínate a Janet en Harvard, con todos esos chicos, y ni siquiera podía con Nick y conmigo cuando éramos niños». Nick es mi otro hermano. Cuando éramos pequeños, Janet siempre intentaba ganarnos y se ponía frenética porque no podía. Era la mayor, claro. Y mi mujer me dijo: «La verdad es que hay que tener mucho coraje para llegar tan lejos. Tal vez lo haya hecho por lo mucho que te metías con ella». Mi mujer dice que Janet llegó a la conclusión de que todos los hombres éramos unos brutos y unos imbéciles, y yo le dije, bueno, a lo mejor no estaba muy equivocada, ¿eh? —Bill remató su discurso con una embestida que Kate tuvo que evadir.

—Janet no estaba hecha para el matrimonio —continuó él—, y va y se casa con un judío. No es que yo tenga nada contra los judíos, pero al fin y al cabo eso demuestra algo, ¿no? Tal para cual, digo yo. Una chica no debería casarse para alejarse de su familia. Me pondría furioso si una de mis hijas se casara con un judío, y no me importa decirlo. A cada uno lo suyo, bastante difícil es ya el matrimonio.

—Tal vez tenga razón —dijo Kate. Era la respuesta que daba Mencken a los que discutían con él más allá de los límites del discurso—. ¿Le importa que me dé una vuelta mientras pienso? —preguntó con una sonrisa de súplica.

—No creo que tenga que pensar mucho en la cocina. Podemos empezar por ahí. No quiero tardar mucho con todo esto, tengo un montón de negocios importantes esperándome en casa.

—Oiga, siento mucho ser una molestia para usted. Déjeme solo echar un vistazo a la cocina, y luego le dejaré tranquilo para que empaquete las cacerolas y todo lo demás. ¿Le parece bien? —No tenía idea de lo que se podía encontrar allí, pero no quería dejar pasar nada por alto.

En la cocina no encontró ninguna pista. Había sido diseñada como parte de la sala de estar, ideal para entretenerse en ella, pero Kate reconoció en seguida los síntomas de alguien a quien no le gusta cocinar, como ella. La superequipada cocina no había encontrado una ocupante que pudiera apreciarla verdaderamente. En el frigorífico no había casi nada, excepto un envase de leche agria, media botella de yogur líquido, y otras menudencias compradas todas en Sage's, la elegante tienda local. Ni en la cocina ni en la sala de estar había señales de ningún visitante. Lo cierto, pensó Kate, es que no hubieran podido encontrar pruebas de nada, excepto tal vez algún sonido,

las extraordinarias precauciones que se tendrían que haber tomado para sacar un cadáver de esta casa. No, Janet no había muerto allí. Es más, era como si tampoco hubiera vivido allí.

—Qué cocina tan triste, ¿verdad? —dijo Bill, haciendo eco a sus pensamientos—. Ni rastro de vida. Me gusta ver las cocinas con mujeres cocinando y haciendo pan en ellas.

Lo que más deseaba Kate era decirle a Bill que se largara a algún sitio y le dejara continuar su registro sin tener que aguantar que la siguiera su aplastante sombra masculina, pero el hombre tenía sus derechos y probablemente medio sospechaba que Kate intentaría esconder algo o quedarse con ello. Lo que ella buscaba seguramente nadie lo encontraría significativo, pero no valía la pena explicarle eso a un hombre con la sensibilidad de Bill.

Lo que más le llamó la atención de la sala de estar fueron los libros. Cunningham le había dicho que la policía había registrado los volúmenes uno a uno para comprobar si había algo escondido en ellos: veneno, por ejemplo, o alguna carta de amenaza. Pero había vuelto a colocarlos en su lugar sin encontrarlos culpables de estos cargos. A diferencia de Bill, a Kate le sorprendió ver los pocos libros que había, es decir, pocos para ser una profesora de Inglés. Los profesores de literatura amontonan libros de la misma manera que un barco acumula percebes, sin ningún esfuerzo aparente. Un académico dedicado a la literatura no puede pasar de largo ante una librería, tal como un alcohólico no puede pasar sin detenerse en un bar. Pero aquí no había evidencia de eso. Janet tenía muchos libros del siglo XVII y se los había llevado todos consigo al trasladarse a Harvard; y también había recibido muchos recientes, seguramente para revisarlos antes de su publicación. Pero sin duda, tales signos de su vida intelectual, el tipo de signos que sobrevive a la muerte, estarían en su estudio.

Aunque no fue así. El apartamento tenía dos dormitorios, Janet había convertido uno de ellos en estudio. Su máquina de escribir, tapada, estaba sobre la gran mesa que había utilizado como escritorio. Había también dos bandejas: en una de ellas estaban los artículos y trabajos escritos que tenía que corregir, y en la otra las cartas que tenía que contestar. Kate estaba familiarizada con ese sistema. Como académica que carecía de una secretaria particular, una tenía dos opciones: o convertirse en un animal feliz y desorganizado, acumulando enormes cantidades de papeles y cartas sin abrir o para contestar, esperando tener un respiro para «hacer limpieza»; o, como hacían Janet y Kate, mantener todo en orden y organizarse el trabajo de una manera provocativa con el mensaje: acabar cuanto antes. Pero a Kate le sorprendió que Janet tuviera cartas atrasadas y las ojeó ante la mirada de Bill. Eran cartas para recomendar a alguien, cartas necesarias para cubrir algunas plazas que estaban pendientes, y todas ellas quedaron sin contestar a la muerte de Janet. Tal vez era por el exceso de trabajo que tenía en Harvard; los comienzos en un lugar nuevo siempre llevan mucho tiempo.

Aparte de esto, sin embargo, observó Kate al abrir el cajón de la mesa, había

pocas señales de que tuviera algún trabajo entre manos. Los especialistas, sobre todo alguien tan productivo como Janet, siempre suelen estar trabajando en algo. ¿Podían haber asesinado a Janet para robarle algún trabajo o estudio y que el asesino se llevase la gloria? Poco probable, pero podía ser la primera señal de un móvil que no implicaba a Moon ni a Luellen, y Kate tomó buena nota de ello. Al fin y al cabo, ¿de qué no era capaz Howard Falkland?

Tampoco había llegado correo desde la muerte de Janet; probablemente se lo habían mandado a la familia tras haberlo revisado buscando alguna pista. Bill se lo confirmó. Se había puesto un poco gruñón y necesitaba que alguien le hiciera caso. Kate le preguntó si habían recibido muchas muestras de condolencia.

—Sí —contestó Bill, encantado de hablar otra vez—, un montón —la familia había mandado hacer tarjetas de agradecimiento, muy bonitas, dijo, y su esposa, Betty, había contestado la mayoría de las veces. Decían: «La familia de Janet Needham Mandelbaum desea expresarle su profundo agradecimiento por sus condolencias», o algo así. Kate sintió un escalofrío por todo el cuerpo, pero esperaba que Bill no se hubiera dado cuenta. Enemiga de los mensajes impresos, intentaba evitar esa práctica en momentos en que había que contestar un gran número de cartas.

—¿Cuántas cartas recibieron? —preguntó—. Es por simple curiosidad.

—Huy, muchas. Cincuenta, tal vez. Eso me dijo Betty, pero no se le dan muy bien las cuentas —algunas de las cartas iban dirigidas a Billy, expresando el pésame por la muerte de su hermana en tan tristes circunstancias. Las que iban dirigidas a la familia eran de profesores, amigos y antiguos alumnos. Kate suponía que no habían sabido a quién dirigirlas. Y seguramente había muchos otros que, sintiendo la muerte de Janet, no tenían ni idea de a quién escribir. La verdad es que a ella no se le hubiera ocurrido jamás escribir a la familia de Janet, a la que pocas veces había mencionado.

—Por lo que tengo entendido, dejé todo a sus sobrinos —dijo Kate.

—Exacto —evidentemente este hecho le había molestado a Bill—. La verdad es que no me parece bien eso de saltarse las generaciones —dijo refunfuñando—. Nick dijo que era en venganza por lo mal que se lo hicimos pasar de pequeña, y porque no nos tenía mucha simpatía. Al menos sabía que la sangre es más espesa que el agua. El dinero no debe salir de las familias.

—¿Qué es eso del agua? —preguntó Kate.

—¿Cómo? —Bill parecía preocupado, incluso asustado.

—Eso de que la sangre es más espesa que el agua. ¿Qué es eso, lo del agua?

—Bueno, pues es, es, agua. Significa que uno está ligado a las personas por la sangre.

—¿Y los que no son de la misma familia están ligados por el agua?

—Supongo que ese es el tipo de pregunta estúpida que hacen los profesores. Todo el mundo sabe lo que significa el refrán.

—Perdone, es que siempre me lo he preguntado. Vamos al dormitorio —dijo, esperando que Bill no la violentara.

La policía había desmontado la cama y no había vuelto a colocarla, cosa que agradeció Kate. Bill parecía dado a gastar bromas sobre la cama, pero evidentemente la pregunta de Kate sobre el refrán le había calmado; seguramente temía a las mujeres intelectuales. Permanecía a su lado callado, exudando impaciencia. En el registro no habían aparecido pruebas de nada. Y tampoco en el armario de los medicamentos. Aparte de lo habitual, este contenía un frasco de fenobarbital, casi lleno con su correspondiente receta, expedida hacía poco tiempo. El dormitorio, aparte de la cama, permanecía intacto.

Había un libro sobre la mesilla, solo uno. Nuevamente, la ausencia de libros de lectura confundió a Kate. Esperaba que hubiera, si no novelas recientes, de ciencia ficción, o algún volumen de análisis cultural tan popular en la época, al menos un libro de crítica o de teoría literaria. Pero el único ejemplar que había en la habitación parecía muy nuevo. Kate lo cogió; era un texto, una Edición Crítica de Norton titulado *George Herbert y los Poetas Religiosos del Siglo Diecisiete*. Por alguna razón, Janet lo había recibido hace poco, aunque en la fecha de publicación aparecía el año 1978. Tal vez ella lo consideraba un libro de texto. Kate pasó las páginas y el libro quedó abierto por la 69. Era un poema completo titulado *Love (III)*¹ El número 1 se refería probablemente a una nota al pie y Kate bajó la vista al final de la página, consciente de la mirada de Bill, que estaba a punto de explotar. La nota era una cita bíblica: «Benditos los siervos que el Señor encuentre velando cuando llegue; en verdad os digo que Él mismo se ceñirá, y les hará sentarse a comer, y se acercará y los servirá. (Lucas, 13:37)». Kate volvió al poema que ya había leído antes. El (III) indicaba seguramente que Herbert había escrito tres versiones del mismo.

*El Amor me dio la bienvenida, aunque mi alma retrocedió
sintiéndose culpable por el polvo y el pecado.
Pero el Amor al instante, observando mi negligencia
desde el primer momento en que entré,
Se acercó a mí, preguntando con dulzura
si carecía de algo.
«Un invitado», respondí, «digno de estar aquí».
«Lo serás tú», contestó el Amor.
«¿Yo, el mezquino, el desagradecido? Oh, Amor,
No puedo ni mirarte».
El Amor tomó mi mano, y, sonriendo, contestó,
«¿Quién creó los ojos si no yo?»
«Cierto, Señor, pero yo he estropeado los míos; deja que mi
vergüenza
vaya donde merece».
«¿Y no sabes que no eres tú quien cargó con la culpa?»
«Oh, Señor, entonces te serviré».*

«Debes sentarte», dijo el Amor, «y probar mi carne»

Y así, me senté y comí.

—¿Qué diablos está mirando? —preguntó finalmente Bill.

—Un poema. Janet a menudo enseñaba basándose en un poema. ¿Le gustaría leerlo? Bill lo miró.

—No entiendo de qué va. No sé leer poesía.

—Fue escrito hace más de trescientos años.

—¿Entonces qué importa? Ahora, quiero decir. ¿Qué tiene que ver con Janet un poema tan viejo?

—Siento estar entreteniéndole. ¿Quiere empezar a empacar por la cocina o por el cuarto de estar? Solo tardaré un momento más —pero Bill no tenía intención de moverse de su lado.

—¿Quiere mirar los cajones de su escritorio? —preguntó él—. Seguramente ahí están las joyas.

—Esta vez mire usted, y yo miraré por encima de su hombro.

Bill, contento de poder hacer algo, atacó los cajones de la mesa con una buena dosis de energía. Kate miró solo una vez.

—¿Le importa que me quede con este libro? —le preguntó, mientras este cogía el joyero de Janet—. Me gustaría tener un recuerdo suyo. Por supuesto, se lo pagaré encantada. La herencia es de la familia y debo pagárselo, pero supongo que no echarán de menos el libro en sí.

—De acuerdo —dijo Bill después de una pausa—. No tendrá nada escrito, ¿verdad? —añadió, suspicaz—. ¿Nada personal?

—Nada que yo vea. Mire usted si quiere.

Bill cogió el libro, pero no encontró ninguna anotación en él. Se lo devolvió a Kate asintiendo con la cabeza. Kate hizo un cheque por el valor del libro y algo más (los precios de los libros aumentan de una manera alarmante) y se lo entregó a Bill, junto con las gracias.

—Gracias por haberme dejado mirar, y por haber sido tan generoso conmigo.

—De nada —dijo Bill sonriente, ahora que por fin se iba. No valía la pena haber intentado tontear con una mujer así—. Pásese a hacernos una visita si va por el Medio Oeste. Que le vaya bien —y con la despedida recuperó su naturalidad.

Kate, con estas insignificantes palabras aún en su mente, bajó corriendo las escaleras y salió del hogar temporal de Janet. Pensó que era comprensible que Janet, teniendo unos hermanos así, hubiera preferido una relación puramente formal con los hombres. Tuvo que reconocer que Bill era motivo suficiente como para que una mujer renunciara al sexo para el resto de su vida.

Capítulo 11

Baluartes masculino durante más de tres siglos, pasando de ser un colegio sectario para hombres a una universidad superior, Harvard ha tardado mucho en reconocer los cambios ideológicos en cuanto al papel de los sexos.

Informe del Comité sobre la condición de las mujeres en la Facultad de Artes y Ciencias

—Te pedí que vinieras a verme, Kate —dijo al día siguiente John Cunningham—, porque esos detectives que me obligaste a contratar han encontrado algunas evidencias. Completamente negativas —añadió en cuanto Kate levantó la vista—, pero tienen su importancia —Kate le miró expectante—. Espero que pienses que ha valido la pena gastarse el dinero en ellos. De todos modos, son una buena firma. Uno de ellos, aunque no lo creas, es profesor de Filosofía, con su doctorado y todo. Prefirió vivir en lugar de pensar en la vida, me dijo. Me imaginé que sabría algo sobre cómo indagar por la universidad, y eso hizo; así que le dimos el trabajo. A propósito, informé en Harvard de cuál era su cometido. No quiero tener más problemas ni suspicacias de las que hay.

—Y supongo que Harvard no puso ningún impedimento.

—Digamos que se lo supe plantear bien. Digamos, además, que soy un destacado licenciado de su Facultad de Derecho, y un generoso contribuyente. Además, y puedo presumir de ello, fui un excelente presidente en el 25 congreso de donantes.

—Y colaborabas en la *Revista de Leyes* cuando estuviste allí. Dime, John, supongamos que hubieras estado por debajo de la media de Derecho, digamos de los que estaban de la mitad para abajo en cuanto a calificaciones, y que además te hubieras interesado por los derechos de los ciudadanos, por ejemplo, o por las mujeres que están en prisión, y que nunca hubieras ganado tanto dinero ni hubieras contribuido con más de diez dólares al año. Supongamos que una de las mujeres encarceladas hubiera sido acusada como Moon y tú la estuvieras defendiendo. ¿Crees que habrías obtenido su permiso, o, en todo caso, su conformidad?

—El problema contigo, Kate, es que eres una mujer rica con complejo de culpa que, si hubiera ido a la Facultad de Derecho de Harvard, habría colaborado en la

Revista de Leyes y habría hecho espléndidas donaciones. ¿Quieres escuchar las evidencias que tengo o no?

—Perdona, John. No me siento precisamente estupenda, como dirían los ingleses.

—¿Y por qué diablos iban a decir eso? No me lo digas. Volviendo al caso que tan febrilmente nos ocupa, resulta que la noche en cuestión, la noche antes de que el cuerpo de Janet Mandelbaum fuera encontrado en el servicio de hombres de Warren House, se reunieron un montón de estudiantes de primer curso en el campus para celebrar la vida, o algo así, y decidieron pasar allí toda la noche. Bueno, no recuerdo exactamente qué estaban celebrando, pero eso no importa. El caso es que empezaron por Weld y otros cuantos colegios, y entre unas cosas y otras acabaron en el jardín de Warren House y unos cuantos, medio borrachos, decidieron tomar el aire y se quedaron sentados bajo los árboles. El único punto importante es el siguiente: el detective cree que, por muy borrachos o colocados de marihuana que estuvieran, es imposible que ninguno de ellos advirtiera la presencia de alguien trasladando un cuerpo a Warren House. Un momento —dijo Cunningham levantando la mano—, sé lo que vas a decir porque yo dije lo mismo. Considerando lo que hacen en público, y el estado en que se encontraban, aparte de que ya cualquier tipo de conducta es bien vista en cualquier parte y a cualquier hora, ¿por qué iban a darse cuenta de algo raro? Bien, te lo diré.

—Por favor —dijo Kate.

—Había dos estudiantes sentadas en la escalinata de Warren House. El dar con ellas fue en parte una suerte, y en parte una habilidad, sobre todo una habilidad de nuestro brillante detective. Y digo esto porque se le ocurrió nada menos que comprobar si había habido alguna queja esa noche. Y las hubo; hubo quejas y protestas repetidas por parte de dos chicas que viven en Weld. Son dos mujeres muy curiosas, porque sus nombres aparecieron juntos en la pantalla del ordenador desde un principio. No interrumpas. Harvard agrupa siempre a las nuevas estudiantes para que sean compañeras de habitación según sus afinidades: las que no fuman, las que están todo el día oyendo música punk, ese tipo de cosas. Parece una pesadilla, ¿verdad? Pero gracias a Dios, ese no es nuestro problema. El caso es que estas dos chicas, como te he dicho, tienen los mismos gustos: quieren tener TRANQUILIDAD, ODIAN LA MÚSICA ROCK y el ruido, quieren trabajar en silencio, etc... Así que, claro, al clasificar los datos, el ordenador las agrupó para ser compañeras de habitación. Y luego, en seguida se hicieron famosas como la pareja que estaba siempre pidiendo silencio en Weld. No sé si son la única pareja cuerda del lugar, o si deberían haberse ido a un convento, pero eso no viene al caso.

—No sé —dijo Kate—, a mí me parece que sí, dada la vida que se lleva hoy. Cuando fui a la universidad, y Dios sabe que fue una horrible experiencia, al menos una podía descansar por las noches y estar en silencio. He paseado por Harvard a todas horas, créeme, y siempre hay música a todo volumen y un ruido estruendoso saliendo de las ventanas. A veces los niñatos ponen los discos al máximo de volumen

y sacan los altavoces *por fuera* de las ventanas. Tal vez esas dos parezcan unas mojigatas, pero no sé por qué ya nadie tiene derecho al silencio. Estoy segura de que a ti no te gustaría tenerme que escuchar por una radio andando por las calles de Nueva York. Le dije esto mismo a mi sobrina Leighton, ¿y sabes qué me contestó? Que si alguien quería tener silencio, debería ponerse tapones en los oídos. Preferí no continuar la discusión.

—Algo raro en ti —dijo Cunningham—. El caso es que estas chicas, al parecer, se rindieron al ver que no podían dormir y se fueron a la Unión a echar una partida de billar —verdaderamente forman una pareja curiosa, lo reconozco—, y acabaron pasando la noche en el pórtico de Warren House. Juran que estuvieron hablando casi todo el tiempo acerca del destino humano y que ni siquiera se adormilaron. Insisten en que nadie pudo entrar en Warren House, y mucho menos llevando un cadáver, sin que se hubieran dado cuenta. Estuvieron allí hasta que empezaron a aparecer los coches y la gente de madrugada, por eso nuestro detective piensa que es imposible que trasladaran el cuerpo allí esa noche. No es definitivo, pero es verdaderamente sugerente.

—¿Qué te sugiere a ti?

—Oye, Kate, de verdad, ¿qué te pasa? Solías ser muy rápida de comprensión. Me sugiere la posibilidad de que muriera en Warren House, desde luego. Clarkville encontró el cuerpo por la mañana, bastante temprano. Mi detective dice: vaya usted mismo y trate de actuar como si estuviera acarreando un cuerpo. Coja un coche, vaya por las calles, cruce el patio, entre por la calle Quincy, o por Prescott. Nadie se atrevería a hacerlo. Asegura, que no pudo haber alguien capaz de hacerlo. Eso significa que Janet Mandelbaum fue andando a Warren House y murió allí. No es que nos aclare mucho, desde luego, dada la cantidad de personas que tienen llaves de la entrada, pero es muy sugerente, Kate, realmente sugerente.

—Mal se le ponen las cosas al Departamento de Inglés.

—Lo has dicho tú, no yo —concluyó Cunningham.

Kate llamó de nuevo desde el teléfono público del vestíbulo. Clarkville estaba en su despacho, acababa de salir de una reunión del departamento. Sí, estaría encantado de verla otra vez, la esperaba en la antigua sala de estar. Poco después, al salir del metro en Central Square, fue andando a Warren House pensando en las dos chicas que habían pasado la noche bajo el pórtico. Puede que fueran unas mojigatas, pero el silencio de las mojigatas molestaba menos a los demás que el ruido que hacían los novatos. Debo probar ese argumento con Leighton, pensó mientras subía las escaleras.

Por primera vez, Kate vio a Clarkville, no como el fastidioso descubridor de un cadáver, ni como a una morsa durmiente en una reunión literaria de Harvard (donde al fin y al cabo el acto había sido terriblemente aburrido), ni como a un famoso y brillante conferenciante de la novela victoriana, sino como a un hombre corpulento

con una buena dosis de autocontrol y un encanto que saltaba a primera vista. Y de repente tuvo que enfrentarse a la súbita revelación de alguien en toda su humanidad, cuando hasta entonces le había sentido tan solo como un espectro, un fantasma.

—Un asunto terrible —dijo Clarkville—. Terrible. Supongo que todavía no ha hecho ningún progreso con respecto a lo que pudo haberle ocurrido a Janet.

—Bueno, alguno hemos hecho —dijo Kate—. Espero que no me guarde ningún rencor por mi participación en todo esto. Han arrestado a una persona y estoy bastante segura de que no es el culpable.

—Fui yo quien la llamó la mañana que encontré el cadáver. Y naturalmente, eso le da todo el derecho.

—Entonces tiene que saber que su muerte afecta a todas las profesoras de una manera general, por tanto es totalmente normal que una de ellas quiera intervenir para descubrir lo que pasó. Tengo la sensación, Profesor Clarkville, de que no le gusta que haya mujeres profesoras. ¿Es eso cierto? Por favor, no piense que imagino que sea esa la razón para matar a una de ellas, incluso de su propio departamento. Espero que vea lo estúpida que es esa idea. Sin embargo, tal vez no le importe decirme qué tiene en contra de las mujeres profesoras en Harvard.

—Sospecho que se ha exagerado mucho mi horror por las mujeres profesoras —dijo Clarkville—. Desde luego, no voy a intentar convencerla de que hubiera preferido que el asunto no se hubiese llevado a cabo, y perdone por mi sinceridad. Pero hay muchos a los que el tema les preocupa más que a mí, o al menos más de lo que a mí me preocupaba. De hecho, pensé que Janet era la mejor persona que podíamos elegir como especialista en el siglo XVII, sobre todo si no queríamos vernos como inundados por los últimos expertos en semiología y deconstructivismo, y, francamente, al final hasta me agradó. Bueno, si me hubieran dado a elegir, habría preferido no tener a una mujer en el departamento. Suelen dar problemas, por la simple naturaleza de las cosas. Pero no soy tan enemigo acérrimo de las mujeres como lo son algunos. Nuestros mejores alumnos son mujeres, y eso es así en la mayoría de las universidades en este momento, así que lo más correcto es que tengan al menos un representante de su sexo dentro del profesorado del departamento. Y también, por supuesto, estaba encantado de que Janet no fuera una feminista radical, de las que se ofenden simplemente porque un hombre tenga la amabilidad de abrirles la puerta —sonrió.

—No creo que ninguna mujer se ofenda por eso —Kate le devolvió la sonrisa—. Con sinceridad, creo que son los hombres más estúpidos los que se inventan esas historias, le abren la puerta a una mujer y luego tímidamente dicen que esperan que no se les considere unos asquerosos machistas por haberlo hecho. Qué pelmazos. ¿Le resulta difícil charlar conmigo? Si es así, dígalo y le ahorraré mis teorías —en realidad, Kate notó que la humanidad de Clarkville empezaba a disminuir cuando se sentía escrutado.

—No, no encuentro difícil tratar con usted. A no ser que insista en defender los

cursos de estudios para las mujeres.

—En los cuales no cree.

—En realidad, ni siquiera creo que exista tal cosa. Como sabe, estoy especializado en George Eliot. Si hay algún otro acercamiento a ella, o a otras mujeres novelistas, esperarí­a poder abrazarlo de buena gana sin tener que etiquetar el curso con el nombre de «estudios para las mujeres».

—Entonces es eso. Su interés varía en función del matiz feminista, y precisamente en eso se basan los estudios para las mujeres. Supongo que ocurriría lo mismo si hubiera que ver a algún autor a la luz de las teorías de Marx, Freud o Einstein. Pero incluso a Samuel Johnson se le estudia ahora bajo un enfoque freudiano.

—Bueno, dicho así parece razonable. Me atrevo a decir que tengo mis prejuicios. ¿Ha venido a escuchar mi opinión sobre George Eliot y el feminismo? Porque si es así, estoy dispuesto —Clarkville se acomodó en la silla—. Solo quiero saber los puntos a tratar.

—No, he venido a discutir una teoría —dijo Kate.

—¿Una teoría literaria? —Parecía que había una nota de esperanza en su voz.

—No. Una teoría sobre la muerte de Janet. Creo que fue en Warren House donde murió. No creo que su cuerpo fuera trasladado hasta allí porque habría sido imposible hacerlo sin que nadie se diera cuenta. Además, ¿por qué llevarla hasta allí si había muerto en cualquier otro lugar?

—Ya veo —dijo Clarkville—. Bien, ¿en qué puedo ayudarla?

—En primer lugar, puede contarme con todo detalle lo que ocurrió aquí la tarde anterior a la muerte de Janet. Permítame insistirle en que sea sincero, no solo por las muchas referencias que podría ofrecer a mi aguda naturaleza y mis rectos principios, sino también por utilizar el chantaje de una manera, digamos, menos frívola. Las cosas han sido muy fáciles hasta ahora para el Departamento de Inglés de Harvard. De hecho, es usted el único miembro fijo de ese departamento que he conocido. Pero si no descubrimos la verdad de esto, puedo prometerle que el Departamento y todos sus miembros se van a ver seriamente implicados en el asunto. Por otro lado, si podemos llegar a la verdad y saber lo que ocurrió, seguro que va a ser menos complicado y bochornoso para todos. Incluso podríamos evitar que algunos miembros tuvieran que verse sometidos a un prolongado y fastidioso interrogatorio.

—¿Hay alguna razón por la que crea que puedo, o que quiero contarle lo que ocurrió aquí esa tarde?

—Digamos que, puesto que quiso compartir conmigo el descubrimiento del cadáver, tal vez quiera que yo comparta mi teoría con usted.

—Verá, el problema —dijo Clarkville, poniéndose en pie y empezando a pasear por la sala— es que una verdad lleva, por así decirlo, a otra que, sin embargo, uno desearía ocultar. No sé si ve lo que quiero decir.

—Lo veo, pero no estoy de acuerdo con usted en la estrategia utilizada. Unas

cuantas personas cultas saben ocultar mejor ciertos hechos que una multitud desorganizada metiendo la pata. Y llegarán a meter la pata, profesor Clarkville, eso se lo puedo asegurar. Y por supuesto les diré lo que sepa o averigüe del asunto.

—Pero todavía no lo ha hecho.

—No. Empecemos por esa tarde. A ninguno de nosotros se nos ha ocurrido pensar en eso. ¿Qué ocurrió la tarde antes de morir?

—Tuvimos una reunión de departamento.

—¿Aquí?

—Sí. En una sala al otro lado del vestíbulo, donde las celebramos siempre. Duró más de lo habitual. No estaba todo el departamento, claro, solo los profesores con plaza fija, incluida Janet, desde luego.

—¿Ocurrió algo durante la reunión que considere...? —No quiero poner las palabras en su boca.

—Hablamos de posibles contratos y ascensos. De eso suelen hablar los profesores cuando se reúnen como cuerpo; sin duda es igual donde usted trabaja. Tenemos que contratar a algunos profesores ayudantes para el próximo curso, hablamos de las especialidades en las que serían necesarios, y el jefe del departamento mencionó que había otra petición para algunos cursos de estudios para las mujeres en el Departamento de Inglés. Nuestro jefe no es exactamente un amante de estos cursos, y, como le he dicho, la mayoría de nosotros piensa que es una moda y que pasará, pero el hecho es que Harvard ha iniciado un programa de estudios para las mujeres y el Departamento de Inglés no puede dar la espalda. Nuestra política, explicó el jefe del departamento, era que diese el curso quien lo deseara. Alguien sugirió que contratáramos a alguna profesora joven que tuviera interés en enseñar algún tema en especial. Luego otro hombre, digamos uno de los más avanzados en este sentido, preguntó por qué dejábamos siempre estos cursos a cargo de los ayudantes. Uno de los problemas que tenemos es que estos cursos no los da nunca un profesor fijo del departamento, desde luego, sea hombre o mujer. Y bueno, entonces todos, más o menos, empezaron a mirar a Janet interrogativamente.

Clarkville hizo una pausa y Kate esperó que continuara. Su conducta indicaba que no lo había contado todo, pero mantuvo el silencio.

—¿Y? —preguntó finalmente Kate.

—Ella, bueno, ella —era evidente que estaba buscando una frase acorde— se hizo la tonta, ya sabe, y se molestó un poco. Empezó a decir que por qué tenían que cargarle el curso a ella, que era una especialista en el siglo XVII; que si había un punto de vista femenino sobre Donne, Marvell y Milton ella no lo conocía, y esto y lo otro... Seguro que se lo imagina. En resumen, que la sugerencia le pareció absurda —Clarkville volvió a hacer otra pausa—. Bueno —continuó—, fue un poco embarazoso para todos. No estamos acostumbrados a las escenas, y menos de ese tipo. El caso es que todo se hubiera pasado por alto y hubiéramos pasado a otra cosa, pero he aquí que uno de nuestros miembros —permítame no mencionar su nombre de

momento— dijo: «Profesora Mandelbaum, ya que ha llegado usted aquí gracias a los esfuerzos de esas mujeres tan devotas a sus estudios, no entiendo por qué quiere adoptar una postura tan soberbia y altanera. Por supuesto que esos programas de estudio son una estupidez, una pura tontería. Así es la acción afirmativa en nuestros días; así es la mayor parte de las cosas que ocurren en nuestro mundo, con gobiernos que arruinan las universidades y todo lo que encuentran a su alrededor. Pero, ya que hemos tenido que cargar con usted, lo menos que podía hacer es ocuparse de este problema que tanto nos afecta».

Kate se quedó mirando fijamente a Clarkville.

—Como diría una estudiante que conocí hace poco, «¡Guau!».

—Sí —dijo Clarkville—. Naturalmente nos pareció mal a todos que dijera eso. Es un hombre de opiniones extremadamente conservadoras. Lo siento, todos los extremos son malos, y desde luego la delicadeza no es su mejor cualidad. Lo que dijo no solo era una grosería, sino que ni siquiera era verdad. Después de todo, encargamos al comité que buscara una mujer que fuera totalmente ajena al tema del feminismo y de los estudios para las mujeres. Pero, tal como veo ahora las cosas, quizás eso fue un error. Y mientras todos protestábamos contra este tipo, Janet empezó a llorar. En silencio, ya sabe, y era evidente que no podía evitarlo, aunque hubiera dado cualquier cosa en el mundo por no hacerlo. Las mujeres son tan conscientes de que los hombres no lloran en público, ya sabe. Me temo que todo fue bastante...

—Bochornoso —apuntó Kate.

—Sí, lo fue. Ninguno de nosotros sabía qué hacer, así que nos quedamos esperando que abandonara la sala. Pero no lo hizo. Siguió allí sentada con las lágrimas corriendo por sus mejillas. Finalmente el jefe de departamento sugirió que lo mejor era aplazar la reunión, y eso hicimos. De una manera bastante abrupta, me temo. Ella estaba todavía sentada y nos fuimos marchando uno por uno. Pensé quedarme, ya sabe, y ofrecerle un poco de consuelo, pero me resultaba difícil saber lo que ella quería. Y esa fue la última vez que la vimos con vida. Todos excepto el asesino, desde luego, como se supone debo añadir ominosamente.

—¿Y han ocultado todo esto a la policía?

—La policía fue muy escueta al interrogarnos. Cuanto menos se hable, antes se arreglan las cosas, como solía decir mi querida madre. Si la sirve de consuelo, creo que todos nos portamos mal con ella; muy mal, de verdad. Pero no estamos acostumbrados a tratar a las mujeres como colegas, y para ser sincero le diré que jamás habría imaginado que Janet pudiera llorar en esa situación, en una reunión del departamento.

Se quedaron sentados durante un momento de silencio. Luego habló Kate.

—Profesor Clarkville, puede que esa fuera la última vez que la vio usted con vida, pero no fue la última vez que la vio, ¿verdad? Quiero decir, aparte de encontrar su cuerpo en el servicio de caballeros.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Clarkville.

—Quiero decir que creo, sé, las secretarias saben, que usted entró en el despacho del jefe de departamento esa mañana. Yo creo que la encontré allí.

Hubo un largo silencio.

—¿Cómo lo supo? —preguntó finalmente Clarkville.

—Una suposición muy ingeniosa. El aseo de caballeros no era un lugar lógico, por las jocosas posibilidades que hubiera sugerido, como indicando que las mujeres allí estaban fuera de lugar. Pero sabemos que el cuerpo fue llevado allí después de morir, de hecho cuando ya había comenzado a ponerse rígido o estaba en pleno efecto, no sé si esa es la frase correcta. El rigor empieza poco después de la muerte y desaparece a las veinticuatro horas. He aprendido mucho de estas cosas, aunque estoy segura de que aún queda espacio para los errores. ¿Por qué llevaría el cadáver al servicio de caballeros? Después de todo, no es un lugar tan ilógico. Mi suposición es que el cadáver tenía las piernas encogidas, por lo que, dadas las circunstancias, la postura encajaba muy bien en uno de los servicios; mientras que dejarlo en el despacho del jefe de departamento le hubiera involucrado a este. Finalmente, ¿por qué creo que la encontré *usted* en el despacho? Nuevamente, se trata de otra suposición. Normalmente la explicación más simple es la que más sentido tiene. La encontré, la trasladó a otro lugar, y al final dijo que «descubrió el cadáver». En cuanto a por qué murió en el despacho del jefe, eso no lo sé. Supongo que no fue usted quien la mató. ¿Por qué supongo eso? Porque usted es un hombre muy inteligente, y no es probable que la matara, ni en ese despacho, ni en ningún otro lugar. Pero se preocupó cuando la encontró en el despacho del jefe de departamento y decidió llamarme a mí y a la policía para que nos entretuviéramos en adivinar la historia. Eso no fue una muestra de amabilidad, o de cortesía, si lo prefiere.

—Sabía que ya estaba muerta —dijo Clarkville—. Como muy bien dice usted, el cuerpo estaba rígido, como en una posición más o menos de persona sentada. Mi primera idea fue sacarla de allí. Pensé en el aseo de señoras, para que pareciera que formaba parte de una conspiración. Tenía la ventaja de que no tendría que haber bajado el cadáver por las escaleras, pero eso era hacer una faena a las secretarias. Me pareció mejor ponerla en uno de los servicios de caballeros. Lo crea o no, la llamé porque pensé que alguien debía ocuparse de ella. No se me ocurrió nadie más y había oído que usted y ella eran amigas —pero estaba claro que el tono razonable de Clarkville ocultaba temor.

—Más o menos —dijo Kate—. Más o menos.

—Espero que crea que yo no la maté.

—Quiquiera que fuese el que la matara —dijo Kate—, estuvo con ella en ese despacho, y la forzó o la convenció para que tomara el cianuro en una bebida. Borró todas las evidencias cuando se marchó. Solamente a Sherlock Holmes le dejan los asesinos briznas de tabaco. ¿Aparte de quitar el cuerpo, no quitó usted ni borró algo más?

—Cielos, no, excepto su bolso, que lo dejé con ella en el servicio. Mi única idea, y reconozco que no es muy digna, fue sacarla de allí. Francamente, pensé que si encontraban allí el cuerpo, jamás terminaríamos con este embrollo. El servicio me parecía un territorio más general. Es interesante, sin embargo —Clarkville musitaba ahora casi al estilo académico—, lo deprisa y fríamente que trabaja la mente de uno en casos de emergencia.

—Supongo que será como en la universidad donde yo trabajo, que una llave abre todas las puertas.

—Sí. Ya hemos hablado de cambiar eso; para evitar el hurto, ya sabe, los ladrones.

—¿Quiere hacer algo por mí? —preguntó Kate.

—Si puedo. ¿Va a contar esta historia a la policía?

—No, hasta que llegue el momento oportuno. Lo que quiero es ver el despacho de Janet. Sé que la policía lo ha dejado para el uso del departamento. ¿Puedo echarle un vistazo antes de que alguien lo vacíe para ocuparlo?

—Desde luego —dijo Clarkville, poniéndose en pie—. Su despacho está en Widener. Le dejarán entrar allí. La esperaré aquí, si no tiene inconveniente. Cuando acabe, pásese a buscarme y nos iremos juntos. Me gustaría saber lo que descubre y hacer parte del camino paseando con usted. Es una tontería, sin duda, pero no puedo creer que una profesora de otra universidad venga aquí a resolver un problema, sea del tipo que sea.

—Gracias —dijo Kate al coger las llaves. Se quedó de pie un momento, mirando fijamente a los ojos de Clarkville. Era perfectamente posible que eso fuera una trampa, que este tipo fuera un maníaco y un asesino, pero lo dudaba. Decidió aprovechar todas las oportunidades. Clarkville se adelantó unos pasos y encendió la luz para que ella pudiera ver hasta las escaleras de la salida; pasó por delante del famoso tocador de señoras, donde empezó todo, pensó Kate al salir.

El despacho de Janet, para su sorpresa, parecía más habitado, como si hubiera hecho allí más vida que en su apartamento. Había algunos libros esparcidos que tal vez había estado leyendo en sus momentos de ocio. Debía de haber pasado mucho tiempo en este despacho, esperando, tal vez, o trabajando. Kate se sentó en la silla del escritorio y miró a su alrededor. Uno de los libros que debía de estar leyendo, y que había dejado encima de la mesa, era el volumen II de la vida de Eleanor Marx, escrito por Yvonne Kapp. Había otras biografías y libros recientes amontonados por la habitación; solo este volumen estaba en el escritorio. No era una biografía que Kate hubiera relacionado a primera vista con Janet, aunque, por lo mismo, tampoco había adivinado que este era el lugar donde solía leer en sus ratos libres. ¿Era este despacho un hogar lejos de casa, donde podían llegar las noticias y ocurrir algo agradable? Reprimiendo sus fantasías, Kate concluyó simplemente que Janet trabajaba más tiempo aquí, se entregaba más a su labor en este despacho.

Cuando volvió a Warren House, Clarkville estaba esperándola donde la había

dejado antes.

—He cogido un libro de su despacho —le dijo—. ¿Cree que le importará a alguien? Ya he comprado uno de sus libros, una edición rústica que tenía en su casa, y estoy dispuesta a pagar por este también. Pensé que debía leerlo para ver qué le interesaba a Janet de Eleanor Marx.

—Quédese con él de todas maneras —dijo Clarkville—. No sé mucho de Eleanor Marx, excepto que tradujo *Madame Bovary*. Es la traducción que utilizan todavía muchos de mis alumnos. La verdad es que jamás hubiera pensado que Eleanor Marx interesara a Janet. Qué poco nos conocemos los seres humanos.

—Ahora que lo menciona, ¿qué tal conoce a Howard Falkland? ¿Es uno de sus estudiantes más destacados?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Clarkville con cierta aspereza en su voz.

—Quiero decir —y le miró a los ojos—, si le cree capaz de poner vodka puro en la bebida de alguien que no está acostumbrado a beber solo porque usted le sugiera que sería algo muy gracioso.

Clarkville se quedó mirando a Kate durante un minuto. Luego apagó las luces y la acompañó a la puerta.

—Howard Falkland —dijo, mientras bajaban la escalinata— está loco.

Capítulo 12

(Es más fácil) reprimir la emoción que sufrir las consecuencias de su desahogo.

George Eliot

Middlemarch

Kate pasó el día siguiente encerrada en su estudio del Instituto. Principalmente leía, pensaba y se paseaba por la habitación. Hacia el mediodía salió a dar otro paseo por Cambridge. Pero las calles, ahora que acababa el invierno, estaban llenas de gente; apenas podía uno abrirse paso por Brattle, ni siquiera andando en fila de uno en uno. Kate se rindió y volvió a encerrarse con sus libros: una novela, dos biografías, y el libro de texto encontrado en el apartamento de Janet que contenía los poemas de George Herbert. Había enviado a Bill un cheque por el volumen II de la biografía de Eleanor Marx. Sin duda los parientes no habían tenido en cuenta las posesiones que tenía Janet en su despacho. Pero Kate era muy escrupulosa en cuestiones de dinero, por no decir pesada; podía prestar una buena suma de dinero sin esperar que la devolvieran, pero no le gustaba tener una mínima deuda pendiente. Este era el tipo de cosas que la hacía parecer tan recta a los ojos de las mujeres de la cafetería *Maybe Next Time*.

Se había aprendido ya de memoria el poema de Herbert, *Love*, y había leído el resto de los poemas que aparecían en la selección para ver si Janet había estado estudiando algún otro. Pero al parecer solo se había detenido en *Love* para examinarlo. Fue entonces, en un momento, al hojear las páginas por enésima vez, cuando captó lo que sus ojos no habían visto hasta entonces: una pequeña anotación con la letra de Janet. Bajo el último poema de Herbert, cuyo título aparecía en la página VIII del índice, había escrito otro título: *Hope*. Desde luego, no tenía página asignada, ya que no estaba incluido en el libro. No se había fijado antes en ello porque Janet tenía una letra tan pulcra que parecía de la misma imprenta.

Salió del estudio otra vez, fue a la calle Garden esquina a Shepherd, y llegó a la Biblioteca Hilles casi corriendo. Le gustaba la Biblioteca Hilles porque, excepto en los períodos de lectura, estaba casi siempre prácticamente vacía. Carecía del ambiente cargado de pasión y risas de los no graduados que llenaba Lamont, la biblioteca de

estos en Harvard. Conocía bien Hilles y subió corriendo las escaleras de madera en dirección al piso que ocupaba la literatura inglesa. Buscaba cualquier colección de los poemas de Herbert, antigua o moderna. Había muchas, y no tardó mucho en descubrir que, efectivamente, Herbert había escrito un poema titulado *Hope*, un poema corto:

*Le di a la Esperanza un reloj que era mío
Pero ella, a cambio, un ancla me dio a mí.
Luego puse ante ella un viejo libro de oraciones
Y ella me envió un ojo.
Con él llené de lágrimas un vaso
Y ella me ofreció unas cuantas espigas verdes.
¡Ah, Caminante! ¡Ya no te daré más!
Yo esperaba un anillo.*

Kate se sentó en una de las mesas y leyó el poema una y otra vez. Lo copió en una hoja de papel que pidió prestada a un estudiante. Luego devolvió el libro a su estante y fue a ver si Moon estaba en su casa. Normalmente estaba siempre a esa hora de la tarde.

Moon le ofreció una cerveza y se prestó a hablar de nuevo sobre Janet.

—¿Crees que ya tienes algo? —preguntó él—. Me gustaría que recuperaras el dinero de la fianza; quisiera saber cuánto le debo a Cunningham y tal vez pida un crédito para pagarle. Me gustaría acabar mis clases y salir disparado de aquí. Como está claro que eres la única persona con la que puedo contar en estos momentos, te hablaré de Janet todo lo que quieras. Pero ojalá supiera de qué te puede servir. Intenta comprenderlo, Kate, no la veía desde hacía veinte años. Es muy difícil que pueda aparecer en mis borrosos recuerdos la pista de por qué fue asesinada o quién la mató. Para ser sincero, te diré que diez minutos después de firmar el divorcio no tenía unos recuerdos estupendos precisamente.

—¿Qué pensabas de su familia? Acabo de conocer a un hermano suyo, una experiencia que espero no tener que volver a repetir.

—Creo que nunca he perdido el tiempo pensando en su familia, y me parece que Janet tampoco. Tenía esos dos hermanos menores que ella, que deben haber pasado su vida compitiendo por el premio al más tonto en el club local de Elks. No quiero que suene a algo tan esnob como puede parecer. Solo quiero decir que si existiera un club cuyos requisitos de ingreso fueran de lo más machista y convencional, los hermanos de Janet habrían sido los socios fundadores.

—¿No discutisteis nunca por ese tema Janet y tú?

—Nunca. Accedí a que nos casásemos por la iglesia, porque la idea de que se casara con un judío ya era bastante difícil de digerir para ellos, pero Janet tenía totalmente claro que la boda era un último gesto de respeto hacia sus ideas. No era una mujer que cambiara fácilmente de convicciones, bien lo sabe Dios, pero creo que

cuando nos casamos ya había sido capaz de separar sus fantasías infantiles de los hechos reales. Seguramente *por eso* fue por lo que nos casamos.

—¿Crees que había tenido una infancia feliz?

—No, en absoluto. Pero siempre tenía la sensación de que iba a recuperar algo de esa niñez, o que se iba a liberar de algo, no sé cómo expresarlo, como si fuera a demostrarles algo cuando fuera más mayor. El problema es que les demuestras que vales, te conviertes en la chica más inteligente del colegio y de la facultad, y lo único que se les ocurre decirte es, ¿cuándo piensas casarte? No creo que Janet quisiera casarse, pero tampoco podía consentir que pensarán que se quedaba soltera por no encontrar marido. Pero en venganza se casó con uno que no era del agrado ni del estilo de la familia. Supongo que yo pagué el pato, sobre todo porque la había estado acosando para que se casara conmigo y pudiéramos acostarnos juntos. Dios, cómo odio los años cincuenta.

—Moon —dijo Kate tras una larga pausa en la que ambos recordaron los cincuenta con disgusto—, si basándote en lo que sabes de Janet, tuvieras que decidir si alguien la mató porque la odiaba a nivel personal, o por lo que ella representaba, ¿con qué te quedarías?

—¿Si la han asesinado por ser la Profesora Janet Mandelbaum o por ser la clase de persona que era? ¿Es esa la pregunta? Por lo que sé de ella, me quedaría con lo último, sin ningún género de dudas. No creo ni por un momento que fuera asesinada porque había ofendido a alguien, aunque la ofensa fuera grave. La asesinaron por lo que era ella, por dónde había conseguido llegar y por lo que representaba. Lo cual explica, desde luego, que no fui yo, como tú bien sabes y espero que puedas demostrar pronto.

—Sé que odias a Henry James, pero reúnes todas las cualidades de su héroe favorito, el más admirado, Strether, de *Los Embajadores*: posees la inalcanzable cualidad de tomarte las cosas como vienen.

—No digo que James no fuera perspicaz, pero demasiado prolijo y complicado en la sintaxis para mi gusto. Me tomo las cosas como vienen, pero Janet no pudo hacer eso nunca. ¿Sabes lo que quería realmente? Quería colaborar con el destino. Quería desempeñar el maravilloso papel que Dios Todopoderoso había creado para ella, o algo equivalente a eso. Por supuesto, nadie colabora con el destino. Si realmente sabemos lo que queremos, el destino a veces colabora con nosotros. Le gustaba el siglo diecisiete, donde Dios aparecía y decía, «Confía en mí, hija mía», o palabras como esas.

—¿Le contaste alguna vez cómo te habías sentido en la guerra?

—Ah, sí. Algunos de nuestros mejores ratos juntos los pasamos hablando de cómo nos habíamos sentido de jóvenes. Eran los momentos en que mejor nos entendíamos, creo, cuando estábamos más cerca el uno del otro. Nunca le gustó mucho el sexo, me parece que ya te lo he dicho, pero a veces le gustaba charlar, le gustaba que la abrazara mientras recordábamos juntos. Si quieres la verdad, creo que

me hacía más bien a mí hablar con ella, que a ella hablar conmigo.

—Solo me queda por hacerte una pregunta, Moon. Piénsalo bien antes de responder, muy bien —y le preguntó.

Así que al final Kate fue a Boston a soltárselo todo a John Cunningham. Habían acordado unos días antes despedir a los detectives; habían hecho muy bien su trabajo, pero los resultados no habían sido positivos. Kate le había dicho a John que el problema del universo —«Dios mío, líbrame de esto», refunfuñó él— era que jamás se reconocía ni se aplaudía ni se comprendía la negatividad. «Todos nos alegramos cuando alguien *hace* algo», había dicho Kate, «aunque al final resulte ser lo que Leighton llama una mierda. Pero ¿quién celebra que alguien evite algo? Nada de felicitaciones, nada de prestigio, nada de aplausos». Cunningham había dicho que le pedía a Dios que Kate no le metiera en estas conversaciones en las horas de oficina. «Eres peor que mi mujer cuando intenta explicarme las necesidades de mis hijos, que son siempre una estupidez, pero lo único que hace es utilizarme y manejarme hasta que doy el sí».

En esta ocasión, Cunningham había quedado en verla al acabar el trabajo en su despacho. Bueno, más bien había quedado en llevarla a cenar a Locke-Ober's, acusándola de que le gustaba porque, como Harvard, tenía prohibida la entrada de mujeres en la mayoría de sus recintos sagrados. Kate lo negó diciendo que le gustaba por sus espinacas a la crema y los modales distinguidos de los viejos camareros, que fingían ser siempre sordos y mudos.

—Solo consentí en venir a este restaurante —aseguró Cunningham cuando se sentaron— porque la cena es tan abundante y tardaremos tanto en comernos todo, que estoy seguro de que tendrás tiempo de acabar la extravagante historia que quieres contarme. A propósito, el caso del Sr. Mandelbaum sale dentro de dos semanas. Espero que no se le ocurra huir estando bajo fianza y me cargue a mí el muerto de tener que explicarle a Reed por qué te dejé que te gastaras ese dinero y luego lo perdiste, sobre todo teniendo en cuenta que se casó contigo por tu fortuna, porque no entiendo qué otros atractivos pudo ver en ti; hablas demasiado y ya te estabas haciendo vieja cuando os casasteis.

—Te prometo que Moon no huirá a Pago Pago.

—Yo también lo prometo. Hasta Moon sabe que Pago Pago es un puerto americano y que será repatriado. No entiendo cómo la gente estos días gasta fortunas en la educación de sus hijas, que acaban sin saber las nociones más elementales de geografía. ¿Tú qué bebes?

—Veamos —dijo Kate mirando la lista de vinos—. Voy a pedir una botella de Vouvray, Clos de Nouys del 71. Sé que es semiseco, pero da la casualidad de que fue una buena cosecha, y a veces, cuando estoy inspirada, dejo los secos.

—Muy bien. Tómate un *whisky* primero. Dos *whiskys*, por favor —le dijo Cunningham al camarero—, ya sabe la marca, y vaya metiendo el vino en una cubeta

con hielo mientras tanto. Tengo la intuición de que vamos a pasar aquí un buen rato.

—John, sé que no te gustan los profesionales como yo, pero ¿no crees que te comportas de una manera un poco machista, incluso para ser tú? ¿Te pasa algo?

—Por supuesto que me pasa algo. Estás a punto de decirme que uno de los más distinguidos profesores de Harvard ha asesinado a una colega femenina porque no podía soportar la idea de que las mujeres de su departamento tuvieran más categoría que él. Voy a tener que defender esa maldita plaza que patrocina un lunático, si quieres saber mi opinión. Y también saldrá a relucir que la profesora era un poco rarita, y tendremos que escuchar a una comisión de expertos debatiendo si la homosexualidad es o no es causa suficiente para llevar a alguien a cometer un asesinato. Y tú vas y me preguntas que qué me pasa.

—¿Entonces crees que lo hizo Clarkville?

—No, no creo que fuera Clarkville. Me dijiste por teléfono que había muerto en el despacho del jefe de departamento, ¿no?

—Sí, así fue. Y Clarkville trasladó el cadáver al servicio de caballeros. No tengo ninguna duda de que le habría gustado matarla, al menos en alguna ocasión, pero no lo hizo. No tuvo la ocasión ni los medios *sine qua non*, como tú dices, y tampoco el móvil. Porque si hay una cosa que Clarkville tenía bien clara es que lo último que necesitaba su departamento era dar publicidad a una mujer profesora. Cualquier tipo de publicidad, excepto, tal vez, que se había unido al Movimiento Feminista y andaba sermoneando sobre el servilismo de la mujer y su esclavitud en una sociedad machista.

—Dios mío, qué alivio. Así que no crees que lo hiciera Clarkville ni ningún otro profesor de Harvard, ¿es eso? Oh, mi querida Kate, ¿no me habrás quitado esa terrible idea para exponerme otra aún peor?

—Bueno, tengo que admitir que la mató un profesor de Inglés de Harvard; de hecho, solo pudo haberlo hecho uno.

—¿Sí? —preguntó Cunningham sin apartar la vista de Kate mientras hacía una seña al camarero para que le llevara otro *whisky* inmediatamente—. Venga, Kate.

—La misma Janet. Tuvo la ocasión, los medios y un motivo. Y un poco de ayuda de todos los de Harvard, es decir, de Harvard y también de un poeta muerto bastante distinguido llamado Herbert.

Para cuando llegó el Vouvray, Cunningham ya empezaba a pensar que valía la pena estar sobrio al día siguiente.

—Cuéntame, cuéntame —dijo—. Te pagaré dos cenas y cinco botellas de las mejores que tengan si puedes convencerme de eso.

—Empecemos por el principio —dijo Kate. John suspiró, pero Kate no le hizo caso—. ¿Por qué culpar a Moon del asesinato? Sé que es el tipo menos capaz de matar a nadie, y mucho menos a la pobre Janet; pero eso no ha sido motivo suficiente ni siquiera para la policía de Boston. Luego, por supuesto, fueron a por la buena de Luellen May. Lo que más nos confundió a todos fue que se viera envuelta tanta gente

que no tenía nada que ver con el asunto. Quiero decir que el hecho de que Moon y yo estuviéramos aquí formaba parte de un pasado, pero daba la impresión de que tenía mucha más relación con Janet de lo que en realidad era. Que Moon estuviera aquí fue pura casualidad, pero ellos no lo creyeron, y menos aún cuando se enteraron de que estaba en posesión de unas cápsulas de cianuro. A Luellen May la encontraron con Janet en la bañera. Y yo, ignorando el pasado, reciente o remoto, sospechaba de Clarkville o de alguien que estaba bajo su mandato. ¿No te gusta la palabra «mandato»? Es consecuencia de haber pasado mi niñez leyendo los libros apropiados a mi edad. Está bien, de acuerdo. Sospechaba de Howard Falkland como instrumento de Clarkville, incluso de otros profesores no mencionados que habían estado mintiendo por debajo.

—Kate, será mejor que puedas probar lo que dices, porque ya empieza a sonar como una de esas historias que la policía no encuentra especialmente divertidas, ni siquiera en los momentos de mayor lucidez.

—Ten paciencia, querido amigo, ten paciencia. ¿Por dónde iba yo? Ah, sí, mis sospechas. En primer lugar, tuvimos el incidente de la bañera. Aquí Howard Falkland se comportó como el imbécil que es, pero no el único culpable de toda la historia. Puso vodka puro, cien por cien, en la bebida de una mujer que no estaba acostumbrada al alcohol.

—A diferencia de algunas que yo conozco.

—Si estás buscando la guerra, la encontrarás.

—Te pido perdón humildemente. Retiro mis palabras. Continúa, buena mujer.

—Probablemente se pasó en la cantidad. Ella no lo notó, desde luego, por el sabor tan fuerte del Campari. Pero lo que él no sabía era que Janet estaba tomando enormes dosis de fenobarbital. No creía en los tranquilizantes, pero se permitía una antigua droga perfectamente honrada que hacía el mismo efecto, mucho más barata y que había tomado muchas veces cuando era joven.

—¿Por qué todo el mundo toma tranquilizantes en estos tiempos?

—Cuando tengas tiempo, si quieres te explico cómo funciona la industria de los fármacos. Debo añadir, además, que las sobredosis de fenobarbital son fatales. Pero es difícil conseguir una sobredosis de tranquilizantes.

—Entonces, ¿por qué sencillamente no se tomó un montón de píldoras de esas y dejó una nota? ¿Por qué el despacho del jefe y el cianuro?

—No quieras ir tan deprisa. Todavía lo estoy elaborando en la cabeza. No tienes que oírlo si no quieres, desde luego.

—¿Qué te hace pensar que tengo escapatoria desde que me llamaste para este caso? Continúa, por favor.

—El alcohol, más una dosis superior a la normal de fenobarbital, provocó el famoso episodio en el tocador de caoba de Warren House. Entonces Howard culminó sus ridículos esfuerzos llamando a una mujer que sabía que era lesbiana y feminista radical. Esto asustó a Janet, puso en peligro la reputación de Luellen May y me hace

sospechar que Howard Falkland es un asesino en potencia. Me imagino que el hecho de emborracharse en una fiesta y luego verse relacionada con esa mujer en una comisaría de policía, debió producir terror a Janet, y no solo terror, sino desesperación. Y desde luego tuvo otro efecto más: Janet preguntó por mí. Y cuando la vi, a pesar de que esto no me interesaba especialmente, me di cuenta en seguida de lo sola que se encontraba. Pobre Janet, no pertenecía a ningún lugar, no encajaba en nada. Y acudió a mí y a Sylvia buscando ayuda. Te explico lo de Sylvia en un minuto. Pero en vez de decirle que era una heroína, una chica estupenda, y animarla a que se esforzara para demostrar a todos esos hombres sus excelentes cualidades, le dijimos que estaba defendiendo los valores femeninos. Totalmente cierto, desde luego, pero nada reconfortante para alguien que había hecho todo lo posible por unirse al club de los hombres y que no concebía la feminidad como algo que valía la pena defender, ni ahora ni nunca.

—¿Cómo se metió Sylvia, quienquiera que sea, en todo esto?

Kate le habló de Sylvia.

—Janet fue elegida para la plaza en cuestión, y Sylvia sabía lo suficiente de política como para saber que se moverían muchas fuerzas para hundir a Janet, y quiso hacer todo lo que estuviera en su mano para impedirlo. ¿Cuántas donaciones de millones de dólares crees que puede haber para las mujeres? No contestes, me pones enferma cuando dices una grosería.

—Así que, después de lo de la bañera, Janet fue de mal en peor.

—Eso me temo. El modelo entero de la desesperación se me hizo evidente cuando vi su apartamento: desnudo, sin vida, algo que jamás había sido un hogar, como si ella supiera que jamás sería su casa; y en la mesilla encontré los poemas de Herbert. No he leído poesía del siglo XVII desde que dejé de dar clases cuando algunos bestias elaboraron hace años el programa de literatura inglesa, pero ni siquiera entonces dedicábamos mucho tiempo a Herbert. Así que llegué a este poema que estaba estudiando Janet, con la mente abierta, sin prejuicios, como uno debería leer siempre la poesía. Mi sensación en cierto modo es que también era la primera vez que Janet lo leía y que el poema la impactó. Su primer libro, ese que la hizo tan famosa, trataba sobre la lectura de Herbert tal como le leyeron sus contemporáneos, no como nosotros le leemos ahora. Pero ella le leía ahora con pasión, supongo, y recibió la carga emocional del poema —Kate hizo una pausa para tomar un poco de vino.

—El poema de Herbert, *Love* —continuó—, habla de un hombre que se considera a sí mismo indigno de su vida y de su religión, y Cristo le invita a que se siente a comer y a ser servido por Él. No necesito decirte de cuántas formas se puede interpretar el poema. Tranquilo, no te lo pienso decir. Lo que finalmente se me ocurrió es que pudo ser leído como una invitación a la muerte, como si uno estuviera ya dispuesto a unirse a Cristo en el cielo, y a llegar allí, además, comiendo. Comiéndose la muerte, tal vez. De acuerdo, no es necesario que me hagas objeciones.

Desestimé esa idea como tal; era una fantasía mía. Y luego me acordé de algo, una conversación bastante confusa en el comedor de Dunster, cuando un joven me dijo que había consultado a Janet sobre un poema de Herbert que había leído Simone Weil. Así que inmediatamente me fui a buscar la biografía más reciente de Simone Weil para ver si encontraba alguna pista. Descubrí que Simone Weil había copiado este poema de su puño y letra; sintió, mientras lo leía, que Cristo estaba *allí*. Weil, querido John, para que no pienses que quiero hablarte de otra feminista, fue una filósofa brillante que trabajó toda su vida por los pobres, los torturados y los marginados. Se identificó profundamente con la pobreza, la persecución y todas las formas de sufrimiento, excepto, desde luego, los sufrimientos que ella había experimentado personalmente: por ser mujer y judía. No se identificó especialmente con ninguno de los dos.

—¿Se suicidó?

—Tal vez. Hizo una huelga de hambre hasta morir, en un momento en que había mucha gente muriendo de hambre durante la Segunda Guerra Mundial. Creo que en parte, murió por no haber tenido un lugar apropiado para sufrir. Lo que interesa recordar es que fue una de las cabezas brillantes de nuestra época. Espero que tengas bien ubicada a Weil, porque estoy a punto de sacar a relucir más mujeres muertas, ficticias y reales, así que, prepárate —pero John, un hombre esencialmente astuto, no aprovechó la ocasión que le presentaba Kate para gastar ninguna broma.

—Después de probar que Clarkville había trasladado de lugar el cadáver de Janet y todo eso, le pedí que me dejara ver su despacho. Había hecho allí su vida en Harvard, eso era evidente. Era allí donde esperaba que llegara, si llegaba, la salvación. Y tenía a medio leer una biografía de Eleanor Marx.

—No parece algo muy a tono con Janet.

—Eso mismo pensé yo, y Clarkville. Pero al salir de allí me fui a leer la biografía de Eleanor Marx. Se había suicidado con cianuro, que en aquel entonces se llamaba ácido prúsico. Nadie, a excepción posiblemente de una amiga a la que estaba escribiendo, sabía que estaba atravesando una aguda depresión. Y más aún —anunció Kate mientras Cunningham le servía más vino—, Eleanor Marx tradujo *Madame Bovary*, cuya heroína, ante la desesperación de no hallar lugar para vivir, ni vida que vivir, se suicida con arsénico. Dijo que lo quería para las ratas. Eleanor Marx dijo que lo quería para un perro. A propósito, era la hija de Marx.

—Arsénico —dijo Cunningham—. Y Janet eligió cianuro. El arsénico es mucho más fácil de conseguir.

—Cierto, en condiciones normales. Pero Janet tenía cianuro. Lo tenía desde hacía muchos años. Se lo quitó a Moon cuando aún estaban casados y Moon le comentó que lo tenía. Solo cogió una cápsula o dos. Yo creo que se tomó dos, temiendo que el veneno fuera menos efectivo al cabo de los años.

—¿No hubiera sido más fácil tomarse píldoras para dormir, o su propio fenobarbital?

—Mucho más fácil. Hay dos factores importantes con el cianuro, que es por lo que lo utilizan los espías y los militares. Es rápido y es irreversible. No hay vuelta atrás, y nadie puede hacer nada por ti.

—¿Por qué lo tomó en el despacho del jefe?

—No tengo explicación para eso; solo lo puedo suponer. Tuvo que ser un gesto hacia un hombre, tal vez incluso una venganza. El jefe de departamento le había quitado toda esperanza ese día. Verás, había otro poema sobre el que ella había estado reflexionando, otro poema de Herbert llamado *Hope*. Este poema sugiere que el poeta había tenido esperanza de recuperar la Esperanza, porque había creído en ella. Termina con la frase: «Ah, Caminante, ¡ya no te daré más! Yo esperaba un anillo». Lo dice muy claramente. Además, si hubiera muerto en su propio despacho no la habrían encontrado hasta que llegara la mujer de la limpieza, subrayando así lo que Janet consideraba el verdadero fracaso de su vida: que nadie la echara de menos. No te he contado la reunión de departamento que tuvieron y todo lo demás. Tal vez eso pueda esperar. Pero es indicativo también del infierno en el que estaba metida.

—¿Le preguntaste a Moon si ella le había robado las cápsulas?

—Sí. Moon me dijo que se las había enseñado una vez. En aquellos días le daba por hablar de la muerte a menudo, y de los terribles momentos de la guerra en el Pacífico. Recuerdo eso. Incluso dijo, con su extraordinaria sinceridad, que se le había pasado por la imaginación que tal vez ella cogiera una o dos, pero luego pensó que todos tenemos derecho a decidir nuestra muerte, y que, de todas formas, creía que Janet era la última persona que sería capaz de suicidarse, y menos aún con cianuro. Pero los años van cambiando a las personas. Y Janet fue siempre una mujer decidida. Una vez que decidió morir, nadie podría haberla disuadido. No tenía más deseo de ser rescatada que el que tenían Eleanor Marx, o Emma Bovary, o Simone Weil. Me gustaría pensar que murió creyendo que había sido invitada a un festín celestial, pero no puedo. Ese tipo de fe solo correspondía a la época de Herbert, y a un tipo de persona como él. Por mi propio bien, desearía creer que lo creyó.

Capítulo 13

Que la Facultad apoya la principal conclusión del Comité sobre la condición de las mujeres: «el número total de mujeres debe incrementarse», e insta a sus funcionarios, jefes de departamento y miembros de los comités de selección, para que trabajen por la consecución de este fin.

Votado en la reunión ordinaria de la Facultad de Artes y Ciencias

Y así, al final, a Kate le quedaba medio curso para dedicarse a sus asuntos. Trabajaba fundamentalmente en la conferencia que iba a dar en el Instituto el próximo mes de mayo. Mientras la redactaba, se la dedicó a Janet. Herbert había escrito:

¿Quién iba a pensar que mi corazón marchito podía haber recuperado el verdor?

Y aunque el corazón de Kate, como la primavera, volvía a brillar, lamentaba que el corazón de Janet no hubiera recuperado el verdor.

Cuando por fin pronunció la conferencia, en el gran salón de Agassiz House, donde se celebraban estos acontecimientos, habló de las nuevas formas posibles para que las mujeres hicieran ficción sobre el destino femenino. («No voy a ir», dijo Moon. «Me niego a contemplarte en tu función polisilábica, estructuralista y teórica». Pero fue).

—¿Y tú te vas a quedar en Harvard para inventar nuevas formas, nuevas ficciones del destino femenino? —La preguntó Sylvia después de la conferencia. Estaban las dos con los pies en alto, mirando las barcas y las balsas en el río, y los jóvenes sentados en la hierba.

—De todas formas tengo que asistir a la graduación de Leighton, aunque eso significa tener que ver a mi familia. Clarkville me ha dado un buen asiento entre los profesores, así que no tendré que sentarme con los parientes. Por supuesto, no se le ocurrió pensar que tal vez me acompañara alguien. Bendito sea su canijo corazón masculino. Es igual, tengo muchas esperanzas puestas en Leighton.

—Janet murió asesinada, de todas maneras —dijo Sylvia. Seguía mirando el río—. Todos tuvimos parte en la conspiración. La dejamos sola, aislada, no le dimos ninguna compañía. Solo tuvo la bienvenida de la muerte.

—Confío en que Harvard al menos tenga alguna noción de lo que el hecho ha significado —dijo Kate—. Ya sabes, de alguna extraña manera, entendemos este lugar mejor que la mayoría. «Poco sabe de Inglaterra quien solo Inglaterra conoce». ¿No fue Kipling quien lo escribió? Si los machos de Harvard lo tienen en cuenta, tal vez su muerte no haya sido inútil.

—Seguro que no. Los profesores del Departamento de Inglés de Harvard pensaron que ya había pasado el momento de preocuparse por las mujeres, que el movimiento feminista había desaparecido de la academia. Dudo que vuelvan a decirlo nunca más, ni que elijan tan mal la próxima vez.

—¿Crees que habrá una próxima vez?

—Ah, sí. La donación sigue en pie —dijo Sylvia.

—Me sorprende, pero juro por Dios que me encanta. ¿Te has dado cuenta de que cada vez menciono a Dios con más frecuencia? La influencia de George Herbert, sin duda.

—Sin duda. La muerte de Janet no ha hecho sino inspirar más al donante. Tal vez haya ahora dos plazas para mujeres. Harvard va a prestar atención a *dos* millones de dólares, podemos estar seguras de que sus corazoncitos son expertos en finanzas de ese tipo.

—¿Podré enterarme alguna vez de quién es el donante?

—Por qué no. Te lo mereces. Pero no debes decírselo a nadie, porque si hay algo que realmente le asusta es la publicidad. No quiere admitir que tiene interés en las mujeres. Tiene negocios con hombres, comercia con ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Querida, es una anciana muy rica, con una fortuna valorada en millones de dólares, y tiene un equipo de béisbol. ¿Sabías que alguien podía ser dueño de un equipo de béisbol? Tal vez tú sí, pero yo no tenía ni idea. Siempre he creído que los equipos pertenecían a las ciudades. Pero resulta que las ciudades tienen la concesión, pero los particulares son los dueños de los equipos, incluso pueden tener los estadios y todo.

—Eres una montaña de información. ¿Cómo demonios llegaste hasta esa mujer? ¿O ella llegó a ti?

—Llegó a la conclusión de que si se estaba gastando cinco millones de dólares al año alegremente en un equipo de béisbol, podía gastarse otro par de millones de golpe en el encantador ejercicio de fastidiar a Harvard. ¿No es estupendo? Me han dicho que asiste a todos los partidos que juega su equipo, en casa y fuera. Se murmura que hay tres tipos de mujeres en la vida de sus jugadores: sus esposas, las mujeres con las que se divierten en los viajes y la dueña del equipo. Como verás, es única en su clase.

—¿Qué la impulsó a patrocinar la plaza de profesora? No parece el tipo de mujer que se interese por las académicas.

—Contribuyó a ello mucha gente. Los millonarios se conocen entre sí, y hubo una reunión en Harvard. Después de todo, un millón de dólares es un millón de dólares, aunque venga de una mujer. Pero lo que parece haber sido la verdadera causa fue el hecho que se produjo en la reunión que te comenté, cuando todas las mujeres de Harvard se congregaron por primera vez. Una de las oradoras era una mujer negra que informó de que no le habían permitido vivir en las residencias cuando llegó a Radcliffe, sencillamente porque era negra. Y resultó que el momento más dramático de la vida de la mujer del béisbol, fue cuando Branch Rickey metió por primera vez negros en un equipo de béisbol. Ella aclamaba a Jackie Robinson mientras los otros jugadores le aplastaban y los aficionados soltaban gatos negros en el campo de juego. Entendió que eso era un prejuicio, y creo que hubiera deseado hacer algo por los negros en Harvard, pero se las arreglaron para convencerla de que Harvard era consciente del problema racial, pero seguía pensando que las mujeres eran criaturas que tenían que tragarse el aprendizaje sin pensar, empeñarse hasta los dientes para pagarse estudios y callarse. Eso fue lo que la convenció; eso y una mujer negra que me gustaría presentarte algún día.

—Creo que me compraré un abono de temporada como muestra de gratitud y seguiré la media de bateos de su equipo. El tipo de cosas en las que una debería pensar ya para la vejez.

Poco después de esta conversación, Kate y Moon quedaron para cenar en la cafetería de la calle Hampshire. Habían sido invitados por Joan Theresa, Luellen May y Yocasta. Moon tenía pensado irse pronto de Harvard, en cuanto acabaran las actividades del curso de composición literaria que dirigía. Rechazó la invitación a quedarse para el curso siguiente. «Ni aunque tú estuvieras aquí», le había dicho a Kate. Le habían devuelto el dinero de la fianza, pero se habían quedado con las cápsulas. Parecía resignado a eso. Kate sabía que ya no las necesitaba.

—Luellen me ha pedido que te pida —le dijo— si puedes testificar a favor de ella ante el jurado, para decir que es una persona responsable y capaz de educar a sus hijos. Lo es, ya lo sabes. Mucho más responsable que su marido, que se parece mucho a tu Howard Falkland, diría yo.

—Bueno, al menos la policía ha tenido que admitir, con más o menos reticencia, que Luellen no tuvo nada que ver con la muerte de Janet, lo cual es más de lo que pueda decir cualquiera de nosotros.

—Kate, la muerte de Janet ha sido declarada oficialmente un suicidio, y te sugiero que te tranquilices y dejes las cosas tal y como están. No me gusta el tono de sensiblería que estás tomando, culpándote y adoptando actitudes impropias de ti. Tú no eres así. ¿Puedo decirle a Luellen que darás fe de su buena conducta cuando vaya a juicio?

—Testificaré —dijo Kate—. No quiero que haya otra víctima de este lío. Pero, y no lo reconocería ante nadie más, estoy un poco harta de sacar las castañas del fuego a Harvard, sobre todo porque me gustaría verlos a todos, y en especial al Departamento de Inglés, asándose lentamente en una parrilla. Ni una palabra de agradecimiento, ni una sola muestra de que la tienen a una en consideración. Prométeme que no dirás a nadie lo que acabo de decir.

—Tus confidencias, igual que tú, están siempre a salvo conmigo —dijo Moon. Dejó a un lado su guitarra y la abrazó un instante—. Te echaré de menos —dijo, y soltó los brazos—. Eres lo único que voy a añorar de Harvard. Desde luego, este no es lugar para mí. Es bueno haberse dado cuenta de una vez y para siempre.

La cena resultó muy agradable. Kate había quedado en no fumar a cambio de tomar vino. Un buen cambio, había dicho Joan Theresa, y le ofreció un vino casero que, para sorpresa de Kate, no estaba nada mal. Siempre había tenido la idea de que el vino casero era muy dulzón. «No podemos negarle nada», había dicho Luellen. «La cena es en honor suyo, por eso Yocasta estará en la ventana donde vamos a sentarnos. Así podrá tirarle la comida si quiere».

En la mesa, cerca de cuya ventana estaba asomada Yocasta, había unas velas encendidas, pero los días ya eran largos y aún había luz solar. Moon, como Andy, pensó Kate, se sentía a sus anchas con las mujeres; poco después se dio cuenta de que no pasaba ningún hombre al restaurante. Es mayor que Andy, pensó, pero eso le hace más original, más adorable.

Al cabo de un rato, se acomodaron mejor en las sillas y, milagrosamente, no hablaron de Harvard.

—Te voy a cantar una canción, Kate —dijo Moon—, para que no eches en falta el tabaco —y tocó y cantó canciones nuevas para Kate. No sabía si se acordaría de ellas, pero fue un momento de comunión, y Kate se sintió muy a gusto. Yocasta, que miraba por la ventana, abandonó la idea de comer y se tumbó.

Cuando se hizo de noche, y después de las despedidas y el intercambio de direcciones, los dos, Kate y Moon, volvieron caminando desde Hampshire a Cambridge, de Cambridge a Maple, y de Maple a Broadway, porque Kate tenía una amiga que vivía en esa calle y le pareció una buena idea pasar por su casa. Después anduvieron hasta Prescott, para decir adiós a Warren House. «Y hola», dijo Moon, porque él no había entrado allí en todo el año. Desde la calle Quincy fueron a la avenida Mass, y desde allí a Harvard Square.

—Tengo el coche en el aparcamiento —dijo Moon—, pero te acompañaré andando hasta tu casa antes de largarme.

—No te irás ahora mismo a Minneapolis, ¿verdad?, en medio de la noche.

—Esa es mi idea. Si me canso, pararé a dormir en cualquier sitio del camino.

—¿No es mejor que salgas mañana temprano? —preguntó Kate.

—Sí.

—Sylvia ha vuelto a Washington. ¿Por qué no te vas por la mañana, de

madrugada, tal vez?

—¿Por qué no? —dijo Moon, poniéndose la guitarra al hombro. Y recorrieron juntos la calle Mount Auburn. ¿Cuándo volverían a verse otra vez?, se preguntó Kate. Harvard representaba el último romance de Moon con lo establecido.

—Me pregunto si alguna vez iré a Minneapolis —dijo Kate.

—Eso no importa. Solo existe el ahora —dijo Moon—. Es lo único que ha existido siempre, pero solo nos damos cuenta de ello cuando llegamos a nuestra edad.

Los Actos de Fin de Curso de 1979 en Harvard fueron más soportables de lo que Kate había esperado. Por una sencilla razón, porque, a diferencia de los padres de Leighton, a ella no la habían invitado a asistir a la Fiesta del Jardín, la Mariscada, la Merienda de los Profesores, la Recepción de los Catedráticos, ni nada de eso. Sentada en primera fila bajo los viejos árboles del campus de Harvard, vio desfilar a los alumnos que se graduaban, al cuerpo de profesores y a los que recibían distinciones especiales. Los únicos discursos los dieron los estudiantes que se graduaban: un hombre de la Facultad de Derecho, y una mujer de los colegios universitarios. El hombre dio el discurso en latín.

Al escucharlos, Kate recordó un acontecimiento que había tenido lugar durante este mismo acto en 1969. Un estudiante de Derecho, dirigiéndose a una audiencia como la que estaba allí en ese momento, suponía ella, bajo los mismos árboles, comenzó su discurso con una llamada a la ley y al orden: «Las calles de nuestras ciudades viven en el tumulto. Las universidades están llenas de rebeldes y agitadores. Los comunistas están intentando destruir nuestro país. Rusia nos amenaza con su poder. Y la República está en peligro. Sí, un peligro que amenaza desde dentro y fuera de nuestra nación. ¡Necesitamos que haya ley y orden! Sin ley y orden nuestra nación no puede sobrevivir». Después de un clamoroso aplauso, el estudiante continuó: «Esas palabras fueron dichas en 1932 por Adolf Hitler». Kate hubiera dado cualquier cosa por presenciar el silencio que se debió producir.

Ahora no había silencio, solo aplausos. Luego fueron concedidos los títulos de licenciados. Una mujer recibió una mención de honor, una científica desconocida para Kate y, por lo que pudo ver, para todos los presentes. Ella, junto con la joven que había pronunciado el discurso y la directora de Radcliffe, fueron las únicas mujeres que pusieron el pie en el estrado. Querida Harvard, pensó Kate.

Entre acto y acto había canciones, o, como tan rotundamente anunciaba el programa: «Para descansar de la monotonía de la entrega de títulos, el Coro y Banda de la Universidad amenizará con su música durante los intervalos». Kate no podía ver a Leighton, pero la vería más tarde en la pequeña ceremonia de South House. Sentada ahora bajo los árboles, se sintió benevolente y un poco sentimental con Leighton; y aunque sabía que ambos sentimientos eran falsos, eso no impidió que los disfrutara plenamente. Los padres de Leighton, su hermano y su insoportable cuñada, estarían con toda seguridad en la ceremonia de South House. Pero había leído con atención la

invitación y decía que después se serviría un cóctel. Esperaría impaciente a que llegara ese momento.

Epílogo

Se supone que Radcliffe va a participar activamente en la creación de una nueva política que afecta a las mujeres y que va a servir como defensora de una comunidad universitaria que cuenta con un largo historial de lentitud con respecto a la provisión de educación para las mujeres... Cualquiera que defienda a las mujeres se enfrenta a una formidable tarea en Harvard... donde solo once mujeres ostentan plazas fijas —menos del tres por ciento del número total de profesores—.

Harvard Crimson.
Primera edición

De Sylvia Farnum, Whashington, D. C., a Kate Fansler, Nueva York:

... La gran noticia, querida, es que se ha formado un nuevo comité encargado de seleccionar a una profesora para el Departamento de Inglés, y voy a formar parte de él. Creo incluso que voy a contar con una colega femenina. Harvard ya no confía en los comités formados solo por hombres, ahora anda con cautela. No hace falta que te diga que esta vez elegiremos a alguien que les cante la gallina en lugar de romper a llorar, incluso alguien que esté preparada para hacerse cargo de algunos problemas de las mujeres en Harvard. Pienso en una modernista. Las feministas de períodos anteriores insisten en una forma de vida más sencilla que no me parece viable en la actualidad, y que sospecho nunca fue muy realista. A propósito, George echa de menos nuestro embarcadero y se pregunta si a Reed y a ti os importaría pasar unas vacaciones paseando en batea por el río Charles. Yo no vi bateas, pero George dice que es porque no miramos en el momento oportuno. He oído que la antigua universidad de Janet ha creado una beca en su honor. ¿Qué tal van las cosas allí en...?

De Leighton Fansler a Kate Fansler:

Querida tía Kate:

Papá más o menos me ha echado de casa y estoy viviendo en una buena zona, en la Uno de la Quinta Avenida, más conocida como Lower East Side. Me he unido a una compañía de teatro estupenda. Estamos montando una producción de *The Writer's Tale* y yo hago el papel de Pauline. ¿Querrás venir la noche del estreno,

que...?

De Reed Amhearst a Kate Fansler:

... está arreglado y vuelvo dentro de una semana lo más tardar. Espero que te hayas recuperado de Harvard. Creo que prefiero el Tercer Mundo a aquel lugar, excepto por el hecho de que tú estabas allí. Ahora sé por qué se le llama el Tercer Mundo, porque tú estuviste siempre conmigo en los otros dos.

Del Decano de la Facultad de Artes y Ciencias a la Profesora Kate Fansler, Baldwin Hall:

Querida Profesora Fansler:

Bienvenida a casa tras su estancia en Harvard. Estamos todos encantados de tenerla de nuevo en su antiguo puesto. Por recomendación del Comité Universitario para el Futuro de la Educación en la Facultad de Artes y Ciencias, me alegra comunicarle que ha sido usted invitada a formar parte del mismo durante un curso completo, y que inmediatamente...



AMANDA CROSS (New Jersey, EE. UU., 1926 - Nueva York, EE. UU., 2003), es el seudónimo de Carolyn Gold Heilbrun. Fue una profesora en la Universidad de Columbia, la primera mujer en dirigir el departamento de Inglés, y una prolífica autora feminista de estudios académicos. Además, a partir de la década de 1960, publicó numerosas novelas de misterio populares con una mujer protagonista, bajo el seudónimo de Amanda Cross. Estas han sido traducidos a numerosos idiomas y en total se vendieron casi un millón de copias en todo el mundo.

Notas

[1] Hasta hace veinte años aproximadamente, Harvard era solo para hombres. Radcliffe era el lugar destinado a las mujeres. (N. de la T.). <<

[2] Sobre la Cátedra Zemurray-Stone el lector puede consultar un artículo no publicado, disponible en Harvard, sobre la fundación de dicha cátedra, que escribió Bernice Brown Cronkhite con amplitud de detalles. Evidentemente, Sylvia había leído este artículo. <<

[3] Mezcla de clorhidrato y alcohol. (*N. de la T.*) <<